

El capitalismo se desplaza
Nuevas arquitecturas sociales

Ladislau Dowbor



Traducción: **Pep Valenzuela**

30 de agosto de 2020

Créditos de la edición brasileña

O capitalismo se desloca (El capitalismo se desplaza)

SESC Servicio Social del Comercio, Administración Regional de São Paulo

Presidente del Consejo Regional: Abram Szajman

Director Regional: Danilo Santos de Miranda

Consejo Editorial:

Ivan Giannini, Joel Naimayer Padula, Luiz Dioclécio Massaro Galina, Sérgio José Battistelli

Ediciones Sesc São Paulo:

Gerente: Iã Paulo Ribeiro

Gerente ajunta: Isabel M. M. Alexandre

Coordinación editorial: Francis Manzoni, Clívia Ramiro, Cristianne Lameirinha

Producción editorial: Maria Elaine Andreoti

Coordinación gráfica: Katia Verissimo

Producción gráfico: Fabio Pinotti

Coordinación de comunicación: Bruna Zarnoviec Daniel

© Ladislau Dowbor, 2020

© Ediciones Sesc São Paulo, 2020

Todos los derechos reservados.

Preparación: Bibiana Leme

Revisión: Elba Elisa de Souza Oliveira

Portada y proyecto gráfico: André Hellmeister / Estudio Collages

Diagramación: Thais Ventura

Datos Internacionales de Catalogación en la Publicación (CIP)

Bibliografía

Ciencias Sociales, Economía, Capitalismo, Arquitecturas sociales, Título

Ediciones Sesc São Paulo

Rua Serra da Bocaina, 570, 11º andar

Autor

Ladislau Dowbor es economista y profesor titular de posgrado de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo (PUC-SP). Fue consultor de diversas agencias de las Naciones Unidas, gobiernos y municipios, como también de varias organizaciones del sistema “S”. Autor y coautor de cerca de cuarenta libros, toda su producción intelectual está disponible online en la página: dowbor.org.

En este libro, Ladislau Dowbor propone analizar un conjunto de cambios del capitalismo que sugiere que estamos en transición hacia otro modo de producción, que deja atrás la llamada era industrial e inaugura algo nuevo, que el autor denomina era del conocimiento.

Pero nuevo no significa necesariamente mejor: podemos estar delante de una sociedad más conectada y colaborativa, aunque, problemas antiguos –como los ambientales, sociales y económicos– que cada día se agravan, además del control individualizado de las poblaciones, por medio de algoritmos y de la inteligencia artificial, pesan sobre el futuro de la humanidad. Tenemos la responsabilidad de antever los rumbos que tomará este admirable, o abominable, mundo nuevo.

Sumario

Presentación de Antonio Martins	6
Presentación de Danilo Santos de Miranda	7
PREFACIO	9
¿UNA NUEVA ARQUITECTURA SOCIAL?	11
I. LA TRANSFORMACIÓN DE LA BASE PRODUCTIVA DE LA SOCIEDAD	15
La tecnología como principal factor de producción.....	15
La revolución en el sistema mismo de expansión del conocimiento	15
Conocimiento y conectividad: la era de internet.....	16
Una redefinición del espacio y del territorio	17
La economía de lo intangible.....	18
Una riqueza multiplicable indefinidamente.....	20
II. LOS CAMBIOS EN LAS RELACIONES SOCIALES DE PRODUCCIÓN	24
De la competencia de mercado a la organización interempresarial.....	24
Del beneficio de la producción a la renta de las inversiones financieras.....	27
Apropiación del excedente social por los intermediarios financieros: el capital improductivo	29
El crecimiento de la desigualdad	35
El desplazamiento de las relaciones de trabajo	38
La lógica del capital cognitivo	40
El desplazamiento de los mecanismos de mercado	42
III. LAS SUPERRESTRUCTURAS DEL SISTEMA.....	45
La gobernanza planetaria	45
La apropiación de la esfera pública por parte del sistema corporativo	46
La apropiación del conocimiento.....	48
El cuento ideológico: la narrativa del mérito	50
El estrechamiento de los espacios de libertad individual	52
IV. LAS OPORTUNIDADES EN EL HORIZONTE	56
El acceso al conocimiento- <i>Open access</i>	57
La conectividad y la sociedad en red	59
El potencial de la colaboración	60
Las transformaciones demográficas	62
El potencial de las políticas sociales	64
El acceso a los recursos financieros.....	66
V. LOS LÍMITES DE LA RACIONALIDAD: FINALMENTE, ¿QUÉ SOMOS?.....	71
El primate que llevamos dentro.....	72
Motivaciones y justificaciones	75

La banalidad del mal.....	80
VI. LA PÉRDIDA DEL CONTROL: UNA SOCIEDAD EN BUSCA DE NUEVOS RUMBOS.....	85
VII. AYER Y HOY: SISTEMATIZACIÓN DE LOS CAMBIOS.....	93
NOTAS.....	99
REFERENCIAS.....	104

Presentación de Antonio Martins

Vivimos un tiempo de sobresaltos, incertidumbres y esperanzas (tenues pero reales). Al trazar un panorama amplio de este período -y al observarlo con la osadía de los que no renunciaron a transformar el mundo-, *El capitalismo se desplaza*, de Ladislau Dowbor, es una guía indispensable para quien quiera situarse sin la flemma de los indiferentes. Por tanto, asumiendo posiciones.

En una obra anterior, *La era del capital improductivo*, el autor analizó a fondo una regresión central del sistema: para acumular riquezas ya no es necesario producir nada, basta con tener recursos para apostar en el casino financiero global, que absorbe trabajo y recursos de toda la sociedad. Esa distorsión crea una nueva clase: el 0,1% que, lejos de los dramas del planeta, desprecia los servicios públicos, los derechos sociales y la preservación de la naturaleza.

En este nuevo libro, Dowbor va más allá. Investiga lo que se mueve por detrás de la financiarización. Revela una metamorfosis más profunda, capaz, dice él, de llevar a un nuevo modo de producción. Así como el feudalismo se basaba en la tierra y el capitalismo en la fábrica, el nuevo sistema tendrá como base el conocimiento. Uno de los grandes méritos del trabajo que el lector tiene en las manos es presentar al conjunto de autores que han reflexionado al respecto y sus ideas: de Jeremy Rifkin a Joseph Stiglitz, de Shoshana Zuboff a David Harvey, Eric Toussaint y Zygmunt Bauman; de Alvin Toffler a Manuel Castells e Immanuel Wallerstein.

Dowbor da un paso más. Demuestra que el nuevo sistema, al que denomina provisionalmente como 'informacional'- puede promover tanto un mundo mucho más democrático, igualitario y capaz de revisar las relaciones entre humanidad y naturaleza como su opuesto. ¿Hacia dónde vamos? Vivimos, argumenta el libro, ante la amenaza distópica de una lógica en que la liquidez es el valor más importante, que hace posible que una ínfima minoría se apropie de la riqueza colectiva. Pero se ha abierto también una brecha para que la producción de riquezas se asiente en redes de compartimiento, apoyada en la lógica del conocimiento libre y en el acceso de todos al Común: a servicios públicos (salud, educación, vivienda y transporte de excelencia); a libros, trabajos científicos, películas, música, obras culturales de todo tipo. En especial, aparece la posibilidad de una nueva democracia, que combine información a fondo para todos con procesos de decisión descentralizados, como son los presupuestos participativos digitales.

La obra de Ladislau provoca al mostrar que el futuro está abierto. El declive del capitalismo no asegura nada. Podría llegar un sistema mucho más democrático, ecuánime y capaz de relacionarse con la naturaleza. Es responsabilidad de cada quién posicionarse. Nada mejor que hacerlo con conciencia clara de lo que hay en juego.

Antonio Martins es periodista y editor del digital brasileño Outras Palavras. Periodismo de profundidad y post-capitalismo. Fue fundador de la edición brasileña de Le Monde Diplomatique, además de participar en la construcción de otras iniciativas de media libre.

Presentación de Danilo Santos de Miranda:

Sobre como leer los vientos

La participación de los individuos en la vida social se da de maneras diferentes. En el caso de los que dedican la mayor parte de su tiempo y energías a analizar e interpretar la realidad, buscando influenciarla de esa manera, algunos desafíos parecen especialmente relevantes. Entre éstos, se exige una atenta sensibilidad por lo que hace a las formas en que el tiempo influenciará a sus empeños reflexivos.

Eso significa indagar cuál sería la distancia temporal adecuada para que las cosas del mundo revelen sus distintas facetas, sin que se incurra en dos posibles extremos: por un lado, los diagnósticos de urgencia corren el riesgo de dejar escapar desdoblamientos que solamente se revelarían cuando se asiente el polvo; por el otro, el exceso de prudencia aleja al sujeto del calor de las dinámicas en curso, dificultando la conexión entre teoría y práctica.

El economista Ladislau Dowbor ha tratado con precisión esa ecuación a lo largo de su trayectoria. En ese itinerario, conjuntó la capacidad de pensar las problemáticas de un Brasil atravesado por cuestiones globales con el compromiso efectivo en la gestión y las políticas públicas, sin desguarnecer ninguno de los flancos. La presente publicación es coherente con ese compromiso.

Pertrechado con herramientas que conectan la esfera de la economía a los diversos campos del conocimiento, expediente que da al pensamiento económico su justa amplitud, en vez de someterlo a una compartimentación que dificulta el abordaje de problemas complejos, Dowbor se enfrenta a dilemas contemporáneos que conjugan opacidad y contundencia.

Un problema central parece orientar esas reflexiones: la posibilidad de considerar la actual etapa histórica como un paso más del capitalismo o, al contrario, defender la hipótesis de que el cambio de condiciones en el modo de producción, que se basa principalmente en bienes intangibles, aconsejaría utilizar otras categorías. En ese segundo caso, sería necesario que los analistas revisen sus lecturas del panorama socioeconómico sin recorrer únicamente a los recursos que las críticas al sistema capitalista permitieron forjar.

La argumentación que desarrolla el economista brasileño lidia con informaciones, datos y estadísticas producidos en los últimos años, lo que da idea de la ambición del proyecto que se presenta. En definitiva, lo que se pretende empezar es una anamnesis de la circunstancia actual, en un grado tal, que pone en jaque parámetros básicos de nuestro entendimiento, y todo esto al mismo tiempo en que la tempestad está activa.

Desarrollada desde hace tiempo en otros trabajos, la noción de improductividad de las elites económicas es central para Dowbor. Contrastando con ésta, se percibe la energía productiva de un texto que se propone inquietar a los lectores. Es un libro vivo que, al pulsar, solicita un compromiso de mentes y cuerpos. Comprender para transformar, éste es el estribillo que suena en sus páginas.

La iniciativa de publicar *El capitalismo se desplaza: nuevas arquitecturas sociales*, respetando la coherencia del autor de poner a disposición gratuitamente la versión digital, es resultado de una convergencia de puntos de vista sobre la capacidad del mundo editorial para trazar nuevas sendas. Hacia dónde apuntarán, es algo que dependerá no solamente de las brújulas de que disponemos, sino

principalmente de la adhesión a valores como igualdad y ciudadanía, que deben sobrevolar por encima de categorías transitorias.

Danilo Santos de Miranda

Director del Sesc São Paulo

PREFACIO

Todos buscamos nuevos caminos. Wolfgang Streeck constata que quizás no estamos ante el fin del capitalismo, pero sin duda sí del fin del capitalismo democrático; Joseph Stiglitz, más optimista, sugiere un *progressive capitalism*; Thomas Piketty, un socialismo participativo. Bernie Sanders rescató la legitimidad y la potencialidad del concepto de socialismo. Pero no se trata de etiquetas, porque las soluciones no están en el pasado, a pesar del fuerte eco que produjeron el *Make America great again* de Trump o la promesa de rescatar el control de la nación del Brexit. De lo que se trata es de entender y calificar los mecanismos que rigen esa súbita aceleración de la historia, la transformación estructural del mundo que conocemos.

En este tiempo en que escribimos, el mundo observa entre pasmado y asustado el impacto destructor de un virus minúsculo que, de repente, revela toda nuestra fragilidad. Después de habernos convencido de que nos hicieron a imagen y semejanza de los dioses, nos damos cuenta de que estamos hechos de las mismas células que toda la naturaleza, más espabilados, sin duda, pero igualmente vulnerables. Ya pensamos en colonizar Marte, pero todavía estamos aprendiendo a sobrevivir en la tierra.

La pandemia que nos ataca no vino sola, más bien culmina una convergencia planetaria de tendencias críticas. Somos ya casi 8 mil millones de habitantes, aumentando a un ritmo de 80 millones por año, al mismo tiempo en que todo el mundo quiere consumir más. Estamos destruyendo la naturaleza del planeta a un ritmo absurdo, provocando el cambio climático, la destrucción de la biodiversidad, la degradación de los suelos, la contaminación del agua dulce, la contaminación de los océanos con plástico y otros residuos, la generación de bacterias resistentes por el uso de antibióticos en la cría de animales. Basta con ver las imágenes de los niños en los estercoleros que circunda tantas ciudades del mundo, en disputa con las ratas y los buitres, para darse cuenta del drama.

En otro nivel, y coincidiendo con la catástrofe ambiental, tenemos el drama de la desigualdad. Estadística fría: el 1% de los humanos acumula más riqueza que el 99% restante. Pero se trata de gente, de personas que, ricas o pobres, blancas o negras, nacieron con el mismo potencial para contribuir a este mundo y con el mismo horizonte de esperanzas. La esterilización de ese potencial y el cierre de horizontes que lleva a cabo la máquina de reproducción de la pobreza es un crimen. Cualquier agricultor que trabaja la tierra en Nigeria tiene más inteligencia social y más capacidad de contribuir a la humanidad que los idiotas de Wall Street, que van gritando alegremente su *Greed is good*.

Tenemos 820 millones de personas que pasan hambre en el planeta, de las cuales más de 150 millones están en la infancia, mientras que en ese mismo mundo se produce más de un quilo de cereales por persona y día. Si dividimos el PIB mundial, algo así como unos 85 billones de dólares, por la población mundial, constatamos que lo que hoy producimos puede asegurar más de tres mil dólares por familia de cuatro personas y mes. Nuestro problema no es económico, sino que es el de una máquina política e ideológica que promueve y justifica una repartición absurda de los resultados de los esfuerzos, sin que tenga ninguna relación con el más elemental criterio de méritos o hasta de decencia humana.

Esta desigualdad constituye, al lado de la destrucción ambiental, un segundo eje crítico. Los miles de millones de excluidos del progreso social y de los avances tecnológicos que la humanidad consiguió

ya no aceptan más esa injusticia, se sienten amenazados, inseguros y saben que están siendo excluidos. Votan, sin duda, a cualquier demagogo que proclama el odio contra culpables reales o imaginarios, el odio tiene un poderoso efecto de catarsis para las frustraciones. La idea de construir una muralla entre ricos y pobres, entre los Estados Unidos y México -la muralla ya no funcionó en otras épocas-, muestra en cierta manera ese profundo contraste entre nuestra inteligencia tecnológica y nuestra dificultad para organizar una convivencia civilizada. El mundo político y social se está desarticulando. Ninguna política funciona a partir de un cierto nivel de desigualdad. Eso vá mucho más allá de izquierda y derecha: és una cuestión de elemental dignidad. Mueren al año más de 3 millones de niños de menos de cinco años de hambre: enfrentarlo no exige *lockdown*, paralizar la economía, inventar vacunas ou fármacos. Un poco de ética seria suficiente. La teoria económica moderna expulso la ética de su campo de estudio, y se declaró “ciencia”. Es un embuste.

Un tercer eje crítico, que discutiremos ampliamente en el presente trabajo, es el caos financiero. Algunas décadas atrás, los gobiernos imprimían dinero en forma de papel o de metal, nosotros lo llevábamos en nuestros bolsillos, y los bancos lo almacenaban en cofres. Actualmente, el 97% de lo que llamamos “liquidez” son solamente señales magnéticas emitidas por bancos. Los gobiernos controlan los espacios nacionales, pero la liquidez circula por el planeta prácticamente a la velocidad de la luz: *High Frequency Trading*, es llamada hoy. Hay un desajuste radical entre el mundo financiero y las viejas instancias reguladoras. Se ha instalado un caos financiero planetario, con el impacto fundamental de que se gana mucho más dinero con inversiones financieras, básicamente especulando, que con inversiones productivas.

El dinero dejó de ir hacia donde es críticamente necesario, particularmente para financiar la reversión de la destrucción ambiental y la reducción de la desigualdad. Explota incluso a las empresas productivas. Eso ha permitido la emergencia de fortunas como nunca antes se habían visto en el mundo, en manos de personas que no producen nada -al contrario, desvían el dinero de su función principal, que sería la de fomentar el desarrollo real, concreto, hacia el llamado rentismo, hoy analizado en detalle por Joseph Stiglitz, Michael Hudson, Thomas Piketty, Ann Pettifor y otros, como Marjorie Kelly, que denomina a esta nueva etapa “capitalismo extractor” (*extractive capitalism*).

La destrucción ambiental, el crecimiento de la desigualdad, el caos financiero y la actual pandemia convergen, así, dibujando una crisis sistémica planetaria. Como raramente se vio antes, un sinnúmero de investigadores y analistas apuntan a un cambio estructural del modo en que nos organizamos en este pequeño objeto espacial llamado Tierra. No tengo dudas cuando digo que se trata de una crisis de civilización.

La convergencia de las crisis abre un inmenso espacio para ideas nuevas. Hay un cambio profundo de cultura política, lo que crea oportunidades de cambio. La realización y la institucionalización de nuevas reglas de juego deben pasar por una comprensión más profunda de los mecanismos actuales, de como están estructurados los intereses y de las alternativas viables. El futuro no está escrito, las cuatro crisis interactúan de manera caótica. Entre ellas, ese virus que nos amenaza biológicamente y que traba nuestra rutina abre espacio para cambios. Podemos, está claro, vencerlo en breve y volver a la misma destrucción a cámara lenta de antes. Pero también nos ofrece la, tal vez, última oportunidad de pensar más allá de capitalismo.

¿UNA NUEVA ARQUITECTURA SOCIAL?

The technology has such potential that its impact on society is widely expected to be as profound as the industrial revolution. (1)

Ian Sample

Prosperity for all cannot be delivered by austerity-minded politicians, rent-seeking corporations and speculative bankers. What is urgently needed now is a global new deal. (2)

Richar Kozul-Wright

Right now we are at the beginning of a new arc that I have called information civilization [...]. (3)

Shoshana Zuboff

World history is nothing but an endless, dreary account of the rape of the weak by the strong. [...] The externals of civilization -technology, industry, commerce, and so on- also require a common basis of intellectual honesty and morality. (4)

Hermann Hesse

Una hipótesis de trabajo puede ser muy útil. Lo que aquí proponemos es pensar una posible articulación del conjunto de transformaciones que hoy vivimos en base al concepto de cambio del modo de producción. O sea, pensar más allá de los parámetros del capitalismo. Sin duda, podemos analizar los cambios del modo capitalista de producción. Según el ángulo de análisis, encontramos caracterizaciones como la del factor informacional de producción y la sociedad en red (Manuel Castells), la llegada de lo “inmaterial” (André Gorz), la sociedad de coste marginal cero (Jeremy Rifkin), la economía de la colaboración (Arun Sundararajan), el capitalismo financiero (François Chesnais, David Harvey), el capitalismo global (Joseph Stiglitz), la era de la complejidad (Edgar Morin), el capitalismo parasitario (Zygmunt Bauman), el sistema-mundo (Immanuel Wallerstein). Alvin Toffler, con *La tercera ola*, de 1980, intentaba sistematizar los cambios, como también lo hacía Shoshana Zuboff, que habla de civilización de la información. Todos intentamos encontrar sentido en los rumbos de la modernización, tanteando, inseguros, “hacia dónde vamos”. No hay un “plan” global, pero habrá, sin duda, un resultado sistémico surgirá de la convergencia de los caóticos procesos de transformación actuales. Está naciendo un nuevo animal.

El capitalismo está cambiando de manera acelerada y en profundidad. Podemos utilizar adjetivos que caractericen los cambios u ordenarlos en fases, haciendo referencia a los capitalismos: imperialista, liberal, rentista, neoliberal o global, dependiente o dominante, central o periférico. Podemos también referirnos a un conjunto de reglas, como las del Consenso de Washington, para dar una visión más integrada de lo que queremos expresar, a la Tercera o a la Cuarta Revolución Industrial o, también, al Antropoceno. De forma general, hemos caracterizado a “todo esto” como neoliberalismo. El animal continúa siendo el mismo, pero con colores diferentes, una melena más grande, un comportamiento más o menos agresivo, más o menos articulado o desarticulado. En términos epistemológicos, acabamos salvándonos por los “neo” o los “post” que añadimos a las diversas escuelas científicas.

A medida que los cambios se hacen más profundos, sin embargo, y que los conceptos más tradicionales se van desajustando en relación al mundo real, nos vemos forzados a pensar si estamos todavía estudiando variaciones del mismo animal o características de otro animal en gestación. La mariposa constituye un cambio de la crisálida, pero es radicalmente diferente. No hay nada de ilegítimo en este abordaje, la misma comprensión de que la acumulación de cambios cuantitativos lleva a un cambio cualitativo forma hoy parte de la ortodoxia científica. En el presente estudio, trataremos de ordenar un conjunto de cambios del capitalismo que puedan caracterizar la evolución hacia otro modo de producción, al que podríamos caracterizar como informacional y que constituiría otra era, la del conocimiento, diferente a la era industrial. Desde ese punto de vista, la revolución que vivimos es mucho más que la deformación del capitalismo industrial, constituye una transformación.

Por tanto, aunque añadir etiquetas a la imagen tradicional del capitalismo pueda ayudar, posiblemente sería más esclarecedor plantear la hipótesis de la transición hacia otro modo de producción, en el cual los diversos vectores de cambio de la sociedad pasan a formar parte de otra lógica sistémica. Esa otra lógica sistémica caracterizaría otro modo de producción, enfoque que me parece más útil que el de hablar de otra matriz o de otro paradigma. La cuestión que me anima es saber si sería más productivo, en términos científicos, usar los referentes del capitalismo industrial y, así, observar como el pasado se deforma, o mirar más al futuro, pensando que un nuevo sistema está en construcción.

La Revolución Industrial nos legó relaciones sociales de producción centradas en la máquina, en la propiedad privada de los bienes de producción, en la burguesía y en el proletariado, en el beneficio y en el salario. ¿Qué tendencias y qué nuevas relaciones carga en su interior la revolución de la era del conocimiento, de las tecnologías y de la información, del dinero inmaterial y del capital intangible? ¿Qué nuevas articulaciones? ¿Qué nuevas exclusiones? No se trata aquí de dar respuestas definitivas a temas tan amplios, sino de intentar entender como los cambios pueden adquirir mayor transparencia y ser más fácilmente comprendidos cuando los analizamos como partes de una nueva dinámica, en vez de tan sólo como alteraciones de dinámicas antiguas. Aquí, la calificación de Cuarta Revolución Industrial francamente no ayuda. Estoy convencido de que es mucho más que eso. La revolución tecnológica que vivimos es mucho más que una etapa de la Revolución Industrial. Quiero analizar aquí la fuerza reorganizadora y generadora de las nuevas estructuras que caracterizan a la revolución digital.

La línea de análisis que seguiré es la de una transformación social más amplia, hasta el punto de generar una sociedad del conocimiento, así como tuvimos una sociedad agraria y una sociedad industrial. En esa perspectiva, las implicaciones son profundas. Las diversas sociedades agrarias se estructuraron, tanto políticamente como en términos de relaciones de producción, en torno al control del factor-clave: la tierra. La sociedad industrial, a su vez, se estructuró en torno a la propiedad privada de los nuevos medios de producción: las máquinas. ¿Qué estructura política y qué relaciones de producción habrá implícitas en las sociedades cuyo factor-clave será el conocimiento?

Para la era de la tierra, se delimita el feudo o se coloca la cerca, el principal factor de producción es la tierra, la propiedad se basa en las relaciones familiares vinculadas a la nobleza, las relaciones de producción se apoyan en la esclavitud o en la servidumbre, el control de las mentes se establece por la religión y el correspondiente poder de la jerarquía eclesiástica. En la era industrial, se ponen los muros y las porterías en las fábricas, el principal factor de producción es la máquina, la propiedad se basa en el control de los medios de producción, las relaciones de producción se apoyan en el salariado

y la plusvalía, el control de las mentes se establece por el consumismo y la propaganda. Para la era del conocimiento, de la revolución digital, ¿es posible hacer un ordenamiento sistémico semejante?

La visión de Marx, su abordaje del análisis macrosocial, continúa siendo tenazmente relevante a pesar de todos los cambios. Lo esencial, sin embargo, es que los conceptos tienen que ser reconstruidos, y no simplemente traspuestos. Reconstruidos, porque Marx, al analizar la Revolución Industrial, se dio el trabajo de explicitar las nuevas relaciones técnicas de producción (la división del trabajo, la socialización de la producción, la constitución del universo fabril), las relaciones sociales que de aquellas se derivaron (la relación salarial y, en particular, la plusvalía) y las nuevas relaciones de poder basadas en la propiedad privada de los medios de producción. A esa infraestructura correspondían superestructuras características del capitalismo, la democracia burguesa y el sistema jurídico, así como la ideología liberal, el Homo Economicus, la cultura del dinero y del consumo, todo el sistema de valores correspondiente. A eso se añade una aparente legitimidad que sería proporcionada por la justa remuneración del capital (beneficio) y del trabajo (salario). La narrativa de cada sistema también es fundamental.

Con este conjunto, infraestructura y superestructura, Marx caracterizaba un modo de producción capitalista. Con las nuevas relaciones técnicas y sociales, con las nuevas formas de poder y de apropiación del excedente, ¿podemos todavía mantener los mismos referentes? La explotación del trabajador no solamente continúa sino que se profundiza, de acuerdo con los datos sobre desigualdad; pero la existencia de explotadores es común a todos los sistemas y puede reproducirse dentro de dinámicas y mecanismos renovados. La pregunta puede ser prematura, por el hecho de que las nuevas tendencias están poco maduras todavía, pero es legítima. La respuesta dependerá, probablemente, de la capacidad de las nuevas elites mundiales - “nuevas” porque son esencialmente manipuladoras de símbolos y de imágenes y cada vez menos gestoras de fábricas - de absorber las dinámicas emergentes en su provecho.

La nueva sociedad lleva en su interior, indiscutiblemente, un potencial que puede ser tanto de liberación como de sombrías perspectivas de un universo opresivo del tipo *1984*, de George Orwell, o *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley. De todas maneras, aún en el caso de que se configurase ese universo sombrío, las nuevas formas de dominación no tendrían por qué caracterizar necesariamente un modo de producción capitalista. Cuando la forma de apropiación del excedente social ya no es predominantemente la explotación por el salario, los cambios se hacen cualitativos, constituyen una mutación y un desplazamiento de la lógica sistémica de los procesos de reproducción social. Los miles de millones de los que se apropian un Bill Gates o un Carlos Slim se generan mediante sistemas inmateriales, y no en fábricas. David Harvey, en *La locura de la razón económica*, apunta con razón que el “capital” que Thomas Piketty analiza, en *El capital en el siglo XXI*, no es exactamente capital sino patrimonio, que genera más enriquecimiento desmesurado de la elite que acumulación de capital. El propio concepto de acumulación de capital se desplaza.

De todas maneras, vale la pena citar de manera organizada los grandes ejes de cambio, las *megatrends* o macrotendencias que están generando un mundo nuevo. Nuevo no significa necesariamente mejor: los dramas ambientales, sociales y económicos en el planeta están agravándose de manera descontrolada, y el control individualizado de las poblaciones, por medio de algoritmos y de la inteligencia artificial, ya está muy presente. Se abren simultáneamente inmensas perspectivas para una sociedad más informada, conectada y colaborativa. Pero lo esencial es que, para bien o para mal, el mundo está empezando a funcionar de una forma diferente. Es un cambio sistémico.

A modo de ilustración, vamos a referirnos aquí a una serie de innovaciones tecnológicas y transformaciones organizacionales que el lector, probablemente, conoce de sobras. Lo que pretendemos es dibujar a grandes trazos la forma en que cambia el conjunto de los engranajes y como se articulan las partes.

I. LA TRANSFORMACIÓN DE LA BASE PRODUCTIVA DE LA SOCIEDAD

El capitalismo surgió con una revolución de las fuerzas productivas: por medio del acoplamiento de la maquinaria a las nuevas fuentes energéticas, el hombre pasó a operar las máquinas conectadas a esas fuentes externas. Hoy, solamente programa la operación de las máquinas. Lo que él genera es, fundamentalmente, conocimiento, tecnologías, *design*, lo que se denomina como “inmaterial”. No se trata solamente de la robótica que penetra de forma acelerada en un sinnúmero de sectores; hoy ya, también del pequeño agricultor que usa inseminación artificial y análisis de los suelos, y del médico que se apoya en redes de laboratorios y de cirugía acompañada a distancia. El gran eje transformador es que la tecnología es el factor principal de producción. Eso produce el desplazamiento del capitalismo, porque el conocimiento tecnológico, de forma diferente a las máquinas y el trabajo físico, es inmaterial. La máquina sigue siendo importante, sin duda, pero el eje estructurante es el conocimiento incorporado. El conocimiento es un bien inmaterial. Es fluido, navega casi a la velocidad de la luz y puede ser apropiado indefinidamente sin costes adicionales. La base material de lo que conocíamos como capitalismo industrial se transforma.

La tecnología como principal factor de producción

Los estudios de Jeremy Rifkin sobre la sociedad de coste marginal cero ayudan a medir la dimensión de la transformación. En el caso de los bienes físicos, por ejemplo un reloj, se trata de un bien rival, porque si una persona se lo apropia otra ya no puede tenerlo. La centralidad de la propiedad privada en la sociedad capitalista tradicional encuentra aquí toda su explicación. En el caso de las ideas, el hecho de que yo transmita un conocimiento a otra persona no me priva del mismo: el conocimiento es un bien no rival. La implicación de eso es que el principal factor de producción de la economía moderna no ve su stock reducido por el uso, al contrario, se puede multiplicar indefinidamente. Eso constituye un terremoto epistemológico para las ciencias económicas, basadas en la optimización de la asignación de recursos escasos. El principal factor de producción no es escaso, y eso explica inclusive por qué tantas corporaciones buscan generar artificialmente escasez: para poder cobrar el acceso, como se verifica en el caso de la propiedad intelectual. La naturaleza de un factor capaz de ser producido indefinidamente y sin costes adicionales es justamente la de poder ser utilizado de manera libre y abierta. Limitar el acceso a una buena idea no tiene sentido, porque comporta la subutilización dramática de los potenciales de desarrollo de una sociedad, aunque suene plausible para un capitalista individual. Históricamente, pasamos de la tierra a la máquina y de la máquina al conocimiento. La base productiva de la humanidad está desplazándose de manera radical y muy acelerada, con impactos profundos en la lógica del conjunto.

La revolución en el sistema mismo de expansión del conocimiento

No se puede ignorar que la era de la información transformó nuestro modo de producir con aplicaciones científicas innovadoras en la práctica totalidad de las áreas: energía, transportes, medicina, educación, cultura, creación de nuevos materiales y otras. Pero un elemento central que impacta en la profundidad y el ritmo de innovación es la propia capacidad de expansión y gestión del conocimiento. Desde los primeros avances conceptuales de Alan Turing y del subsiguiente dispositivo

de descodificación que tanto cambió la cara de la Segunda Guerra Mundial, pasamos a tener la máquina del conocimiento, abriendo la era digital. El hecho de poder expresar con dos señales solamente, “0” y “1”, la práctica totalidad de las unidades de información, ya sean letras, números, colores o sonidos, ha permitido ancorar el conocimiento humano en señales magnéticas. Se trata de una innovación radical en la propia capacidad de innovación: la máquina de la máquina, la prolongación del cerebro. El conocimiento, hasta entonces preso a soportes materiales -el libro, el cuadro, el disco...-, prescinde ya de ellos. El principal factor de producción es intangible y su soporte es inmaterial, la señal magnética.

Es difícil imaginar, por ejemplo, la investigación sobre el ADN sin el ordenador. Y en particular, imaginar las innovaciones en la misma capacidad informática sin la informática. En 1776, cuando Adam Smith previó en la mecanización de la producción de alfileres una inmensa transformación, que le llevó a dibujar características de la Revolución Industrial que hasta hoy constituyen una lectura relevante, él no se basaba en el aspecto cuantitativo de la manufactura, ridículo en aquella época, sino en su potencial de transformación del conjunto de la sociedad. De la misma manera que el avance de los telares condujo a la expansión de las técnicas de hilado, hoy la economía del conocimiento expande el instrumento de elaboración de ese conocimiento, la informática, generando un proceso acumulativo de transformaciones. El hecho de que evolucionemos hacia la sociedad del conocimiento y que dispongamos de las herramientas correspondientes apunta a transformaciones tan profundas como la Revolución Industrial. La nueva máquina, en cierto modo, es el conocimiento. Nueva base de la economía, el conocimiento creó su “maquinaria” correspondiente, muy diferente porque es inmaterial en esencia.

Conocimiento y conectividad: la era de internet

En términos de proceso histórico de transformación, todavía estamos en el principio. Dos mil millones de personas todavía cocinan con leña, más de mil millones todavía no tienen suministro de electricidad. Pero es cuestión de pocos años que la inclusión digital se generalice, inclusive porque es lo que interesa a los numerosos actores del proceso y no solamente a los excluidos. La era del conocimiento está cubriendo rápidamente el planeta con ordenadores en todos los domicilios con una renta mínima, en todas las empresas o departamentos públicos, los aviones, los coches, los bolsos. No es solamente una tecnología más. Es una herramienta que permite recibir, almacenar, tratar y articular volúmenes prácticamente ilimitados de conocimiento y, por tanto, desencadenar un proceso acumulativo de expansión.

La economía capitalista industrial se dotó de infraestructuras de producción y distribución, cubriendo el planeta con redes de energía, de líneas férreas y de carreteras, de telecomunicaciones y otros sistemas de articulación de los procesos productivos. En la era del conocimiento, estamos adelantando al telégrafo y la vieja y querida telefonía creando una conectividad planetaria global. Como estamos en cierta forma dentro del proceso de las transformaciones, no siempre nos damos cuenta de la importancia del cambio sísmico que representa el hecho de poder contactar instantáneamente con cualquier persona, cualquier empresa e, incluso, cualquier documento, película u otras unidades de información, en cualquier parte del mundo, prácticamente sin costes. Es la era de la conectividad total y global, un universo inmaterial que funciona prácticamente a la velocidad de la luz. Contrariamente a lo que, con presunción, se denominó como “fin de la historia”, estamos asistiendo a transformaciones más aceleradas y profundas que nunca. Tenemos un factor de producción dominante

inmaterial, el conocimiento; la capacidad de almacenarlo y tratarlo, la informática; y también la conectividad planetaria para poder poner ese factor de producción a disposición instantánea de cualquier persona en cualquier punto del planeta. Eso, en términos de organización económica, social y política es mucho más que una etapa del capitalismo industrial.

Una redefinición del espacio y del territorio

En esta era del *space is dead* o del *the world is flat*, del todo aquí y ahora, los mismos conceptos de territorio, de pertenencia y de identidad están cambiando. Las personas crean nuevos vínculos de sociabilidad de acuerdo con los más variados intereses, los procesos productivos se articulan a nivel internacional, los flujos financieros cruzan el planeta instantáneamente. Un nuevo universo económico, social y cultural se dibuja. Y también, obviamente, un nuevo universo político, en el que las funciones de los espacios nacionales están siendo rediseñadas y muy debilitadas.

Es familiar la noción del imperialismo como estadio superior del capitalismo. Pero vamos más allá de esa visión. El llamado Tercer Mundo, distante y desconocido hace algunos siglos, usado primero para esclavizar y después para colonizar -estos pueblos tenían el privilegio de ser explotados en su propia casa- y, más recientemente, en el marco del imperialismo industrial, sujeto a los mecanismos de explotación del grupo de países industrializados, hoy busca sus caminos dentro del estrecho espacio que le permiten las economías dominantes. Tenemos países independientes, teóricamente soberanos, pero presos dentro de una máquina mundializada de poder económico, financiero y, cada vez más, también político y cultural. ¿Cómo se redefine el espacio del Estado-nación del siglo XX en el mundo globalizado del siglo XXI?

Las corporaciones, sujetos políticos y económicos centrales de la nueva globalización, se organizan en red por todo el planeta. Cada una cubre decenas o más de un centenar de países, influenciando o controlando la política, la justicia, los medios de comunicación (los media) y la cultura de los pueblos. Nada de eso es nuevo, y la tendencia ya se puede encontrar en el *Manifiesto comunista*, de Karl Marx y Friedrich Engels, publicado en 1848. Una vez más, si embargo, cambios cuantitativos acumulados llevaron a un cambio cualitativo sistémico. El grito nacionalista de un Donald Trump, *Make America great again*, o el Brexit del Reino Unido suenan como un estertor de glorias del siglo pasado. Para bien o para mal, un mundo nuevo se está dibujando. ¿Hasta cuándo ignoraremos que prácticamente todas las grandes corporaciones se apoyan en paraísos fiscales, un tipo de extraterritorialidad financiera -el concepto de *offshore* es significativo- para gestionar sus activos financieros fuera no solamente del alcance sino hasta de la información de los gobiernos?

Tenemos que ir más allá del capitalismo como elenco de economías nacionales, a las cuales se añaden los intercambios externos, y analizarlo en su proceso de ósmosis mundial. Hay un desajuste sistémico entre la dimensión mundial de la economía y la fragmentación del poder regulador de las naciones. La miríada de empresas que constituían el mundo empresarial del pasado necesitaba un Estado regulador que mantuviese el orden y el respeto de los contratos. Con la estructuración del actual mundo corporativo, asistimos a un redimensionamiento de la política, que pasa a ser ejercida por las propias corporaciones. Está naciendo un nuevo animal. En términos de modo de producción, el cambio en las infraestructuras está creando las superestructuras correspondientes, como veremos con detalle más adelante.

La economía de lo intangible

Estamos convirtiéndonos rápidamente en una sociedad planetaria, demográficamente organizada en ciudades y centrada en la economía del conocimiento, de lo que André Gorz llamó “inmaterial”, y otros llamaron “intangible”. El estudio *Capitalism without Capital* [Capitalismo sin capital], de Jonathan Haskel y Stian Westlake, muestra que, con el cambio de milenio, la proporción de inversiones en equipos físicos y en tecnología, diseño, imagen y semejantes -los intangibles- se invirtió. Hoy el principal flujo de inversiones no es para ninguna máquina ni para chimeneas, sino para capacidad de control de conocimiento organizado. En el siglo pasado, el capitalista todavía era dueño de fábricas y plantaciones -y durante buena parte del siglo presente, sin duda, todavía lo será. Sin embargo, hoy, y cada vez más, es un controlador de plataformas digitales, aplicaciones, patentes, *copyrights*. Y, evidentemente, de flujos financieros, igualmente inmateriales, meras señales magnéticas que definen otras formas inmateriales de apropiación y control, radicalmente más poderosas.

Es interesante examinar las grandes fortunas del nuevo mundo económico: ya no son los dueños de fábricas y máquinas, sino de tecnología, *software*, plataformas virtuales de intermediación, sistemas de organización, algoritmos, inteligencia artificial. Constatamos un desplazamiento teórico fundamental hacia la comprensión de los nuevos procesos: no se trata de propiedad de los medios de producción, sino de control de los sistemas. ¿El concepto de socialización de los medios de producción todavía tendría el mismo sentido? No es secundario recordar que el primer gran análisis del sistema corporativo mundial, realizado en el 2011 en el Instituto Federal Suizo de Tecnología de Zurich (ETH Zürich, siglas en alemán), se titula *The Network of Global Corporate Control* (5), red de control corporativo global, mucho más allá del concepto propiedad. Los autores llegan, incluso, a estimar que la amplitud de la concentración de poder es diez veces mayor de lo que aparecía cuando se consideraba solamente el valor de las empresas. El concepto de propiedad privada de los medios de producción se desplaza. La lista de las mayores fortunas presentada en abril del 2019 por la *Bloomberg* es elocuente (Figura 1).

(Figura 1) Lista de multimillonarios de Bloomberg - abril de 2019

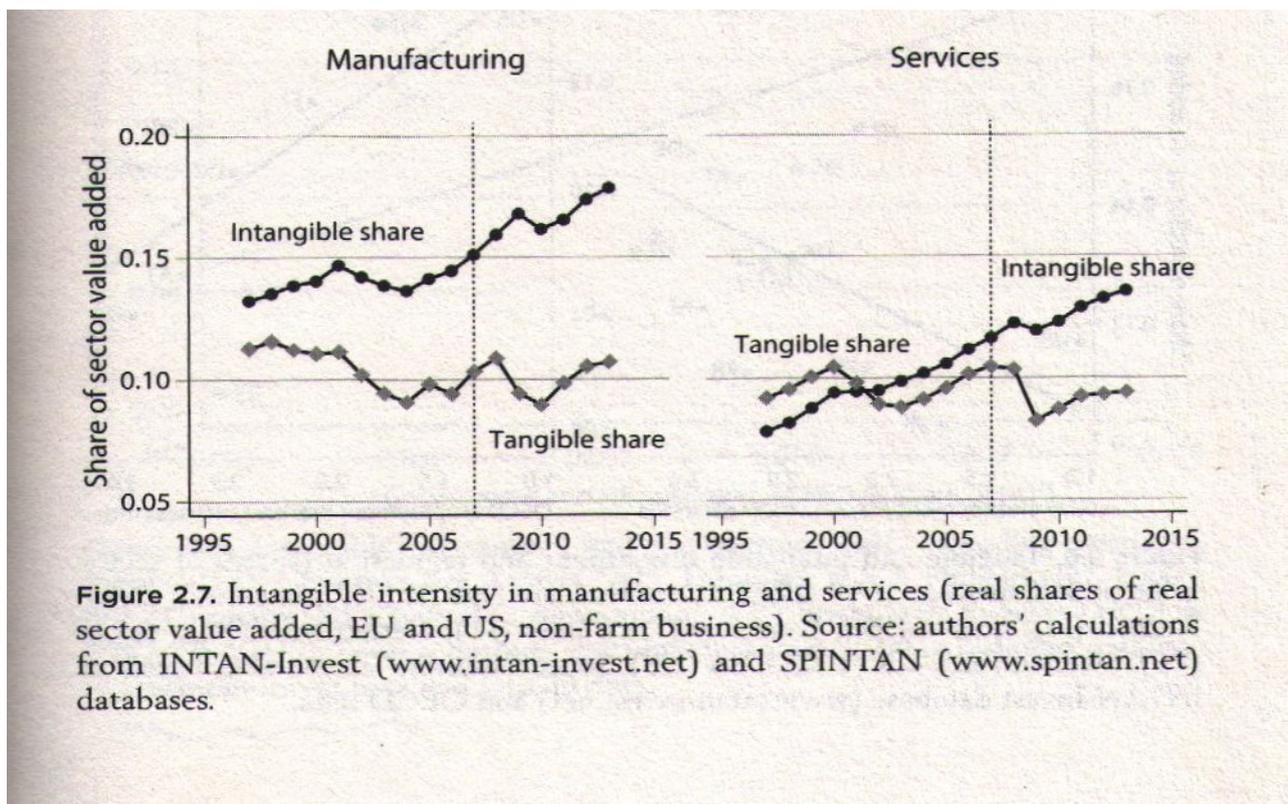
Bloomberg		Bloomberg Billionaires Index				
Rank	Name	Total net worth	\$ Last change	\$ YTD change	Country	Industry
1	Jeff Bezos	\$100B	+\$328M	+\$35.0B	United States	Technology
2	Bill Gates	\$91.7B	+\$154M	+\$9.33B	United States	Technology
3	Warren Buffett	\$85.8B	+\$311M	+\$12.6B	United States	Diversified
4	Amancio Ortega	\$75.2B	-\$491M	+\$3.10B	Spain	Retail
5	Mark Zuckerberg	\$73.4B	+\$119M	+\$23.4B	United States	Technology
6	Bernard Arnault	\$63.3B	-\$334M	+\$24.1B	France	Consumer
7	Carlos Slim	\$62.7B	+\$402M	+\$12.9B	Mexico	Diversified
8	Larry Ellison	\$53.3B	+\$152M	+\$11.7B	United States	Technology
9	Larry Page	\$52.5B	-\$84.6M	+\$12.6B	United States	Technology
10	Ingvar Kamprad	\$52.4B	-\$3.92M	+\$8.41B	Sweden	Retail

Fonte: Bloomberg Billionaires Index / <https://www.bloomberg.com/billionaires/>

En el caso de que una empresa tradicional del siglo XX quebrase, los acreedores podían vender sus máquinas y sus equipamientos y recuperar un buen dinero. En el caso de las fortunas que se ven en la Figura 1, una quiebra de las empresas correspondientes dejaría solamente añoranza o mala reputación. El concepto de valor de los medios de producción ha cambiado, y ha cambiado incluso la forma de su uso para extraer el excedente social y transformarlo en patrimonio.

Haskel y Westlake dedican buena parte de su libro *Capitalism without Capital* a captar la diferencia profunda que caracteriza a ese capital intangible. No se trata de *un activo físico, como una fábrica, una tienda o una línea telefónica, que una vez que llegan al límite de su capacidad, hay que invertir en nuevos. Porque los intangibles no necesitan obedecer al mismo conjunto de leyes de la física: pueden en general ser usados de nuevo una y otra vez. Llamemos a esa característica de los intangibles como potencia de escala [scalability]. [...] No tendría que sorprendernos que cosas que no podemos tocar, como ideas, relaciones comerciales y know-how, sean fundamentalmente diferentes a las cosas físicas como las máquinas y las construcciones.* (6)

(Figura 2) **Intensidad de lo intangible en manufactura y servicios (parte del sector de la economía real en el valor agregado, UE y EUA, no agrícola)**



Fuente: cálculos de JH y SW en base a datos de I, en: cálculos de Jonathan Haskel e Stian Westlake en base a datos de Intan-Invest (www.intan-invest.net) y Spintan (www.spintan.net) en: *Capitalism without Capital*, op. cit., p. 31.

El cambio es sísmico, pues lo intangible puede reproducirse indefinidamente sin costes adicionales, abriendo la posibilidad de una generalización planetaria de aumento de la productividad sin costes adicionales. Y no se trata de estudios del futuro. Al comparar la dinámica del valor agregado en los

sectores de la industria y de los servicios, en Estados Unidos y en Europa, los autores constatan la inversión del peso relativo de lo intangible y de lo tangible (Figura 2).

Naturalmente, lo intangible no substituye simplemente a lo tangible, seguiremos necesitando alimentos, casas, medios de transporte y semejantes, pero lo esencial aquí es que los costes propiamente físicos, como materias primas y mano de obra tradicional -el lomo del estibador, por decirlo de algún modo-, devienen relativamente secundarios en los procesos productivos. Y, cada vez más, quien controla lo intangible pasa a controlar los propios sistemas productivos tradicionales. La era digital, con sus nuevos procesos tecnológicos, sus nuevas formas de apropiación del excedente y de los sistemas políticos, no substituye ni a la agricultura ni a la industria, pero pasa a someterlas a una nueva lógica, que tratamos de hacer explícita.

La investigación de Haskel y Westlake aclara:

Nuestro argumento central en este libro es que hay algo fundamentalmente diferente en el caso de la inversión intangible, y que entender la firme transición hacia la inversión intangible nos ayuda a entender algunos de los desafíos-clave que hoy enfrentamos: innovación y crecimiento, desigualdad, el papel de la gestión, así como la reforma financiera y de las políticas [policy]. Defendemos aquí que hay dos grandes diferencias en relación a los activos intangibles. Primero, la mayor parte de los sistemas de medición los ignora. Hay buenas razones para eso, pero, en la medida en que los intangibles han ganado importancia, eso significa que hoy estamos intentando medir el capitalismo sin contar todo el capital. Segundo, las propiedades económicas básicas de los intangibles hacen que una economía densa en intangibles se comporte de manera diferente a una economía densa en tangibles. (7)

En el presente estudio es precisamente esta cuestión la que nos ocupa: ¿hasta dónde el cambio de las “propiedades económicas básicas” cambia no solamente la economía sino todo el modo de producción en el sentido más amplio?

Una riqueza multiplicable indefinidamente

Volvamos a Jeremy Rifkin. El concepto de sociedad de coste marginal cero, título de su libro, puede sonar como si fuera griego para no economistas, pero el principio es muy simple: a medida que penetramos en la sociedad del conocimiento y en la economía creativa, el eje de análisis económico se desplaza. En ese punto, estamos en la economía inmaterial, como la llama André Gorz, donde el principal factor de producción, el conocimiento, una vez producido puede difundirse, de forma ilimitada y gratuita por todo el planeta, con coste adicional cero. O sea, todo el instrumental de análisis económico basado en la escasez -la asignación racional de recursos escasos es el objetivo tradicional de la economía- se desplaza. En vez de producir más para ganar más, el capitalismo pasa a buscar formas artificiales que generen escasez para ganar dinero y a combatir los procesos descentralizados y colaborativos de multiplicación de riqueza.

Así, el sistema invierte los valores. Prohibir el libre acceso al libro o a la película a los que se podría acceder online pasa a ser fundamental para el sistema dominante. Para el consumidor, sin embargo, lo importante es tener la facilidad y simplicidad del acceso. Después de cubiertos los costes iniciales de producción y después de un beneficio razonable, ¿hay alguna justificación para el cobro de cada uso adicional que no genera ningún coste? Finalmente, ¿las reglas de la economía de bienes cuya producción exige nuevas inversiones para cada unidad adicional producida son las mismas que

cuando se trata de bienes y servicios cuya reproducción infinita se puede hacer a coste cero? Rifkin se pregunta: *¿Cómo organizar una economía [...] en la cual los costes marginales de producir, almacenar y compartir comunicaciones, energía y un número creciente de bienes y servicios están aproximándose a cero? Una nueva matriz de comunicación/energía está emergiendo y, con ella, una nueva infraestructura pública “inteligente”. La internet de las cosas (IoT [siglas en inglés]) conectará todo y a todo el mundo en un nuevo paradigma económico mucho más complejo que el de la Primera y la Segunda Revoluciones Industriales, pero cuya arquitectura es descentralizada en lugar de centralizada. Más importante todavía, la nueva economía optimizará el bienestar general por medio de redes integradas lateralmente en la esfera de los bienes comunes colaborativos [collaborative commons] en vez de por empresas integradas verticalmente en el mercado capitalista.* (8)

Coherente con lo afirmado, Rifkin pone a disposición el texto online, lo que constituye en sí mismo un ejemplo de transformación. Difundir por medio del libro una mejor comprensión de los mecanismos económicos contribuye al nivel educacional de la sociedad y, puntualmente, también a la productividad y el bienestar de todos. La prosperidad es una construcción social. ¿Dejará de ganar dinero el autor? En realidad, él está ampliando su visibilidad, ganará más con las invitaciones que tendrá para exponer sus ideas y, probablemente, venderá todavía más libros en el formato tradicional. En el ciclo económico denso en conocimiento y con forma inmaterial, necesitamos equilibrar las tareas remuneradas y las colaborativas, sabiendo que, a medida que el conocimiento se convierte en el factor de producción más importante del planeta, la dimensión no directamente remunerada se amplía. Son los nuevos equilibrios en construcción.

No se trata aquí solamente de compartir una música con los amigos o de subir un vídeo a YouTube. Rifkin nos presenta centenares de ejemplos en el área de las finanzas, con innumerables redes *peer-to-peer* (P2P) que permiten flujos financieros entre quien tiene recursos parados y quien los necesita, esquivando los intereses y tarifas explotadoras de los intermediarios financieros. Con la caída acelerada del coste de las células fotovoltaicas, se expande rápidamente la producción propia de energía en las casas particulares, además de un proceso de transferencia en red de excedentes. En el área de la logística, donde gran parte de los viajes de los camiones, por ejemplo, se realiza sin carga, la generalización del acceso en red a informaciones sobre quién tiene carga y con qué destino permite que el camión de una empresa lleve la carga de otra, optimizando los trayectos y reduciendo el desperdicio de combustible. Incluso el propietario individual de un camión entra a formar parte de una red informativa en que el conocimiento de los flujos permite mejorar el conjunto sin esperar órdenes superiores. Son las llamadas ganancias organizacionales; inmateriales, pero muy productivas. Pueden incluso hacer disminuir el PIB, al reducir desperdicios y mejorar la racionalidad de los procesos, pero, sin duda, hacen nuestra economía más eficiente. Mis comunicaciones online mejoran mi productividad, pero el hecho de que yo no utilice el correo reduce el empleo y los costos en transporte, que se contabilizarían como actividad económica, generando un aumento del PIB.

Hasta la publicidad está cambiando de rumbo. En vez de comprar un producto porque la publicidad de pago dice que es una maravilla, el cliente puede ahora aproximar el móvil a un código de barras y, en la pantalla, ver una lista de opiniones de personas que compraron el producto -inclusive con un filtro que detecta las opiniones personales falsas que las empresas intentan introducir. La emigración de audiencia de la TV hacia internet, sobretodo entre las nuevas generaciones, ha hecho que la publicidad migre también para ese medio, pero con problemas: a pesar de que las personas están acostumbradas a las interrupciones publicitarias en los programas de TV, la intromisión de una

publicidad durante la navegación en internet produce rechazo e irritación con la marca. Nuevos rumbos. El denominador común es que la conectividad planetaria y la primacía de la dimensión inmaterial del principal factor de producción están exigiendo nuevas reglas de juego.

En opinión de Rifkin, la rápida expansión de esa nueva economía crea la posibilidad de escapar tanto del poder de los gigantes de la intermediación como de la filosofía de la guerra económica del todos contra todos, expandiendo progresivamente los espacios de colaboración directa entre los agentes económicos, al mismo tiempo productores y consumidores, los famosos *prosumers*. ¿Optimismo exagerado? Tal vez, pero lo que aprendemos en el libro, no es saber si el futuro será más o menos color-de-rosa, sino la comprensión mucho más profunda de las oportunidades que surgen para una economía más humana.

Haskel y Westlake resumen esa dimensión esencial de la economía intangible, la de poderse expandir indefinidamente, sin o con pocos costes adicionales, con el concepto de potencial de escala (*scalability*): “El potencial de escala se aplica a muchos tipos de activos intangibles. Una vez que una empresa crea o adquiere un activo intangible, puede usarlo normalmente muchas veces con costes relativamente pequeños comparados con la mayor parte de los activos físicos”. (9)

Cuando se descubrió el poder del suero de rehidratación oral, conocido como suero casero, su uso se extendió por todo el planeta, salvando a millones de criaturas, y nadie pensó en patentarlo o restringir el acceso a sus beneficios. El hecho de que más personas utilicen esa tecnología no perjudicó en nada a quien la inventó. ¿Quién inició el proceso podría haber ganado dinero al patentar la idea? Estamos aquí en el corazón de los nuevos dilemas de organización económica, o sea, decidir si el eventual beneficio de una persona o de una empresa es más importante que el potencial beneficio social. Y, en particular, se plantea de forma mucho más aguda la contradicción entre el proceso social de producción y la apropiación privada de los resultados, estudiada por Gar Alperovitz y Lew Daly en su *Apropiación indebida*, como veremos más adelante.

Haskel y Westlake, sin ningún marxismo, resumen la tendencia de forma clara: “La tasa de retorno social supera a la tasa de retorno privado” (10), o sea, el obstáculo generado por la burocracia del acceso a una idea, como es tener que enfrentarse a patentes o *copyrights*, da muchos menos beneficios a nivel individual que el potencial beneficio social del libre acceso. En términos de productividad sistémica, la apropiación privada puede hacerse cada vez más improductiva. El fiel de la balanza se está desplazando del interés social hacia el beneficio individual, incluso porque se ha desarrollado una industria de intermediarios que compran patentes para después cobrar peajes de cualquier empresa que quiera profundizar investigaciones o desarrollar productos. Lo esencial para nosotros es que, entre el estímulo de la remuneración al innovador y el interés difuso de la sociedad, es el concepto general de remuneración de los intangibles el que hay que tener en cuenta. Los autores citan a Thomas Jefferson: “Quien recibe de mí una idea recibe instrucción sin disminuir la mía; quien enciende su fuego en el mío recibe luz sin reducir mi obscuridad”. (11)

No es posible no ver el desplazamiento sistémico de los procesos productivos dominantes, los que trazan el camino. Constatamos la explosión de las tecnologías, el dominio sobre el propio proceso de expansión del conocimiento. Y se trata de un factor de producción cuyo uso no reduce el stock. Además de eso, la conectividad planetaria permite articular de manera inteligente informaciones, documentos, personas e instituciones prácticamente sin costes adicionales. Asistimos a una ruptura

de los espacios tradiciones que delimitaban la territorialidad de las actividades económicas. La tradicional unidad productora agrícola o industrial pasa a ser controlada por sistemas financieros e informacionales con plataformas, redes y algoritmos. Todo eso constituye relaciones técnicas de producción que transforman los procesos productivos, que a su vez conducen a transformaciones profundas en las relaciones sociales de producción. En la era feudal, el principal factor de producción era la tierra. En el capitalismo industrial, era la máquina. Hoy es el conocimiento. Y el conocimiento, como factor de producción, demanda instituciones diferentes. Entre el señor feudal con el siervo y el capitalista industrial con el obrero, las relaciones sociales de producción cambian. ¿Qué surge con los nuevos rumbos? La misma idea de “empleo” se está desplazando.

II. LOS CAMBIOS EN LAS RELACIONES SOCIALES DE PRODUCCIÓN

Hemos visto hasta aquí el profundo cambio en el contenido de los procesos productivos. Naturalmente, continuamos con la producción de trigo y arroz, acero y automóviles, pero el elemento básico de formación del valor, el factor principal de producción, lo constituyen un conjunto de actividades intangibles que pueden generalizarse sin costes adicionales significativos. Cuando surgió la industria, la agricultura no desapareció, incluso porque su intensificación era necesaria para abastecer de alimentos a las ciudades y de materias primas a las fábricas. Pero el eje dominante de estructuración social pasó a ser la industria, transformando al mismo tiempo la propia agricultura. Con el surgir del conocimiento y de los intangibles, en sentido amplio, la industria y la agricultura expanden su capacidad productiva, justamente por la incorporación del conjunto de los avances intangibles que dominan las transformaciones. Pero quien asume la dirección ya no es necesariamente quien controla las máquinas.

De la misma manera que la lógica de la acumulación industrial pasó a dominar el conjunto de las relaciones sociales de producción en la segunda mitad del siglo XIX y en el siglo XX, hoy la dinámica estructurante de la sociedad es el acceso a la información y al control del conocimiento en el sentido amplio. André Gorz, en su estudio *Lo inmaterial*, resume ya en las primeras líneas la dimensión del desplazamiento:

La amplia admisión del conocimiento como la principal fuerza productiva provocó un cambio que compromete la validez de las categorías económicas-clave e indica la necesidad del establecimiento de otro tipo de economía. La economía del conocimiento que actualmente se propaga es una forma de capitalismo que busca la redefinición de sus categorías principales -trabajo, valor y capital- y así abarcar nuevos dominios. (12)

Controlar el conocimiento significa controlar el principal factor de producción de la sociedad. Ignacy Sachs resumió bien la idea: en el siglo pasado, el poder era de quien controlaba las fábricas, en este siglo va a ser de quien controle la información. De la misma manera que cambia la lógica de la organización social con la transición de la era agrícola a la era industrial, enfrentamos ahora un cambio sistémico profundo con la centralidad de la era de la información. Ese ángulo de análisis nos parece mucho más esclarecedor de las dinámicas aceleradas de cambio que vivimos que imaginar que se trate de una Cuarta Revolución Industrial. Las bases técnicas de los procesos productivos se desplazaron y vamos a ver ahora los impactos sobre el conjunto de las relaciones sociales de producción.

De la competencia de mercado a la organización interempresarial

En el caso del universo industrial, la tendencia hacia el gigantismo siempre fue fuerte, en la medida en que la división de los costes fijos -como son las máquinas y equipamientos- entre más unidades producidas aseguraba las llamadas economías de escala, como en el caso emblemático de la General Motors y en tantos otros. La lógica aquí es la de un gran productor de un determinado producto: cuando hablamos de un coche de la GM sabemos de qué y de quién se trata. Los gigantes empresariales presentados en la Figura 3 detentan activos por capitales mucho más elevados que el PIB de la mayoría de los países; además de eso, tienen en común el hecho de constituir redes de control de innumerables actividades, a través del control accionario. La Berkshire Hathaway, de

Warren Buffett, que ocupa la séptima posición, fue una empresa del ramo textil, hoy es esencialmente un holding financiero que controla y extrae dividendos de: transporte ferroviario, enciclopedias, medios de comunicación, aspiradores, joyas, electricidad, gas y otros sectores, en particular el de seguros. Se cruza con los intereses del Goldman Sachs y tiene a Bill Gates, uno de los fundadores de la Microsoft, como el segundo mayor accionista. Estamos en familia. La Alphabet es la controladora de Google, la Tencent es un gigante chino de tecnología y juegos.

(Figura 3) **Empresas con el mayor valor de mercado, en millones de dólares-2018**

(Current Market Cap)	Short Name	Market Cap
1	APPLE INC	860.88B
2	ALPHABET INC-A	729.29B
3	MICROSOFT CORP	659.91B
4	AMAZON.COM INC	563.54B
5	FACEBOOK INC-A	514.99B
6	TENCENT	493.56B
7	BERKSHIRE HATH-A	489.25B
8	ALIBABA GRP-ADR	441.62B
9	JOHNSON&JOHNSON	375.36B
10	JPMORGAN CHASE	371.05B

Fuente: Holger Zschaepitz apud Rupert Neate, “Apple Leads Race to Become World’s First \$1tn Company”, en: The Guardian, 3 jan. 2018, disponible en: <https://www.theguardian.com/business/2018/jan/03/apple-leads-race-to-become-world-first-1tn-dollar-company>, acceso: 11 abr. 2020.

Las cinco mayores corporaciones del mundo valen en conjunto 3,35 billones de dólares -más que el PIB del Reino Unido o de cualquier otro país del mundo con excepción de Estados Unidos, China, Japón y Alemania. El inmenso aumento de valor sobrevino después de que los mercados de acciones alcanzasen cifras de récord cuando, a finales del 2017, los precios de las acciones se beneficiaron de los recortes de impuestos del presidente Donald Trump y de la continuidad de la flexibilización cuantitativa [quantitative easing] de los bancos centrales. (13)

O sea, son gigantes, pero el gigantismo consiste esencialmente en la red de control que les permite extraer dividendos. Si cualquiera de ellos vendiese sus máquinas e instalaciones no recogería gran cosa. Su valor es esencialmente inmaterial y consiste en la capacidad sistémica de extraer dividendos. Las eventuales fábricas controladas son solamente tercerizadas, y el conjunto forma una arquitectura de intereses profundamente diferente al tradicional sistema empresarial. El valor de esas corporaciones, inclusive, se calcula por el valor de sus acciones en el mercado, que, a su vez, depende de los dividendos que se pagan a los accionistas. Los activos de la nueva economía, en la cima de la pirámide, son esencialmente inmateriales. ¿Qué base material se vendería con el Facebook?

La transformación iba acompañada de un curioso desplazamiento del concepto de mercado. Tal como se desarrolló en los clásicos de la economía, el concepto se refería al libre intercambio de bienes y servicios, que permitiría el establecimiento natural del equilibrio entre precios y cantidades en el contexto de un sinnúmero de empresas, de manera que ninguna pudiese dominar el proceso y deformarlo. Eso, sin duda, todavía existe, por ejemplo, en el mercado de camisetas y semejantes, asegurando que la población en su calidad de consumidora pueda ejercer un cierto papel, en la línea de lo que Milton Friedman llamaba “libertad de elección”. Pero hoy, cuando nos referimos a los “mercados”, tenemos en mente un grupo de grandes intermediarios financieros que observan el rendimiento de sus acciones y de otras inversiones financieras.

La gigante Tencent, multinacional de base china que aparece justo después de Facebook en la Figura 3, da una buena idea de lo que es una corporación moderna. En una simple consulta a Wikipedia es posible saber que ese grupo controla actividades relativas a: comercio electrónico, jugos de vídeo, *softwares*, realidad virtual, transporte compartido, actividades bancarias, servicios financieros, *fintech*, tecnología de consumo, informática, industria automovilística, producción y distribución audiovisual, venta online de entradas, música, tecnología espacial, recursos naturales, *smartphones*, *big data*, agricultura, servicios médicos, computación en la nube, medios de comunicación social, *e-books*, servicios internet, educación, energía renovable, inteligencia artificial, robótica, entrega de alimentos y otros. Puede actuar en cualquier sector, en cualquier país, en actividades cruzadas con innumerables compañías, que van desde la plataforma estadounidense para compartir vídeos YouTube hasta la empresa francesa de cosméticos L’Oréal. Es poco probable que usted haya oído hablar de la Tencent, y sin embargo, seguramente, en alguna de sus actividades de compra usted alimenta a los controladores de esa empresa. (14)

El mundo cambió radicalmente y está cambiando todavía más, y de forma acelerada. Conocemos los productos finales que se exponen en los estantes de los supermercados, pero saber a quién pertenecen, quién los controla, cuál es la política que adoptan en términos ambientales, sociales o de simple seguridad del consumidor está, evidentemente, fuera de nuestro alcance. Los grupos centrales de la Figura 4 (abajo) constituyen holdings financieros que controlan a otras instituciones financieras dispersas por varios sectores y varios países que, a su vez, controlan a empresas realmente productoras de alguna cosa que se consume. Nombres de referencia como Nestlé se mantienen solamente por la elevada inversión realizada durante décadas para asociar la marca a imágenes positivas. En la cima de la pirámide deciden gestores financieros que poco entienden de las esferas productivas; y tampoco podrían entender si se considera la diversidad de productos, sectores y países de actividad. De un mundo de libre competencia de mercado pasamos a gigantescas pirámides de poder financiero que constituyen sistemas complejos de articulación. En ausencia de cualquier sistema de gobernanza política global, el sistema económico global está constituyendo su propia red de poder. “La política cambió de lugar”, de acuerdo con la excelente formulación heredada de Octavio Ianni.

(Figura 4) Mapa de las marcas de diez poderosas multinacionales del ramo de la alimentación



Fuente: Convergence Alimentaire apud Harry Bradford, "These 10 Companies Control Enormous Number Of Consumer Brands", en: HuffPost, 27 abr. 2012, disponible en: : http://www.huffingtonpost.com/2012/04/27/consumer-brands-owned-ten-companies-graphic_n_1458812.html acceso: 11 abr. 2020.

Del beneficio de la producción a la renta de las inversiones financieras

En el libro *La era del capital improductivo*, presentamos el estudio del Instituto Federal Suizo de Investigación Tecnológica de Zurich que muestra que hoy, en el mundo, 737 grupos controlan el 80% del universo corporativo y que, en ese universo, 147 grupos controlan el 40%, de los cuales $\frac{3}{4}$ partes son bancos (15). La lógica sistémica cambia radicalmente, puesto que el mayor interés de esos grupos está en la rentabilidad financiera final, definida por aquellos que ocupan la cima de la pirámide. El espacio de decisión empresarial, tradicionalmente concebido desde el punto de vista de un productor concreto de un bien o servicio determinado -que, por tanto, estaría interesado también en prestar un buen servicio al cliente-, se desplaza. El cambio profundo en términos de control de las decisiones lleva al desplazamiento de la forma de extraer la plusvalía generada en el cuadro de los procesos productivos. Los accionistas dominantes o controladores financieros de diversos tipos ven a la empresa productora que está en la base de la pirámide como una unidad de extracción de dividendos. Antiguamente, una unidad empresarial productora de bienes o servicios podía orientarse por una visión estructural y de largo plazo de inserción en la comunidad, de apoyo a la formación de funcionarios, de inversión en el desarrollo sostenible del territorio donde se situaba. A la minera BHP Billiton o a los accionistas del banco brasileño Bradesco (vía Vale y el holding Valepar) les interesa

tan solo la maximización del rendimiento financiero de la Samarco, en general a corto plazo. Puede haber visionarios en la cima de la pirámide, pero esencialmente se trata de gente que gana en función de la máxima apropiación del excedente producido en la base; por ejemplo, al considerar que vale más la pena dedicar los activos de la empresa a la compra de títulos de la deuda pública y otros papeles financieros que a invertir en la expansión de la capacidad productiva. La lógica de la rentabilidad cambió.

Gran parte del estancamiento relativo de las economías que constatamos hoy en el mundo, a pesar de los inmensos avances tecnológicos, se debe al hecho de que el capital en su forma-dinero -que se reinvertía en expansión del proceso productivo, el llamado capital-dinero- se ha transformado ahora simplemente en patrimonio de personas físicas que no participan en el proceso productivo. Con la apropiación del excedente producido en las empresas por parte de personas físicas o jurídicas no productivas, lo que era capital (en el sentido de fomentar la dinámica de acumulación de capital) se transforma ahora en fortunas que pueden ser gigantescas, pero que traban la dinámica productiva en vez de estimularla. Basta con ver las figuras 1 y 3, sobre los principales multimillonarios y sobre las empresas de mayor capitalización. La economía intangible crea otra forma de apropiación del excedente producido por la sociedad, a escala muy superior a la explotación salarial. Cosa importante, las nuevas formas de apropiación del excedente son menos conflictivas, por la impersonalidad y complejidad del sistema. ¿Alguien entiende cómo un Henrique Meirelles creó el sistema absurdo de la empresa de alimentación JBS mediante el holding financiero J&F, transitando tranquilamente entre los obstáculos del mundo financiero privado y los del Ministerio de Hacienda de un país que es la novena potencia económica mundial?

La gran aportación de Thomas Piketty fue la de poner en evidencia el hecho de que el sistema asumió características de autoreproducción, pues las inversiones financieras rinden más que las inversiones en la economía real. Las inversiones especulativas rindieron una media entre el 7% y el 9% al año, considerando las últimas décadas. El PIB mundial crece, de media, entre el 2% y el 2,5%. El grueso de la población mundial no hace inversiones financieras, sino que gasta lo que gana o hasta más de lo que gana, se endeuda y paga intereses. Los que obtienen rendimientos de las inversiones financieras constituyen la flor y nata económica de la sociedad. Son personas que poco o nada producen, pero tienen “papeles”, como son las acciones, los títulos de deuda pública y otras formas inmateriales de riqueza, que pasan a constituir lo que hemos llamado “rendimientos no productivos” o “renta” (en inglés, *unearned income*, o *rent*, diferente de *income*; en francés, *rente*, diferente de *revenu*, que es la renta originada en procesos productivos).

O sea, la forma dominante de apropiación del excedente por parte de minorías poco o nada productivas -el mecanismo básico de explotación, para dejar claro de qué se trata- se desplazó y se sofisticó. Donde teníamos, y evidentemente todavía tenemos, la apropiación a través de los bajos salarios, la tradicional plusvalía, hoy tenemos también la expansión de formas innovadoras de apropiación que generan una sociedad predominantemente rentista. Esa comprensión ayuda a entender por qué es tan frágil el ritmo de desarrollo de la economía real, a pesar de tantos avances tecnológicos y de tanto potencial para generalizar la prosperidad. Para apropiarse de la plusvalía sobre salarios, por lo menos la empresa tenía que generar empleos. La apropiación del excedente social por mecanismos financieros es mucho más amplia.

Apropiación del excedente social por los intermediarios financieros: el capital improductivo

Estudiamos con detalle en el libro *La era del capital improductivo* los cambios profundos en la forma de apropiación del excedente. Retomamos aquí el relato, aunque resumidamente, pues la forma de explotación es esencial para caracterizar un modo de producción, y sin esos datos el presente estudio quedaría desequilibrado.

Tomando el caso de Brasil como referencia, enfrentamos una deformación profunda de toda la economía, proceso que se pone en evidencia al analizar el flujo financiero integrado: los intereses que inciden sobre las personas físicas, sobre las empresas y sobre la deuda pública; el sistema tributario y sus desequilibrios, además de la evasión fiscal; y, finalmente, los desvíos hacia los paraísos fiscales. Donde teníamos un ciclo de acumulación del capital en que el dinero invertido en la producción volvía, aumentado con el beneficio, para financiar más capital productivo, hoy tenemos un sistema de drenaje que debilita la reproducción del capital.

Los grandes números son grandes pero no son complicados. Podemos empezar por una cifra básica de referencia, nuestro PIB de 2019, parado en sus 7,3 billones de reales. Eso nos permite trabajar con órdenes de magnitud, una cosa tan simple como el hecho de que 730.000 millones de reales representen el 10% del PIB y 73.000 millones representen el 1%. Es una aritmética elemental que hace los números más “palpables” en nuestra cabeza, ya que, cotidianamente, salvo en el caso de algunos afortunados, no lidiamos con miles de millones. Por ejemplo, cuando los grandes exportadores e importadores falsifican facturas fiscales que les permiten desviar 140.000 millones de reales por año, hablamos de más del 2% del PIB desviado, y curiosamente eso no aparece en las noticias, mientras que los pocos 30.000 millones de reales del programa social Bolsa Familia, que además dinamizan la economía al generar demanda, son presentados como un gasto dramático, y eso que casi no llegan al 0,5% del PIB. Organizar e interiorizar ese tipo de “regla” de medida de grandes valores es muy útil, pues los manipuladores de análisis económicos adoran navegar con números grandes e incomprensibles. Son miles de millones, pero son nuestros miles de millones, resultado de nuestro trabajo como sociedad, y es tiempo ya de que les dediquemos la debida atención.

La economía funciona con cuatro motores: 1) el mercado externo; 2) la demanda de las familias; 3) la inversión y la producción empresariales; 4) la inversión en infraestructura y en las personas (políticas sociales) por parte del gobierno. En Brasil, el mercado externo, aunque importante, pesa poco en el conjunto. Las exportaciones alcanzan a poco más de 200.000 millones de dólares, cerca del 10% del PIB, nada determinante en este país de grandes dimensiones en que el mercado y las actividades internas representan básicamente el 90% de la dinámica económica. No somos Singapur ni Taiwan ni Corea del Sur. Somos un gigante de 210 millones de habitantes. Si la economía interna no funciona, el mercado externo puede ayudar, pero no resuelve el problema. La explicación fácil de los avances y de los retrocesos económicos por los precios de las *commodities* en el mercado mundial constituye esencialmente un engaño para tapar las causas internas.

En el mercado interno, lo esencial es el segundo motor que representa el consumo de las familias, con un peso relativo del 60% del total. Si las familias no consumen, las empresas no tienen para quien producir y ambas pasan, así, a pagar menos impuestos, lo que reduce la capacidad del Estado de realizar las inversiones en infraestructura y en políticas sociales. Es el círculo vicioso en que nos encontramos embarrancados desde 2014, cuando empezó el proceso que llevó al golpe final del 2016.

Las familias redujeron su consumo ya a partir de 2012 -y de manera más acentuada en el 2013 y en los años siguientes-, porque se endeudaron. Según el Servicio de Protección del Crédito (SPC Brasil), en el 2018, 64 millones de adultos (más del 40% del total) estaban en la lista de “negativos”, o sea, no conseguían honrar los compromisos de gastos anteriores, de compras nuevas nada que añadir. Estamos hablando de los adultos que tienen finanzas comprometidas directamente, pero si sumamos a sus familias estaremos hablando de casi la mitad de la población brasileña. El aumento del endeudamiento de las familias está bien documentado. En enero del 2005, el stock de deuda familiar representaba el 18,42% de la renta mensual, elevándose hasta el 43,86% en el 2013 y llegaba a más del 46% en el 2015.

En sí mismo el volumen de la deuda no sería crítico si no fuese por las tasas de interés aplicadas. De acuerdo con los datos de la Asociación Nacional de Ejecutivos de Finanzas, Administración y Contabilidad (Anefac), que publica los tipos de interés efectivamente practicados en el mercado, las personas físicas pagaban, en febrero del 2018, un 129,29% al año por las compras de “artículos domésticos” con los *crediários* (pago a plazos con tarjeta del propio comercio), el 64,22% sobre los préstamos personales de los bancos; el 297,18% en los cheques especiales (*overdraft*), y el 316,50% en el crédito rotativo de la tarjeta. Para hacerse una imagen de la dimensión, en Francia el préstamo personal en el banco cuesta menos del 5% al año, y los *crediários* raramente superan el 10% al año, el crédito de la tarjeta 11% en Canada. Los intereses practicados en Brasil constituyen simplemente un sistema legal de agiotaje, que se hizo posible por la eliminación del artículo 192 de la Constitución -que reglamentaba el Sistema Financiero Nacional (SFN)- por medio de una Propuesta de Enmienda a la Constitución del año 1999 (PEC 53/1999), transformada en Enmienda Constitucional (EC 40/2003). El artículo 192 fijaba un techo a las tasas de interés reales (por encima de la inflación) del 12%.

Los tipos de interés para las personas jurídicas son, proporcionalmente, tan escandalosos como para las personas físicas. El estudio de la Anefac presenta una tasa practicada media del 63,08% al año para la persona jurídica, siendo el 28,93% para capital de giro, el 34,96% para descuento de duplicatas y el 146,83% para cuenta garantizada. Nadie en su sano juicio imagina que sea posible desarrollar actividades productivas -crear una empresa, enfrentar el tiempo de entrada en el mercado y de equilibrio de cuentas- pagando ese nivel de intereses. Aquí, la inversión privada y la producción se ven directamente afectadas.¹

Las grandes empresas pueden negociar intereses más bajos por medio del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), y las multinacionales se aprovechan de intereses por debajo del 5% al año en el exterior. Pero las pequeñas y medianas empresas se ven condenadas a pagar préstamos en las agencias bancarias donde tienen sus cuentas y a cargar con intereses surrealistas. El mundo empresarial, que ya se está paralizando por el bloqueo de la demanda, constata que recorrer al crédito para superar la fase crítica es prohibitivo. Además de eso, como la tasa de intereses básicos Selic elevada permitía ganar más -y sin esfuerzo- con inversiones financieras antes que invirtiendo en la producción, práctica que se ha generalizado, el desvío de los recursos de la producción hacia inversiones financieras fue inevitable, agravando el bloqueo de la economía. La inflación cayó, pero no por ninguna habilidad particular de las políticas macroeconómicas, sino

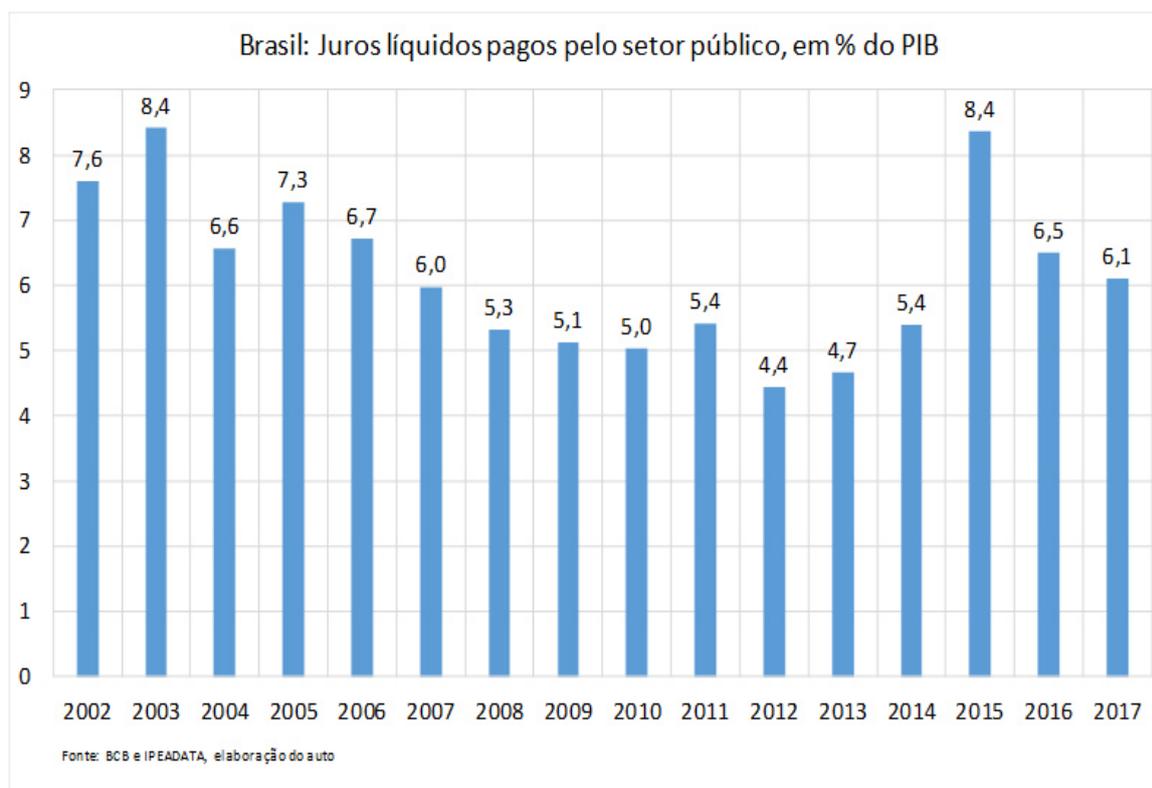
¹ En plena crisis del COVID-19, las tasas de interés en junio 2020 son de 73,92 en el comercio, 255,94% para tarjeta de crédito, 46,10% para personas físicas, un promedio de 42,58% para empresas. La tasa de inflación es inferior al 3%. Anefac. Vea detalles en https://3783fb27-40b2-47fa-ab2d-4ffef8b3c87b.file-susr.com/ugd/21624f_3e01b1f83c7c420ba735b3c678fa34fd.pdf

simplemente porque, con la economía en quiebra, las empresas decidieron vender sus stocks incluso con pérdidas. La inflación se equilibra financiando con crédito barato el consumo de las familias y la inversión de las empresas, o sea, equilibrando la demanda con mayor oferta, y no quebrando la economía tanto de las familias como de las empresas.

Según el Banco Central, el stock de deuda de las familias y de las empresas representó en el 2018 cerca de 3,1 billones de reales, casi la mitad del PIB. Muchos países presentan volúmenes de endeudamiento mayores, pero ninguno tiene los tipos de interés que se cobran aquí de ese stock. En el cálculo que incluye las deudas de las personas físicas y de las personas jurídicas, crédito libre y dirigido, el flujo de intereses extraído por los intermediarios financieros llegó a 1 billón de reales, el 15% del PIB, resultado directo de las tasas absurdas presentadas anteriormente.

La intermediación financiera no es una actividad-fin, sino una actividad-medio, por tanto representa un coste. Su función económica depende de la capacidad de fomentar la economía, mediante una remuneración que tiene que ser moderada. En otros términos, la relación coste-beneficio de los bancos tiene que ser positiva para la economía. El titular dominical del periódico *O Estado de S. Paulo* del 18 de diciembre del 2016 resumió bien la cuestión: “Crisis de crédito retira 1 billón de reales de la economía y empeora la recesión”. En el mismo período de 12 meses en que la economía brasileña se hundía, el banco Itaú presentó un aumento de los beneficios del 32%, y el Bradesco, del 25%. Los estadounidenses y europeos se espantan ante un *spread* bancario del 35%, un beneficio que no comporta el trabajoso proceso de identificar proyectos, financiar inversiones, o sea, de hacer los deberes de casa: usar el dinero para dinamizar la economía en vez de extorsionar a productores y consumidores.

El cuadro ya crítico empeora, naturalmente, con la paralización del cuarto motor de la economía, que son las inversiones públicas en infraestructura y políticas sociales. Los intereses internacionalmente practicados sobre los títulos del gobierno se sitúan en la franja del 0,5% y el 1% al año. El endeudamiento público sólo se justificaría si la capacidad financiera generada para el gobierno permitiese una dinamización de la economía que fuese capaz de rendir más que el coste de la deuda. Con una Selic fijada en el 25% al año, en julio del 1996, que permaneció en ese nivel durante la era del presidente Fernando Henrique Cardoso (FHC), y se situó en la franja del 14% en la era de Lula y Dilma Rousseff (primera legislatura), el endeudamiento público devino un mecanismo de transferencia de nuestros impuestos a los dueños de los títulos. No se trató aquí de financiar al gobierno, sino de drenar sus recursos, desviando nuestros impuestos y trabando la capacidad de fomento económico del Estado. Véanse los datos en la Figura 5.

(Figura 5) **Brasil: intereses líquidos pagados por el sector público, en % del PIB**

Fuente: Banco Central de Brasil e IpeaData; elaboración de Nelson Barbosa.

En el 2015, el servicio de la deuda pública entregó 0,5 billón de reales (8,4% del PIB), esencialmente a los bancos, pero también a los grupos internacionales y, evidentemente, a una parte de la clase media alta que tenía invertida una base importante de renta en esa tasa. En el 2017, la cantidad entregada fue del orden del 6,1% del PIB, cifra un poco menor, pero que con la caída de la inflación y el aumento del volumen de deuda representó poca diferencia en términos reales. Con la reducción más reciente de las tasas de intereses, pero sobre un stock de deuda pública más elevado, los intereses pagos se sitúan al derredor del 5% del PIB.

Atribuir al déficit de las cuentas y al exceso de “gastos” en políticas fiscales la necesidad de un ajuste fiscal, argumento repetido millones de veces para convencer a una población aturdida por la recesión, constituyó una farsa. El déficit fue creado, esencialmente, por el servicio de la deuda pública. El déficit de las actividades propias del gobierno, el llamado “resultado primario” de las cuentas públicas, nunca sobrepasó el 2% del PIB. En la Unión Europea se recomienda que no pase del 3%. Nada de anormal, por tanto. En nuestro caso, la dimensión se acerca a los 400.000 millones de reales al año, dinero que podría dinamizar la economía a través de la inversión pública, pero que en su mayoría es reinvertido en la deuda pública que explota. Ésta es, evidentemente, la raíz de la crisis de las cuentas públicas.²

² Vea detalles en *Contas Públicas*, <https://dowbor.org/2020/05/1-dowbor-contas-publicas-entenda-a-farsa-a-terra-e-re-donda-maio-2020-5p.html/>

No hay dudas en cuanto al efecto multiplicador de las inversiones públicas en infraestructura. Pero, curiosamente, las inversiones en políticas sociales, como salud, educación, seguridad social y otras, son presentadas entre nosotros como “gastos”, cuando hace mucho tiempo que en contabilidad se entienden esas rúbricas como inversiones en las personas. Más todavía, fueron ese tipo de inversiones las que generaron los principales milagros económicos, en particular en Asia, pero también en Finlandia y en otros países. En realidad, el bien-estar de las familias depende en parte de la renta, la economía *out-of-pocket*, pero también del salario indirecto: los canadienses pueden tener un salario inferior al de los estadounidenses, pero tienen acceso gratuito universal a guarderías, escuelas, salud, espacios de ocio y otros. El bien-estar familiar es muy superior, y la economía más eficiente. La pérdida de la capacidad de expansión de ese acceso universal a bienes públicos gratuitos, por el desvío de los recursos hacia el servicio de la deuda, representa un atraso en términos de desarrollo. Particularmente absurdo, en ese contexto, es el hecho de que la Enmienda Constitucional 95/2016 trabe las políticas públicas pero no el gasto en intereses, que es, con muchas diferencia, la principal fuente de esterilización de los recursos públicos.

Hemos visto que los intermediarios financieros extraen, bajo la forma de intereses pagados por las familias y por las empresas, el equivalente al 15% del PIB. Aquí vemos que una parte de nuestros impuestos, un valor entre el 5% y el 6% del PIB, según el año, se transforma también en intereses mediante la deuda pública. Es bueno recordar que, aunque la tasa Selic haya bajado hasta el 3,75%, la inflación bajó todavía más, y el stock sobre el que inciden esos intereses aumentó radicalmente, lo que significa que, en términos reales, el drenaje continúa. Si sumáramos la cantidad desviada por las tres vías -sobre la demanda de las familias, sobre la capacidad de inversión de las empresas y sobre la capacidad de inversión del Estado-, hablamos de más de un 20% del PIB esterilizado. No hay economía que pueda avanzar así.

Hay otros espacios donde los recursos son mal utilizados. Por ejemplo, los fondos de pensión manejan un stock acumulado de recursos del orden de 1 billón de reales (15% del PIB). En muchos países hay una regulación del sector que asegura que esos recursos se inviertan productivamente, de forma que puedan cubrir las futuras necesidades de las personas jubiladas. En Brasil, esos fondos pueden invertir hasta el 100% del total de su capital en títulos de deuda pública. Así, buena parte de la pensión complementaria de los más prósperos se financia con los impuestos de todos, en particular de los más pobres, que en Brasil pagan proporcionalmente más impuestos.

Hay deformaciones semejantes en otros sectores, en particular en el de las aseguradoras, pero lo que nos interesa aquí es el flujo integrado, la deformación radical del sistema de intermediación financiera del país que, en vez de financiar la economía y dinamizar la inversión productiva, produce costes de intermediación para todos. Es lo que Gerald Epstein y Juan Antonio Montecino, del Roosevelt Institute, en investigaciones sobre el flujo financiero integrado en Estados Unidos, llamaron “productividad líquida negativa de la alta finanza”. En vez de servir a la economía, los intermediarios financieros se sirven de ella. De forma más popular, los estadounidenses dicen que, hoy, *the tail is wagging the dog* [el rabo mueve al perro].

La mayor parte de los países que funcionan, cuando se enfrentan a esa deformación, intentan recuperar el equilibrio por medio del sistema tributario. Nuestro sistema no solamente no corrige sino que agrava esos desequilibrios. En Brasil, el 50% de la carga tributaria incide sobre el consumo en forma de impuestos indirectos. Los más pobres, al transformar la casi totalidad de su renta en consumo, son los que, proporcionalmente, pagan más impuestos. El caso absurdo de la ley que exime a los

beneficios y los dividendos del pago de tributos es particularmente grave. Aprobada el 26 de diciembre del 1995, esa ley favorece obviamente a los beneficios de los afortunados de la cima de la pirámide social. Hay que añadir la falta de un impuesto sobre las grandes fortunas, el valor simbólico del impuesto sobre la herencia, la alícuota superior mucho más baja del Impuesto de Renta y la virtual inexistencia del Impuesto sobre la Propiedad Territorial Rural (ITR), de manera que tenemos que constatar que el sistema tributario engrandece la deformación de manera grotesca. Se trata de un sistema organizado de recompensa para los improductivos.

El poder económico de los más ricos, en particular de los grandes bancos, se ha transformado en poder político, lo que permite aumentar el drenaje de los recursos. El Sindicato Nacional de Procuradores de la Hacienda Nacional (Sinprofaz) estima la evasión fiscal en cerca de 600.000 millones de reales. Esa evasión, evidentemente, la hacen los más ricos; porque a los asalariados se les descuentan los impuestos, por una parte, en la hoja de salario y, por otra, los pagan incluidos en el precio de los productos. Los ricos no solamente no invierten sino que desvían los recursos de la economía sin ni tan siquiera pagar los impuestos obligatorios. Todos los grandes bancos y financieras disponen de departamentos técnicos que les ayudan a eludirlos -con procedimientos que denominan como “optimización fiscal”-, además de filiales acogedoras en paraísos fiscales.

Lo que quedó del artículo 192 de la Constitución dice todavía que “el sistema financiero nacional [se] estructurará de manera que promueva el desarrollo equilibrado del país y que sirva a los intereses de la colectividad”. Estamos acostumbrados a calificar como desvíos, robo o corrupción a todo lo que se puede considerar ilegal. Pero la realidad es que la gran corrupción, los desvíos realmente significativos en términos de afectación negativa a la economía, tienen hoy suficiente fuerza política como para crear su propia legalidad por medio de leyes menores que simplemente ignoran la obligación de “promover el desarrollo equilibrado del país”. En términos substantivos, los que gestionan nuestros flujos financieros sencillamente dejaron de “servir a los intereses de la colectividad” y se dedicaron a trabarlos. Tipos de interés que en cualquier país o circunstancia constituirían usura y serían, por tanto, prohibidos, aquí son perfectamente legales. ¿Qué es apropiarse de los recursos producidos por terceros sin la contribución productiva correspondiente?

La extracción del excedente que la sociedad produce por parte de intermediarios financieros y otros rentistas adquirió esas dimensiones impresionantes, en gran parte, por el hecho de que los instrumentos de regulación financiera se sitúan a nivel nacional en un contexto en que las finanzas son esencialmente globales. La moneda es hoy una señal magnética, navega por el planeta con inmensa volatilidad, y la sociedad tiene capacidades muy limitadas para controlar sus flujos, menos todavía para orientarlos hacia actividades productivas. En su estudio sobre Brasil, la Global Financial Integrity estima que los desvíos hacia el exterior por infra o sobrefacturación (éstas sí prácticas ilegales y fraudulentas) le cuestan al país unos 35.000 millones de dólares anuales, cerca del 2% del PIB. Y la Tax Justice Network estima que el stock de recursos de Brasil en paraísos fiscales puede llegar a 520.000 millones de dólares, cerca de un tercio del PIB (2012). De ese total, fue repatriado menos del 3%.

La economía financiera de Brasil pierde por todas partes. No somos los únicos que enfrentamos el desafío de la financiarización improductiva. En las últimas décadas, como hemos visto, las inversiones financieras han rendido en el mundo entre el 7% y el 9% al año, mientras que el PIB crece a un ritmo de entre 2% y 2,5%. Los flujos financieros se dirigen, naturalmente, hacia donde rinden más, y no es en la producción donde se da esa situación, pues las inversiones financieras rinden más

que las inversiones productivas. La diferencia en Brasil es que el sistema está más deformado. La financiarización amplía el rentismo y agrava la absurda concentración de riqueza.

Nuestro problema nunca fue de ajuste fiscal. Si sumamos las dificultades para el consumo familiar y para la actividad empresarial productiva, el desvío de los recursos públicos hacia el servicio de la deuda, el agravamiento creado por la estructura de la carga tributaria, la evasión fiscal, la fuga hacia el exterior y el amplio uso de los paraísos fiscales, sin dudas tenemos una economía disfuncional. No soñamos aquí con una solución milagrosa. Nuestro objetivo es mostrar que el marco cero de la ciencia económica es el centro de una economía que funcione: la asignación racional de los recursos. La regla de oro realmente existente es que la remuneración de los agentes económicos tiene que ser mínimamente proporcional a su contribución a la economía. Debemos recompensar a quien más multiplica las riquezas, no a quien es más espabilado a la hora de desviarlas. Al presentar el flujo financiero integrado buscamos mostrar que las soluciones son sistémicas, y exigen un nuevo pacto para el desarrollo. Ya se acabó el tiempo en que la “liquidez” consistía en dinero material emitido por el gobierno. En la era del dinero inmaterial, lo esencial de las emisiones tiene origen en las instituciones financieras y en forma de crédito.

En términos más amplios, el ejemplo de Brasil pone en evidencia que el sistema financiero se transformó en un mecanismo de extracción de excedente más poderoso que la propia explotación salarial, invirtiendo la tendencia mundial de reducción de las desigualdades de los treinta años de la postguerra. En realidad, se generan impactos acumulados, en la medida en que los propios salarios y los derechos sociales se ven bloqueado por las exigencias del beneficio financiero. Un eje central de definición del modo de producción, la forma de extracción del excedente y de explotación de las poblaciones, se está desplazando. En términos de productividad social, los señores de la deuda no son muy diferentes de los señores feudales: viven del esfuerzo de los otros. Pero en una escala de explotación que es muy superior.³

El crecimiento de la desigualdad

El cambio es sistémico no solamente por la intensificación de la explotación, que acumula la explotación salarial y la apropiación financiera, sino además por el hecho de que el lucro financiero crea un gravamen sobre el sistema productivo. El productor tradicional de una fábrica de zapatos, por ejemplo, explotaba a sus trabajadores, pero el resultado para la sociedad era: empleos (aunque mal pagados), demanda de maquinas y materias primas, zapatos para la población e impuestos para financiar infraestructuras y políticas sociales. El eje orientador era el beneficio.

En el caso del capitalismo financiero, como hemos visto, el eje orientador son los dividendos, la rentabilidad de los papeles. Una distinción fundamental aquí es la que va de la inversión productiva a la inversión financiera. El banco, por razones evidentes, denomina inversiones a los dos tipos, pues parece más noble. Pero el 1% más rico, que controla la masa de recursos en el mundo, no invierte en el sentido de crear nuevas capacidades productivas, sino en el financiero, especulando con papeles que rinden más que la producción. La rentabilidad financiera de los papeles puede ser muy grande, pero no crea un par de zapatos ni una casa más. El eje orientador del capitalismo financiero es el dividendo, que crea una nueva lógica en el conjunto del edificio capitalista.

³ Ver Joel Kotkin, *The coming of neo-feudalism*, Encounter Books, New York, 2020

La impresionante capacidad de apropiación, por una minoría, del excedente que la sociedad produce constituye un proceso acumulativo. Acostumbro a usar una imagen que tomé prestada de la investigadora política franco-estadounidense Susan George. Un capitalista que invierte 1.000 millones de dólares para que le rindan un modesto 5% al año gana 137.000 dólares por día. Como no tiene cómo gastar tanto dinero, termina por reinvertir la mayor parte, generando un proceso acumulativo, el llamado *snowball effect*, efecto bola de nieve. El pobre gasta, el rico invierte. La clase media se apunta, insegura, con pequeñas inversiones y apuesta para que el rentismo prospere (16).

El mecanismo absurdo del nuevo ciclo de desigualdad ha quedado explicado claramente con los estudios de Thomas Piketty. Pero lo que ayudó mucho a su definición fue la complementación del estudio de la concentración de la renta por medio del análisis de la concentración del patrimonio, iniciado en el marco de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), generalizado por Credit Suisse y divulgado mundialmente por Oxfam. En el caso de Brasil, seis personas disponen de más riqueza que la mitad más pobre de la población, el 5% dispone de un pedazo mayor que el 95% restante. A nivel mundial, 26 familias tienen más patrimonio que la mitad más pobre (3.700 millones), y el 1% tiene más patrimonio que el 99% restante.

El informe de Oxfam del 2018 para el Foro Económico Mundial confirma la caída libre a la que nos enfrentamos:

La desigualdad está empeorando: el 82% de la riqueza creada en el último año fue para el 1% más rico de la población global, mientras que 3.700 millones de personas que constituyen la mitad más pobre de la humanidad no recibieron nada. Nuestra economía está en quiebra y está ampliando la distancia entre los ricos y los pobres. Eso permite que una elite acumule una gran riqueza a costas de cientos de millones de personas, frecuentemente mujeres, que luchan por la supervivencia con renta de pobre y derechos básicos negados. (17)

La desigualdad parece un tema trillado. Pero no se trata solamente de injusticia: es un mecanismo que traba la economía, genera explosiones sociales, desarticula la sociedad como un todo. Estamos muy lejos de la plusvalía tradicional en las empresas productivas. La plusvalía financiera permite explotar tanto a los gobiernos, por medio de la deuda pública, como a las empresas y las personas físicas, alimentando una clase de intermediarios financieros que no solamente no financian la producción, el consumo ni las inversiones públicas -los motores de la economía- sino que los paralizan. Estamos en la era de la acumulación improductiva de patrimonio, de la descapitalización de la sociedad. Es una desorganización sistémica. La reforma del sistema financiero global (y nacional, en Brasil) constituye el desafío central. El enriquecimiento sin contrapartida productiva -"*unearned income*", según la terminología inglesa- crea rentistas ricos y economías trabadas. Además, claro, del caos político que se agrava en tantos países, en particular en Brasil.

La desigualdad, a partir de un cierto nivel, genera una economía y una sociedad disfuncionales. En términos éticos, es simplemente escandaloso que haya en el mundo 850 millones de personas que pasan hambre, entre las cuales casi 200 millones de niños. La falta de acceso a medicamentos, agua limpia, infraestructura básica, electricidad, en pleno siglo XXI, es simplemente vergonzosa. La canalización de recursos para aliviar el desespero debería constituir una prioridad evidente para cualquier persona decente. Calificar de "populismo" o de "izquierdismo" cualquier manifestación de indignación con la situación actual constituye un argumento absurdo. El hambre no es ni ortodoxia ni heterodoxia, su existencia es una vergüenza. En particular, una vergüenza para los más ricos.

La desigualdad es igualmente absurda en términos económicos. Primero, porque cuesta mucho más enfrentar los más variados efectos de la desigualdad y de la miseria que posibilitar de manera organizada el acceso generalizado a lo básico necesario para una vida digna para todos. Y la desigualdad se hace particularmente absurda cuando se sabe que la concentración de la renta y del patrimonio, al privar a la masa de población del consumo, traba los propios procesos productivos por la reducción de la demanda. Como en el caso brasileño visto anteriormente, el estrangulamiento económico provocado en la base de la sociedad por el sistema financiero llevó al colapso del propio sistema productivo. Y, como el Estado depende del consumo y de la producción para sus recetas, se trabaron las inversiones en infraestructuras y en políticas sociales. Las economías que funcionan se apoyan en una distribución razonablemente equilibrada de los recursos de la sociedad, y eso es válido para la práctica totalidad de los ejemplos de éxito económico en el mundo.

La desigualdad también traba los procesos políticos, generando sociedades en permanente conflicto. La concentración de riqueza permite que los grupos dominantes se apropien del gobierno, de la judicatura, de los media, retirándole al Estado su función central de elemento de reconstitución de equilibrios políticos, sociales y económicos. La privatización de las dimensiones públicas de la sociedad desorganiza el conjunto. En el ámbito nacional, aparecen los discursos más escabrosos, se elige a personas como Trump en los Estados Unidos, se vota absurdos como el Brexit en el Reino Unido, eso sin hablar de Brasil con el golpe y la elección de una aberración política. En el ámbito internacional, Europa se blindo con cercas de alambre espinado en las fronteras, Trump batalla por la construcción de una gigantesca muralla con México, Israel confina a los palestinos en zonas controladas, absurdamente y cada vez más parecidas a los campos de concentración. Sería más inteligente aprovechar la inmensa demanda contenida en esas poblaciones para dinamizar la economía del conjunto.

Hoy, es evidente que en este pequeño planeta no habrá paz ni equilibrio mientras no se realice un *global new deal*, un nuevo pacto global por el desarrollo inclusivo. El informe de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (Unctad, siglas en inglés) es explícito:

Ningún orden social o económico se mantiene si no consigue asegurar una distribución justa de sus beneficios en tiempos favorables y de los costos en tiempos difíciles. Insistir en que “no hay alternativa” es un lema político superado. En todas partes las personas desean, básicamente, la misma cosa: un empleo decente, acceso a la vivienda, un medio ambiente seguro, un futuro mejor para su descendencia y un gobierno que escuche sus preocupaciones y las atienda; en realidad, ellas quieren un pacto diferente del que ofrece la hiperglobalización. La Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, que codifica una serie de objetivos, metas e indicadores, apunta en esa dirección. (18)

Estoy convencido de que mientras no haya una masa mayor de personas que entiendan los mecanismos de deformación de nuestro desarrollo, no habrá fuerza suficiente para las transformaciones. Y tenemos la ventaja de que lo que funciona en la economía es bastante simple: consiste en el enfrentamiento sistemático contra la desigualdad y los desequilibrios ambientales. En este momento, cualquier pacto tendrá que ser para “levantar todos los barcos”, tanto en los países en desarrollo como en los desarrollados, y mostrarse a la altura del desafío planteado por el hecho de que muchos de los desequilibrios que traban un crecimiento sostenible e inclusivo son de naturaleza global. “La prosperidad para todos no la proporcionarán los políticos obsesionados por la austeridad, las corporaciones centradas en el rentismo ni los banqueros especuladores. Lo que necesitamos ahora, urgentemente, es un nuevo pacto global”. (19)

El sistema de explotación, por tanto, se amplió y sofisticó. Los avances de productividad, que resultan de una amplia revolución científico-tecnológica en el planeta, podrían asegurar el aumento sostenido de la producción y la generalización de la prosperidad. Pero la masa de población se ve privada del acceso que merece a ella como consecuencia del triple proceso de explotación que acumula la baja remuneración, la extorsión mediante intereses abusivos y la restricción del acceso a los bienes públicos de consumo colectivo, como salud, educación, seguridad social y otras políticas sociales. En este contexto, el sistema en el poder no solamente necesita cada vez menos democracia sino que tiende a evolucionar hacia formas de control y coerción social cada vez más violentas e invasivas para mantenerse. La transformación del mundo del trabajo ayuda a entender esa erosión de la capacidad de resistencia de la sociedad.

El desplazamiento de las relaciones de trabajo

En otra era -y ése es todavía el caso del productor rural, en particular-, la casa se localizaba sobre la propia tierra, vivir y trabajar eran parte del mismo espacio, y toda la familia participaba, el niño y la niña con pocos años ya ayudaban. La lógica de la era industrial impulsó el éxodo hacia las ciudades, que se constituyeron en torno a las grandes unidades productoras, el taller, la fábrica, las oficinas. El trabajador pasó a alquilar su fuerza de trabajo por un determinado número de horas al día, haciendo lo que le mandasen. Individualmente, nos convertimos en capacidades productivas disponibles para el alquiler, pagados por horas, por día o por mes, según las circunstancias. Es el llamado empleo.

El vínculo salarial que hoy todavía nos parece la forma natural de ganarse la vida, de poder sustentar a nuestra familia, está cambiando, no por ideologías sino porque la sociedad del conocimiento, densa en tecnología, está cambiando las relaciones de trabajo. Robert Reich, en su *El futuro del éxito*, considera que el vínculo salarial tradicional habrá durado 150 años y será substituido por otras formas de relación. Sin entrar en la exageración de *El fin del trabajo*, de Jeremy Rifkin, el hecho es que las relaciones de trabajo se desplazan según algunas grandes líneas que se están haciendo más claras.

La revolución tecnológica que vivimos -tal como en su día la Revolución Industrial- crea una fractura entre el trabajo sofisticado y creativo de los que organizan y gestionan el sistema y el trabajo de los que solamente operan según las órdenes recibidas y que, cada vez más, son substituidos por la automatización, por la robótica y por la inteligencia artificial. Eso implica, incluso, a los llamados profesionales, como arquitectos, abogados, economistas y otros parecidos, de acuerdo con la investigación de Richard y Daniel Susskind, *The Future of the Professions: How Technology Will Transform the Work of Human Experts [El futuro de las profesiones: cómo la tecnología transformará el trabajo de los especialistas humanos]*. Por ejemplo, el trabajo más conceptual de los abogados de primera línea se sofistican, pero el amplio empleo de juristas novatos que hacían las investigaciones de jurisprudencia y la organización de la información en los grandes despachos de abogados tiende a desaparecer, puesto que hoy está todo online y accesible mediante algoritmos de investigación inteligente.

Por ejemplo, por lo menos una buena parte, los consultores fiscales ya están siendo substituidos por softwares de declaración de impuestos online, los abogados por sistema de ordenación de documentos, los médicos por aplicaciones de diagnóstico, los profesores por los Moocs [massive open online courses -cursos online abiertos y masivos], los arquitectos por sistemas CAD online y los periodistas por blogueros. (20)

El proceso agrava otra dinámica pre-existente, que es la del trabajo informal. De tanto mirar las estadísticas del paro, acabamos olvidando de qué se trata. Si en Brasil, antes de la pandemia del covid-19, el desempleo se estimaba en 11,6 millones de personas, casi un 11% de la población económicamente activa, igual o más grave es el inmenso desempleo oculto representado por las personas que ya no se apuntan en los registros oficiales por haberse cansado de buscar (dejan la población activa por desaliento) o por aquellas que cada vez más sobreviven en el mundo de los “trabajos precarios”, actividades absurdas y de transición, como las de los telecentros y las de los tecerizados de diversos tipos. De manera más amplia, hay que considerar la inmensa franja de informales -38,4 millones en Brasil- que se “buscan la vida” de las formas más variadas, con rentas que representan menos de la mitad que en el sector formal. Sumando los desempleados y el sector informal de la economía, hablamos de 50 millones de personas. El trabajo informal se sitúa entre el 30% y el 40% en América Latina, llegando al 70% en los países del norte de África. Son personas que realmente nunca llegaron a tener empleo con todos los derechos y cuyas esperanzas de inserción disminuyen a medida que avanza la nueva ola tecnológica. Lo que caracteriza a esta era es una gigantesca infrautilización de las capacidades productivas de la población mundial, mal protegida con la disculpa de que no es el sistema el que falla, sino las personas que no tienen la “empleabilidad” adecuada, por lo que serían “inempleables”.

También en los espacios más sofisticados del empleo creativo, tener a una persona sentada a la mesa de trabajo durante ocho horas por día puede no ser la mejor opción para la empresa: mucho de ese trabajo ya se está haciendo desde casa, y lo que interesa ya no es marcar a la entrada y la salida ni la presencia física del trabajador, sino la red interactiva de personas conectadas, sea cual sea su localización. En un estudio sobre el impacto de la era digital sobre el empleo, el *Libro Blanco Trabajar 4.0*, publicado por el Ministerio Federal de Trabajo y Asuntos Sociales de Alemania, sugiere que “muchos esperan que la economía de las plataformas genere un aumento en la cantidad de trabajadores autónomos, sobre todo en aquellos de carácter unipersonal, que pueden ofrecer sus servicios y productos de manera simple y económica”. André Gorz utiliza el concepto de “autoempreendedor”:

La gran empresa conserva solamente un pequeño núcleo de asalariados estables y a tiempo completo. El resto de “su” personal -o sea, 90% en el caso de las cien mayores empresas americanas- estará formado por una masa variable de colaboradores externos, substitutos, temporales, autónomos y, también, de profesionales de alto nivel. La empresa puede desvincularse, por lo que hace a esos externos, de una parte creciente del coste (del valor) de su fuerza de trabajo. (23)

Hasta el tan cuidadoso Banco Mundial despierta:

Ajustarse al cambio de la naturaleza del trabajo también exige que se repiense el contrato social. Necesitamos nuevas maneras de invertir en las personas y de protegerlas, sea cual sea su situación de empleabilidad. Sin embargo, cuatro de cada cinco personas en los países en desarrollo nunca supieron lo que es vivir con protección social. Con 2.000 millones de personas que ya trabajan en el sector informal -sin la seguridad de un empleo estable, de las redes de protección social y de los beneficios de la educación-, los nuevos moldes de trabajo amplían un dilema que antecede a las recientes innovaciones. (24)

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) también señala la quiebra del actual contrato social, que no responde ni a los desequilibrios heredados ni a los nuevos desafíos: “La aprobación de medidas urgentes para fortalecer el contrato social en cada país exige que se aumenten las inversiones en las

capacidades de las personas y de las instituciones del trabajo, y que se orienten las oportunidades en el sentido de un trabajo decente y sostenible” (25). Eso, a su vez, implica *incluir a aquellas personas que históricamente permanecieron excluidas a gran escala de la justicia social y del trabajo decente, en particular las que trabajan en la economía informal. Implica, además, tomar medidas innovadoras para enfrentar la diversidad cada vez mayor de situaciones en que se presenta el trabajo y, en particular, el fenómeno emergente del trabajo digital a través de la economía de plataformas. Consideramos que la Garantía Universal del Trabajo es una herramienta adecuada para responder a esos desafíos [...].* (26)

En esos intentos de ver el futuro del empleo hay mucho tanteo inseguro. Pero lo que se constata, de forma general, es un cambio profundo en ese eje fundamental del capitalismo tradicional que es la relación de trabajo. El debilitamiento de las organizaciones sindicales y de los trabajadores ante los mecanismos de explotación es patente. En el universo fragmentado y jerarquizado del trabajo, la construcción de movimientos de solidaridad se hace más difícil. Es irónico ver en Brasil, a partir del golpe, un proceso que nos devuelve al pasado en términos de garantías y seguridad, cuando se trata justamente de proteger y de expandir derechos, y de retomar la dinámica del desarrollo. Las soluciones, en mi opinión, están en las nuevas formas de inserción que la economía del conocimiento permite.

La lógica del capital cognitivo

Hemos visto una característica fundamental de la economía del conocimiento: se trata de un factor de producción cuyo uso no reduce el stock. En otras palabras, podría socializarse de forma universal sin generar costes adicionales. Esto cambia en profundidad la lógica del capitalismo. Relacionando esa característica del capital cognitivo y la lógica del valor, Gorz escribe:

[...] la expresión “economía del conocimiento” comporta trastornos importantes para el sistema económico. Indica que el conocimiento se convirtió en la principal fuerza productiva, y que, por consiguiente, los productos de la actividad social no son ya, principalmente, productos de trabajo cristalizado, sino del conocimiento cristalizado. Indica también que el valor de cambio de las mercancías, sean o no materiales, en última instancia ya no se determina por la cantidad de trabajo social general que contienen, sino, principalmente, por su contenido de conocimientos, informaciones y de inteligencia generales. Es ésta última, y no más el trabajo social abstracto mensurable con un único patrón, la que se convierte en la principal substancia social común a todas las mercancías. Es ella la que deviene fuente principal de valor y de beneficio, y así, según varios autores, la principal forma de trabajo y de capital. (27)

Estamos aquí alterando profundamente la teoría del valor, que se basada en el coste relativamente homogéneo de la fuerza de trabajo y en la plusvalía. “La heterogeneidad de las actividades de trabajo dichas ‘cognitivas’, de los productos inmateriales que ellas crean y de las capacidades y saberes que ellas implican, hacen inmensurables tanto el valor de las fuerzas del trabajo como de sus productos. [...] La crisis de la medición del trabajo engendra inevitablemente la crisis de la medición del valor” (28). Una visión semejante es la que presentan Gar Alperovitz y Lew Daly en el excelente *Unjust Deserts*:

Dividir el pastel de la economía -incluso mediante una aproximación burda de contribuciones y recompensas, como en muchas otras situaciones de negociación se intenta- se hace extremadamente

difícil cuando comprendemos, por lo que hace al crecimiento, la centralidad de las contribuciones basadas en conocimientos históricos. Quién o qué genera el crecimiento es, en cualquier sentido moralmente relevante, como mínimo, una cuestión mucho más complicada. Todo eso, sugirió Daniel Bell, requiere una nueva “teoría del valor-conocimiento” [knowledge theory of value], especialmente a medida que avanzamos más profundamente en la esfera de la alta tecnología. (29)

En la medida en que el conocimiento puede ser incorporado indefinidamente en más actividades sin costes adicionales, característica que da base a la “economía de coste marginal cero”, de acuerdo con la definición de Rifkin, el eje de la guerra del capital para valorizarse se desplaza en el sentido de generar la escasez del principal factor de producción, el conocimiento. La ampliación y extensión del conjunto de derechos sobre la propiedad intelectual, con el cobro de *copyrights*, patentes, *royalties* y otras tasas, encuentra en este punto su lógica principal: es de esa forma como se realiza la apropiación privada de los medios de producción cuando estos son inmateriales y, por naturaleza, pueden ser de acceso abierto y gratuito. Cuando un factor de producción es abundante, no es posible que una empresa pueda extraer de él beneficio de cambio, de la misma manera que no se cobra por la utilización del aire. En vez de generalizar gratuitamente el acceso al conocimiento creado, y así asegurar un valor social mucho más amplio, el capital busca aquí restringir ese acceso, puesto que la escasez es la que genera el valor de cambio más elevado. Enzo Rullani, en *Le Capitalisme cognitif [El capitalismo cognitivo]*, explica eso claramente: “El valor del conocimiento está, por tanto, enteramente ligado a la capacidad práctica de limitar su libre difusión, o sea, de limitar con medios jurídicos (certificados, derechos de autor, licencias, contratos) o monopolistas la posibilidad de copiar, de imitar, de ‘reinventar’ y de aprender conocimientos de los otros” (30).

Los inmensos recursos acumulados por los gigantes farmacéuticos, por ejemplo, se basan esencialmente en el bloqueo del derecho a producir los medicamentos esenciales para la sociedad y cuyo coste de producción y beneficio correspondiente ya fueron ampliamente cubiertos (31). A partir de ese punto, se trata ya, como defiende Stiglitz, de rentismo, *unearned income*. El sobrecoste para la sociedad será, a su vez, transformado en rendimientos financieros, tal y como hemos visto. Es esencial recalcar aquí que ese capitalismo cognitivo contribuye menos a propiciar el acceso que a la creación artificial de escasez. Oligopolio en vez de competencia de mercado, escasez en vez de abundancia, rentismo en vez de beneficio sobre la producción.

Los papeles de los sujetos económicos cambian. Hoy, el flujo virtual de intangibles nos conecta mucho más al sistema que el intercambio entre productores, por un lado, y de consumidores, por el otro, en una transacción que implica bienes y servicios concretos. Hemos pasado a conectarnos a través de plataformas y tenemos que participar en las plataformas que los otros usan, ya que si no nos quedamos aislados y sin poder alcanzarlos. Necesito comunicarme con el WhatsApp porque todos se comunican por ese sistema, necesito escribir con el Word de Microsoft y, así, otros muchos. Es el llamado monopolio por demanda, tenemos que utilizar lo que los otros usan, y eso permite a los que controlan la plataforma cobrar de manera desproporcionada por la contribución. La apropiación privada de la comunicación entre las personas, apoyada en las plataformas planetarias y en información detallada sobre nuestros gustos, relaciones, pensamientos, enfermedades y otros tantos detalles, genera una nueva relación entre los sujetos del proceso económico.

Douglas Heaven resume:

Facebook, Google, Apple y Amazon eluden los impuestos de maneras variadas, machacan a la competencia y violan la privacidad, tal y como registran las quejas. Sus algoritmos inescrutables

determinan lo que vemos y lo que sabemos, formatean opiniones, estrechan las visiones del mundo y hasta subvierten el orden democrático que las dio a luz. En el 2018, hay una revuelta tecnológica [“techlash”] en pleno vigor. Existe un amplio acuerdo sobre que hay que hacer algo con la alta tecnología. [...] Ya se trate de la función “clientes que compraron esto también compraron” de la Amazon, o de las bolitas rojas o naranjas que llaman la atención de “algo nuevo” en las aplicaciones del móvil, los productos de alta tecnología [big tech] no solamente son buenos, sino también sutilmente diseñados para controlarnos, o hasta para hacernos adictos -agarrarnos por los ojos y sujetarnos. El resultado es la economía de la atención, cuya moneda son los data. (32)

Con el conocimiento como factor principal de producción, con la determinación efectiva del valor cada vez más fluida, con los mecanismos modernos de control de la propiedad intelectual, con el gigantismo de las plataformas de acceso y con la apropiación del excedente social por medio de dinero virtual -solamente señales magnéticas de acumulación ilimitada-, estamos claramente desplazando la estructura de lo que llamamos capitalismo. En particular, un capitalismo que no solamente es concentrador, como hemos visto, sino que también bloquea las potencialidades de expansión de la riqueza social. Para la sociedad, las pérdidas, o lo que se deja de ganar con el bloqueo al acceso a los conocimientos y a sus potenciales efectos multiplicadores son incomparablemente superiores a los beneficios obtenidos por quien impide el acceso.

Por el lado propositivo, eso “significa que la principal fuerza productiva, la principal fuente de valor, es por primera vez susceptible de ser retirada de la apropiación privada” (33). La guerra por el excedente social, por la riqueza que producimos, cambió de naturaleza. La batalla por la jerarquización del acceso a la educación, la privatización de las universidades, el endeudamiento de los alumnos, la oligopolización de las revistas científicas y la persecución del *open access*, del acceso abierto, forman parte de un universo de luchas que se desplaza. El acceso al conocimiento libera. Desde el punto de vista de las oligarquías, se trata de controlarlo. Desde el nuestro, se trata de transformar la educación, la tecnología y la cultura en un proceso de construcción interactiva y colaborativa planetaria. Intentar regular el conocimiento mediante la apropiación privada y de mecanismos de mercado, como cuando se trata de comercializar automóviles, simplemente no funciona. Bloquea la creatividad en vez de aprovechar sus efectos multiplicadores.

El desplazamiento de los mecanismos de mercado

El mercado es esencial como mecanismo regulador, pero no es, ni de lejos, suficiente. Como mecanismo de libre competencia, en él tiene sentido que la oferta y la demanda definan precios y cantidades. En términos de estructuración de procesos productivos, esa lógica supone que el beneficio del productor sea resultado de una respuesta adecuada a las necesidades de la sociedad, manifestadas por la demanda. En ese sentido, el mercado se puede ver en la producción de innumerables bienes de consumo corriente, desde zapatos y automóviles hasta la pizza que pedimos. Pero la realidad hoy es que ese tipo de bienes y servicios, donde la competencia juega efectivamente un papel, constituye una porción cada vez menor de las actividades económicas. En un nivel más amplio, tenemos el gigantismo corporativo. Cuando vemos a los ya mencionados 147 grupos que controlan el 40% del sistema corporativo mundial, o a los 16 gigantes que controlan lo esencial de las *commodities* en el mundo, o también a las 28 instituciones financieras sistemáticamente importantes (*Sifis -systemically important financial institutions*), no es posible no darse cuenta de que se trata de una estructura de poder. Estudié esa estructura en *La era del capital improductivo*. Aquí me interesa el hecho de que

gigantes de esa dimensión, hoy dotados de sistemas de articulación, crean un inmenso espacio de precios administrados, donde la tal competencia “para servir mejor al cliente” funciona solamente para algunos segmentos de la economía y en el ámbito de la pequeña y mediana empresas. Eso no excluye la guerra entre los grupos, naturalmente, guerra que alimenta a gigantes del área jurídica y una lucha feroz por la designación de ministros y presidentes de bancos centrales, así como por el control de segmentos de los media.

Pero el mercado, en el sentido original, sobrevive solamente en los márgenes, y cualquier competidor significativo que intente ocupar espacio en el piso de arriba será sencillamente empujado a la quiebra, como el navegador Netscape, o comprado, como Instagram y WhatsApp, o incluso transformado en subcontrado de un grupo mayor. Nos enfrentamos a una gigantesca pirámide de poder, donde los llamados ejecutivos se convirtieron esencialmente en operadores políticos. Los que señalan indignados a los políticos corruptos olvidan que se trata, hoy, en gran parte, de meros representantes de los corruptores. Es el “Estado-biombo”, que permite que las políticas impuestas por las corporaciones aparezcan como iniciativas impopulares de los gobiernos; útil pero inocuo pararrayos de la cólera ciudadana. Como dice el comediante estadounidense George Carlin de manera vehemente, los políticos existen solamente para que pensemos que tenemos elección (34).

Otro cambio muy significativo en las grandes corporaciones es la tensión entre, por un lado, los técnicos y los gestores de empresas que podrían estar interesados en el equilibrio a largo plazo y en la utilidad económica y social de lo que hacen; y por el otro, los intereses a corto plazo de los grandes accionistas, los llamados inversores institucionales, la esfera financiera en general. Lynn Stout escribió un libro importante sobre ese conflicto, *The Shareholder Value Myth* [El mito del valor para el accionista], en particular sobre el mito de que las corporaciones tienen como obligación legal la defensa de los intereses de los accionistas. La autora demuestra que se trata mucho más de una construcción cultural y política que de algo que propiamente sea una obligación legal. Esa cultura, sin embargo, aliada al gigantismo de los inversores institucionales, los que detentan el grueso de las acciones, lleva a que el interés del rentismo, de los que invierten en papeles financieros, supere ampliamente la visión de una empresa que responda a largo plazo a los intereses de la propia empresa, de los trabajadores, de las comunidades y del medio ambiente. El desmonte de Petrobras en función de los intereses dominantes de inversores financieros internacionales es, aquí, solamente un ejemplo más.

Ningún operador financiero puede entender el impacto real de “un conglomerado que vende de todo, desde pienso para animales de compañía hasta motores de aviación y servicios financieros” (35). Lo que considerarán es la rentabilidad de las inversiones. La British Petroleum (BP) defendió bien el interés por mayor rentabilidad de los accionistas, pero produjo inmensos costes externos para la vida marítima en el Golfo de México, la industria pesquera local, el turismo y las ciudades costeras.

[...] bajo presión del gobierno estadounidense después del vertido de petróleo de la Deepwater Horizon, la BP anunció que suspendería el pago regular de los dividendos. Eso suscitó una ola de protestas de los pensionistas británicos que dependían de los dividendos de la BP para sus pensiones. La BP rápidamente aceptó la vuelta al pago de dividendos después de anunciar planes de venta de cerca de 30.000 millones de dólares en activos, incluyendo muchos de sus campos de petróleo. [...] (36)

O sea, mantener los dividendos, aunque se descapitalice la empresa. La busca descontrolada de la maximización de los beneficios para alimentar a los inversores institucionales llevó a la infrainversión

tecnológica, multiplicación de los riesgos, perjuicios para el conjunto de actores interesados e incluso para el capital de base de la empresa. El interés sistémico y de largo plazo fue dejado de lado. Los ejemplos de ese tipo forman una lista sin fin, desde el fraude con medicamentos (GSK) o con implantes (Johnson & Johnson) hasta la saturación de nuestros alimentos con agrotóxicos y antibióticos (Bayer y otras muchas empresas), fraude en las tasas de interés (todos los grandes bancos, sin excepción), pasando por el apoyo técnico y jurídico a la evasión fiscal y el lavado de dinero (prácticamente todos los grandes intermediarios financieros), fraude en los datos de emisión de contaminantes (VW y muchas otras), venta de leche para niños contaminada (Lactalis) y otros muchos casos. El lector puede teclear en un buscador de internet el nombre de cualquier empresa grande de su preferencia, por ejemplo GSK, acompañado de la palabra “settlements”, o sea, “acuerdos judiciales”, para ver la larga ficha de los crímenes cometidos por la misma. Como comenta *The Economist*, a las grandes empresas les “resulta cada vez más difícil estar dentro de la ley”.

El divorcio entre los intereses del consumidor, de la sociedad y del medio ambiente, por un lado, y los intereses financieros a corto plazo, por el otro, se profundiza. Lo que llamamos mercado, ya no es mercado, es una estructura política, financiera y jurídica (cuando no militar) que desorganiza la economía. En términos económicos, Lynn Stout usa una imagen potente: “Cuando los intereses de los inversores a corto y largo plazo divergen, el pensamiento del accionista en términos de valor plantea los mismos riesgos que la pesca con dinamita. Algunos individuos podrán conseguir resultados inmensos e inmediatos. Pero, en conjunto y con el tiempo, los inversores y la economía pierden” (37). Y eso a pesar de los inmensos avances tecnológicos que los investigadores y organizadores de los procesos efectivamente productivos están asegurando. No se trata de falta de medios técnicos o financieros, sino de la orientación política de su uso.

Hasta aquí hemos visto las transformaciones en la base productiva de la sociedad, con la evolución hacia la economía del conocimiento, intangible según la denominación de unos, inmaterial según la de otros, pero esencialmente ancorada en las señales magnéticas. En la era de la conectividad planetaria por medio de internet, de los smartphones y de otros instrumentos de almacenamiento, es la propia lógica del capitalismo la que se desplaza. La base técnica transformada crea, a su vez, un conjunto de relaciones sociales de producción que afectan tanto al mundo del trabajo -con una nueva jerarquización, otros vínculos profesionales y formas de explotación- como al mundo corporativo, con las gigantescas plataformas en las que estamos todos condenados a navegar. En particular, la misma desmaterialización del dinero y su volatilidad en el espacio virtual desplazaron y ampliaron profundamente las formas de extracción de la plusvalía. La base organizacional del capitalismo cambia en profundidad. Y también cambian, igualmente, las formas de poder y las ideologías de dominación, las llamadas superestructuras del sistema.

III. LAS SUPERESTRUCTURAS DEL SISTEMA

La gran realidad es que el mundo presentado como definitivo por Margaret Thatcher en la década del 1980 -en línea con el lema *There is no alternativa* [No hay alternativa]-, con democracias nacionales, elecciones, mercados locales y comercio exterior, está saliendo de escena con gran rapidez. Cambian las infraestructuras, las bases productivas del planeta, y con eso se desajustan profundamente las superestructuras, el conjunto de reglas del juego heredadas de la era de la economía de las naciones. El planeta se encogió, tenemos todos que buscar objetivos de desarrollo sostenible, las naciones tienen que conformarse con un papel reducido, los pueblos tienen que aprender a convivir en un ambiente multicultural. Y, mucho más allá del estado del bien-estar, tenemos que evolucionar, de acuerdo con la formulación de la Unctad, hacia un *global new deal*, un nuevo pacto global, ya que la desarticulación presente está hundiendo al mundo en dramas ambientales, sociales y económicos.

En conjunto, los mecanismos formales de regulación y de dominación en la sociedad, a nivel de superestructuras, todavía se encuentran en gran parte enraizados en la era del capitalismo industrial y de competencia, pero las prácticas corporativas dibujan rápidamente otra arquitectura organizacional. El nuevo *mix* de organización del poder en la sociedad crea espacios de gobernanza planetaria que escapan a los sistemas formales de las naciones. El poder político de las corporaciones abre espacios para una erosión profunda de las dimensiones públicas del Estado. La apropiación del conocimiento se da como si se tratase de una creación individual, o de bienes físicos personales. Un poderoso discurso ideológico se propone generalizar una narrativa del mérito y de la legitimidad de las nuevas formas de poder. La vigilancia capitalizada de las poblaciones, mediante el control de la privacidad individual, abre espacio para una pérdida radical de libertad, en particular de los que pudieran no creer en la “narrativa”.

La gobernanza planetaria

El capitalismo heredado del siglo pasado es el capitalismo de las naciones. Claro, somos un capitalismo mundial desde la revolución comercial del siglo XVI -o por lo menos desde la fase imperialista de los siglos XIX y XX- y tenemos estudios sucesivos de esa progresiva globalización, como el de Rudolf Hilferding, el de Vladimir Lenin y, en el postguerra, la amplia visión de Samir Amin en su obra magistral *L'Accumulation à l'échelle mondiale* [La acumulación a escala mundial], además de los innumerables estudios sectoriales sobre las dimensiones financiera, de *commodities*, cultural y otras. Pero hoy podemos decir que el capitalismo de las naciones está desapareciendo del mapa porque el proceso decisorio se desplazó hacia esa red monstruosa y llena de tentáculos que son los gigantes corporativos instalados dentro de los propios gobiernos nacionales -pero poco vinculados al interés de las naciones donde se instalan.

En ausencia de gobierno global, en el sentido político de gobierno legítimo y representativo, lo que tenemos es el poder del único sistema que funciona de forma organizada en el espacio global, que son las corporaciones y, en particular, los gigantes financieros por encima de las corporaciones productivas. Nada de eso es radicalmente nuevo, pero podemos decir que, a partir de los años 1980, y de forma más acelerada todavía después de la crisis de 2008, enfrentamos un cambio cualitativo. No se trata ya de corporaciones de un país que controlan la política de ese mismo país, sino de grupos

mundiales que ejercen su control, de manera articulada, sobre un conjunto de países simultáneamente, con capacidad de cambiar las leyes nacionales en función de intereses transnacionales.

Todas las grandes corporaciones tienen conexiones sólidamente implantadas en paraísos fiscales, y pueden mover sus recursos sin ningún control desde el área pública ni de gobiernos elegidos. Y con el descontrol de los flujos financieros internacionales, es la propia capacidad de cobro de impuestos y de canalización productiva de los recursos por parte de los gobiernos elegidos la que se ve perjudicada. Caracteriza muy bien esta situación que la Apple, en el 2016, pagase el 0,05% en impuestos sobre sus inmensos beneficios en Europa. El especialista colombiano en relaciones internacionales José Antonio Ocampo resume de manera clara:

La globalización hizo obsoleto el régimen internacional de tributación de las empresas. El esquema actual fue elaborado por los países desarrollados a principios del siglo XX, cuando sus empresas, que dominaban el comercio mundial -entonces fundamentalmente de bienes-, eran sociedades integradas que comerciaban con empresas radicadas en otros países o colonias. Pero hoy, casi la mitad del comercio mundial se produce entre matrices y filiales de empresas transnacionales, el sector de servicios representa tres quintos del PIB mundial, y los países en desarrollo producen dos quintos de ese producto, y sus grandes empresas son también transnacionales. (38)

Lo que aparece en los medios de información económica es la disputa entre la Unión Europea y los Estados Unidos en torno a los impuestos que deben las empresas, pero lo que realmente importa es que eso reduce drásticamente la capacidad de los gobiernos para promover el desarrollo por medio de inversiones en infraestructura y en políticas sociales. Si no gobernamos los recursos que permiten financiar las políticas, ¿qué política estamos gobernando? El capitalismo en que la economía es planetaria y la regulación es nacional, simplemente bloquea la capacidad de los gobiernos para ejercer su función principal, que es la de equilibrar el desarrollo por medio de políticas económicas. Las políticas nacionales keynesianas en el contexto de flujos financieros globales, dejan, en gran parte, de funcionar. El largo plazo previsto por Keynes llegó. Del 2012 al 2013, el gobierno de Dilma Rousseff en Brasil intentó reducir los intereses usureros que estrangulaban la economía en provecho del rentismo financiero. Su gobierno no duró. A mediados del 2013 empezó una guerra política, mediática y jurídica. La clase media alta, con sus inversiones y su rentismo fácil, no perdonó. El gobierno que surgió del golpe puso dos bancos al control de los recursos públicos; la desorganización económica y política abrió camino a oportunismos de extrema derecha. Ésta no es una particularidad nuestra. El gobierno estadounidense desembolsó billones de dólares para sus grandes bancos, la Unión Europea desembolsó billones de euros. Ambos continúan alimentando a rentistas con la llamada flexibilización cuantitativa (*quantitative easing*). Quien intentó escapar de la trampa financiera, como Grecia, se convirtió en objetivo de una ofensiva concentrada. En febrero del 2018, Trump dio un regalo gigante al mundo de las corporaciones al reducir los impuestos del 35% al 20%. Y eso mientras que los Estados Unidos se están hundiendo en la desigualdad. Son imágenes recientes que apenas ilustran la transformación profunda que vivimos.

La apropiación de la esfera pública por parte del sistema corporativo

No es novedad, en el sistema capitalista, que el Estado sirva a los intereses de los capitalistas. Pero, cuando un ejecutivo de la Exxon asume la jefatura del Departamento de Estado de los Estados Unidos (tuvo que desincompatibilizarse, por lo que fue compensado con 125 millones de dólares, aunque no

duró mucho, porque estamos en la era Trump, y son pocos los que aguantan) y ejecutivos de la Goldman Sachs pasan a dirigir el equipo económico estadounidense, sin hablar del perfil de gran especulador inmobiliario del propio presidente, se puede percibir que los cambios son cualitativos. En Brasil, además de provocar la crisis a partir del 2013, los grandes grupos financieros pasaron a dirigir el extinto Ministerio de Hacienda y el Banco Central. Con el gobierno elegido en el 2018 se creó un superministerio de Economía, que se puso en manos de un banquero. La gran imagen diseñada y enseñada en las universidades, la que consistía en la división de poderes y en el equilibrio entre estos por medio de contrapesos, fue simplemente superada. Las empresas están en el poder; y en el control de las empresas están los gigantes financieros. El poder corporativo no es un poder empresarial paralelo al poder político, es hoy el poder político. Y los CEO de los grandes grupos hacen política desde la mañana hasta la noche.

Estudí con más detalle el proceso de captura del poder por las corporaciones en el ya mencionado *La era del capital improductivo*; aquí presento algunos de los puntos más relevantes, para mostrar una visión de conjunto del que considero que constituye un nuevo modo de producción, sin que el lector necesite consultar el texto anterior. El dato básico es que tenemos una finanza global estructurada ante un poder político fragmentado en casi doscientas naciones; además, el poder dentro de las propias naciones, en sus diferentes dimensiones, se está fracturando por disensiones y está siendo capturado fácilmente. Nos hacemos sistémicamente disfuncionales.

Wolfgang Streeck nos da una interesante sistematización de esa captura del poder público por parte de las corporaciones en el nivel de los propios gobiernos. Mediante el endeudamiento del Estado y de los otros mecanismos que hemos visto, se genera un proceso en que, cada vez más, el gobierno tiene que prestar cuentas al “mercado”, dando la espalda a la ciudadanía. Así, para la supervivencia de un gobierno, lo fundamental ya no es cuánto éste responda a los intereses de la población que lo eligió, sino que el mercado -o sea, esencialmente, los intereses financieros- se sienta suficientemente satisfecho para declararlo “confiable”. En cierto modo, en vez de república, o sea, *res publica*, cosa pública, pasamos a tener una *res mercatori*, cosa del mercado. El cuadro-resumen de la Figura 6 ayuda a entender el desplazamiento radical de la política.

Naturalmente, uno se financia a través de los impuestos, el otro se financia a través del crédito. Un gobierno pasa, así, a ser “destinatario y mandatario de dos colectivos constituidos de forma diferente y como un sistema de mediación entre dos mundos en conflicto. Éstos funcionan según lógicas tendencialmente incompatibles” (39). Entre la opinión pública sobre la calidad del gobierno y la ‘evaluación de riesgo’ si ese mismo gobierno deja, por ejemplo, de pagar elevados intereses sobre la deuda, la opción de supervivencia política pende cada más del lado de lo que se califica misteriosamente como ‘los mercados’. Donde había Estado del bien-estar y políticas sociales, tendremos austeridad y beneficios financieros. Lo esencial es mantener “la confianza del mercado”.

(Figura 6) El Estado democrático endeudado y sus dos pueblos

Pueblo del Estado	Pueblo del mercado
Nacional	Internacional
Ciudadanos	Inversores
Derechos civiles	Exigencias
Electores	Acreedores
Elecciones (periódicas)	Subastas (permanentes)
Opinión pública	Tasas de interés
Lealtad	“Confianza”
Servicios de interés público	Servicio de la deuda

Fuente: Wolfgang Streeck, *Tempo comprado: a crise adiada do capitalismo democrático*, trad. Marian Toldy e Teresa Toldy, São Paulo: Boitempo, 2018, p. 127. [Ed. castellano: *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Trad.: Gabriel Barpal (argentino). Katz editores.

La propuesta general de Streeck es que no se trata del fin del capitalismo, sino del fin del capitalismo democrático. Podemos, naturalmente, resolver nuestro problema de caracterización del animal que surge añadiendo calificativos, como capitalismo global, capitalismo autoritario o capitalismo financiero. Podemos también calificarlo por la etapa, hablando de la Tercera o la Cuarta Revolución Industrial. También podemos pensar en el cambio que supone la expansión de los factores informacionales de producción. Igualmente esencial es el cambio de la forma de apropiación del excedente social, como vemos en el caso del rentismo financiero, que adquiere más peso que el beneficio de la producción. Pero lo esencial de lo que buscamos es la lógica sistémica resultante de los diversos cambios. La cuestión que se plantea es si la categoría capitalismo todavía es la más adecuada para el conjunto. El capitalismo siempre fue explotador, pero tenía la connotación positiva de ser vector de acumulación productiva. Hoy, esas dimensiones están disociadas.

La apropiación del conocimiento

La apropiación privada de un producto social tiene que justificarse. La aportación principal de Alperovitz y de Daly, en el pequeño libro *Unjust Deserts*, es hacer luz sobre el mecanismo de apropiación, por parte de minorías, del esfuerzo colectivo de construcción del conocimiento. Al hacer transparentes esos mecanismos, los autores elaboran una teoría del valor de la economía del conocimiento. La fuerza explicativa de lo que sucede en la sociedad moderna se hace poderosa de esta forma. El análisis constituye, en cierto modo, un antídoto contra el nuevo cuento de hadas de que la economía solamente irá bien si “los mercados” -entiéndase los grandes grupos financieros- están satisfechos.

Veamos un ejemplo que nos traen los autores: cuando la Monsanto adquiere el control exclusivo sobre una determinada simiente, como si la innovación tecnológica fuese una aportación solamente suya, olvida el proceso que hizo posible esos avances.

Lo que ellos nunca tienen en consideración es la inmensa inversión colectiva que realizó la ciencia genética desde sus primeros pasos hasta el momento en que la empresa toma su decisión. Todo el conocimiento biológico, estadístico y de otras áreas sin el cual ninguna de las simientes altamente productivas y resistentes a enfermedades se podría haber desarrollado -todas las publicaciones, investigaciones, educación, entrenamiento y herramientas técnicas relacionadas sin las cuales el aprendizaje y el conocimiento no podría ser comunicado y fomentado en cada etapa particular del desarrollo, y así llevados adelante e incorporados, también, por una fuerza de trabajo de técnicos y científicos- todo eso llega a la empresa sin coste, un regalo del pasado. (40)

Al apropiarse del derecho sobre el producto final y al trabar desarrollos paralelos, la empresa canaliza para sí misma gigantescos beneficios resultado de la totalidad del esfuerzo social, que ella no financió. Se trata de un peaje sobre el esfuerzo de los otros.⁴

Pero, ¿si no es legítimo, al menos funciona? La comprensión del carácter particular del conocimiento como factor de producción ya es antigua. Una joya a ese respecto es un texto de 1813 de Thomas Jefferson:

Si hay una cosa de las que la naturaleza hizo que es menos susceptible de ser propiedad de alguien que todas las otras, ésta es la acción del pensamiento que llamamos idea [...]. Que las ideas tengan que expandirse libremente de una persona a otra, por todo el globo, para servir a la instrucción moral y mutua del hombre y para el avance de su condición, parece haber sido particular y benévolamente dibujado por la naturaleza cuando ella las hizo, como el fuego, capaces de expandirse por todo el espacio, sin perder la densidad en ningún momento, y como el aire en que respiramos, nos movemos y existimos físicamente, imposible de ser confinadas o apropiadas exclusivamente. La invenciones no pueden, por naturaleza, ser objeto de propiedad. (41)

El conocimiento no constituye una propiedad en el mismo sentido que un bien físico. El bolígrafo es mío, hago con él lo que quiera. El conocimiento, en la medida en que resulta de un esfuerzo social muy amplio, obedece a otra lógica, y por eso la propiedad no está asegurada de forma permanente, y sí por veinte años, por ejemplo, en el caso de las patentes, o por setenta años en el caso de los *copyrights*, pero siempre por un tiempo limitado. La propiedad aquí se asegura por su función social -estimular a las personas a inventar o a escribir-, y no por ser un derecho natural.

El mérito es para todos nosotros un argumento central, el ropaje principal del frágil cuento de hadas que nos explican. Según las palabras de Alperovitz y Daly, “nada está más profundamente ancorado en las personas comunes que la idea de que una persona tiene derecho a lo que creó o a lo que sus esfuerzos produjeron” (42). Pero, en realidad, no son propiamente los creadores los remunerados, sino que son los intermediarios jurídicos, financieros y de comunicación comercial los que se apropian del resultado de la creatividad, bloqueándolo con contratos de exclusividad, haciendo fortunas dudosamente merecidas. No se remunera la creatividad, sino la apropiación de los resultados: “Si mucho de lo que tenemos nos llegó como un regalo gratuito de muchas generaciones de

⁴ Mariana Mazzucato, en su libro *The entrepreneurial State*, presenta ejemplos como Apple y tantos otros de apropiación privada de conocimientos desarrollados por sistemas públicos.

contribuciones históricas, es una cuestión de fondo resolver cuánto una persona pueda decir que ‘ganó merecidamente’ en ese proceso, ahora o en el futuro” (43).

Las personas en general no se dan cuentas de las dimensiones. Hoy, el 95% del maíz plantado en los Estados Unidos es de una única variedad, lo que produce la desaparición de la diversidad genética e inmensas amenazas para el futuro. Tendremos acceso libre a los libros de Paulo Freire solamente a partir del 2067, setenta años después de la muerte del autor. El libre acceso a las composiciones de Heitor Villa-Lobos será posible a partir del 2029. ¿Eso está ayudando a alguna creatividad? Patentes de veinte años podían parecer razonables hace medio siglo, pero al ritmo de la innovación actual, ¿qué sentido tienen? Murieron en el mundo 32 millones de personas por enfermedades relacionadas con el Sida, y las empresas farmacéuticas (el *big pharma*) que prohíben a los países afectados la producción de los medicamentos que componen el cóctel antisida son dueñas también de innumerables patentes. O sea, se produce un inmenso enriquecimiento en la cima de la pirámide que no se basa en las aportaciones de esas personas, sino en el hecho de que se apropian de una acumulación históricamente realizada durante las sucesivas generaciones, por múltiples instituciones, con contribuciones del sistema educativo, de centros públicos y privados de investigación, universidades y muchos más.

En esta era en que la concentración planetaria de la riqueza social en pocas manos se está haciendo insostenible, entender el mecanismo de creación y de apropiación de esa riqueza es fundamental. Alperovitz y Daly no son nada extremistas, pero defienden que el acceso a los resultados de los esfuerzos productivos tiene que ser mínimamente proporcional a las aportaciones. “La fuente más importante de la prosperidad moderna, de lejos, es la riqueza social en forma de conocimiento acumulado y de tecnología heredada”, lo que significa que “una porción sustantiva de la riqueza y renta actuales tendría que ser redistribuida entre todos los miembros de la sociedad de forma igualitaria, o, como mínimo, para promover mayor igualdad” (45). Un Bill Gates, si no fuese por la invención de los transistores y de los semiconductores, además de los sistemas lógicos desarrollados durante la Segunda Guerra Mundial, todavía estaría jugando con tubos de rayos catódicos en su garaje. La producción es más social que nunca, y la apropiación de los resultados más privada que nunca. ¿Suena familiar?

El cuento ideológico: la narrativa del mérito

Los sistemas necesitan construir la justificación ideológica de su razón de ser. La explotación, o sea, la apropiación del excedente social por parte de una minoría, busca una explicación aceptable, una narrativa, como decimos hoy, aunque sea un engaño. La superestructura organizada de poder procurará formar un sistema articulado que se sustente. Será, normalmente, la combinación de un mecanismo de extracción de riqueza social con una amplia construcción ideológica, destinada a explicar la explotación en nombre de algún tipo de mérito de las clases superiores, que justifique una forma de apropiación del trabajo de terceros (esclavos, siervos, asalariados o, también, tercerizados y uberizados, según la época y las regiones) y el uso de la fuerza policial y militar en nombre del orden y de la seguridad del pueblo.

Las “narrativas” no son algo nuevo. Los africanos podían ser esclavizados porque no tenían alma, los siervos tenían que obedecer porque el rey era un escogido de Dios y los señores feudales tenían sangre azul, los asalariados tenían que sobrevivir con lo que recibían porque los más ricos lo son porque se

lo merecen. A cada situación, de hecho, corresponde un cuento de hadas, frecuentemente burdo, pero suficientemente repetido por los que controlan y dan forma a la opinión pública, hasta que ‘engancha’ y se convierte en lugar-común. ¿Cómo fue que creímos durante siglos en el cuento de la “sangre azul”, de que el rey es rey “por derechos divino”? ¡Con que facilidad asumimos como verdadero aquello que satisface lo que queremos creer, por más tonto que sea! Lo esencial es que sus prejuicios profundos satisfagan a los nuestros. El proceso se amplía radicalmente cuando hay una masa de personas dispuestas a creer en la misma tontería. La cretinez colectiva es un flagelo de la humanidad. Una bellísima lectura al respecto es el clásico *The March of Folly* [La marcha de la insensatez], de Barbara Tuchman. “La cabeza de oca [*wooden-headedness*], fuente del autoengaño, es un factor que juega un papel notablemente amplio en los gobiernos. Consiste en evaluar una situación en términos de nociones fijas preconcebidas, ignorando o rechazando cualquier señal contraria. Consiste en actuar de acuerdo con el deseo, sin permitir que los hechos alteren la visión” (46) *¿Homo sapiens?*

Cambian los sistemas, evolucionan las tecnologías, pero no cambia el esquema. En la fase actual de la economía del conocimiento se plantea el espinoso problema de la legitimidad de la posesión del conocimiento. El cambio es radical en relación a los sistemas anteriores: la tierra pertenece a uno o a otro, las máquinas tienen propietario, son bienes “rivales”. En el caso del conocimiento, como hemos visto, se trata de un bien cuyo consumo no reduce el stock. Si transmitimos conocimiento a alguien, continuamos con él, no perdemos nada, y, como el conocimiento transmitido genera nuevos conocimientos, todos ganan. La tendencia a la libre circulación de conocimiento, para bien de todos, se hace, por tanto, poderosa. Aquí, se le hace necesario a las oligarquías -además de mecanismos innovadores de extracción del excedente social, queda claro- un nuevo cuento de hadas, sólidamente reforzado por la porra de las fuerzas de seguridad contra los obstinados que no creen en cuentos de hadas.

Así es la base de nuestra organización social: un trípode compuesto por el mecanismo de extracción del excedente; por el cuento de hadas, al que de forma elegante se llama “narrativa”; y por la porra para quien no se cree el cuento. El peso relativo de cada subsistema de poder cambia de acuerdo con las circunstancias. El pueblo entiende perfectamente el lenguaje de la porra, entiende mucho menos de dónde llegó el cuento de hadas y no entiende nada de los mecanismos económicos. Los que quieren explicar o transformar los mecanismos económicos y los que no se creen el cuento de hadas son, evidentemente, los primeros que reciben los golpes de porra. Gandhi, Mandela y Lula son, en cierto modo, compañeros de cárcel.

Los diversos modos de producción -esclavitud, feudalismo, capitalismo- crearon con esos tres elementos una lógica sistémica que aseguró su supervivencia durante siglos. Pero, cuando los mecanismos económicos de la base productiva de la sociedad cambian, el conjunto del edificio se debilita. Los nobles danzaban en Versalles, recomendaban brioche a los que nos tenían pan, sin comprender que estaban suspendidos en un lujoso limbo artificial, y que el suelo bajo sus pies desaparecía. El ejercicio que estamos haciendo aquí, esta articulación de argumentos, parte de la constatación de que los mecanismos económicos y la base productiva cambiaron y que, aunque subsistan los simulacros de la fase democrática y del capitalismo de competencia, los tiempos son otros. Entre Versalles y Davos hay semejanzas.

La narrativa principal del capitalismo industrial era simple: el enriquecimiento de los más ricos se traduce en fábricas y, con ellas hay empleo, productos e impuestos. Mientras que el dinero en las manos de los pobres se traducía solamente en consumo improductivo. La gran transformación,

evidentemente, es que el capitalismo actual, que enriquece a costa de la “bola de nieve” financiera, es él mismo improductivo: traba la capacidad productiva en lugar de dinamizarla. El capitalismo de la era “sin capital” busca una narrativa que justifique una explosiva concentración de riquezas en las manos de quien no solamente no produce sino que bloquea las iniciativas de quien podría producir. En ese sentido, el inmenso poder del sistema informacional/financiero es muy frágil. El odio que se expande por el planeta, contra los sistemas financieros de explotación y los sistemas virtuales de control, está vinculado al hecho de que, sencillamente, las personas empiezan a entender la disfuncionalidad del sistema y el engaño a que están sometidas. La narrativa de la era industrial, simplemente, ya no sirve para justificar el enriquecimiento improductivo de los rentistas. Lo que todavía protege al sistema, curiosamente, es la dificultad de la población para comprender los sistemas financieros.

Para el nuevo modo de producción que surge, más importante que controlar los medios de producción tradicionales, es controlar los flujos financieros y los medios de comunicación y de información que usa la población, apropiarse del mecanismo de cambio de las leyes por medio del control de los parlamentos y de los sistemas judiciales, comprar universidades e instituciones de investigación y todo lo que se refiere al conocimiento, generar plataformas de información y comunicación que entreguen el control sobre la propia intimidad de las personas. Los mecanismos económicos cambiaron y continúan cambiando de forma acelerada, la porra ya canta, y el cuento de hadas correspondiente todavía busca un argumento que tenga sentido. ¿Cómo justificar una inmensa concentración de riqueza en las manos de grupos que poco o nada producen, o la apropiación destructiva de recursos naturales que necesitarán las generaciones futuras? En el sistema feudal, por lo menos, el castillo del noble como protección de los siervos en tiempos de guerra servía de justificación. ¿Los barones del sistema financiero qué tienen para ofrecer en contrapartida de lo que extraen? El Consenso de Washington se parece cada vez más al pacto de la nobleza en el Congreso de Viena, en 1815. Las elites siempre tuvieron propensión a creer ciegamente en la legitimidad de sus privilegios. O, por lo menos, en su capacidad de crear el cuento que los legitimaba.⁵

El estrechamiento de los espacios de libertad individual

Tiendo a seguir la visión de Streeck según la cual, en cierta forma, el animal que surge no cabe dentro de la democracia. Puede hasta convivir con el voto, sin dudas, pero ¿hasta dónde el voto tiene hoy sentido cuando las personas ya no creen en su utilidad, cuando se desagregan los subsistemas de organización de la participación de la sociedad y los mecanismos básicos para que la democracia funcione? ¿Qué instrumento efectivo de representación constituyen los partidos Demócrata y Republicano en los Estados Unidos? ¿Qué sobrevive de los sindicatos, fragmentados en la misma proporción en que la llamada clase trabajadora se fragmenta y se desarticula en profesiones y niveles diferenciados? ¿Qué sobrevive de las organizaciones de la sociedad civil, perseguidas y restringidas en sus acciones por todas partes? La masa popular desorganizada no es ningún poder efectivo de control. Puede haber cientos de millones de insatisfechos, pero una minoría organizada y articulada ejercerá un poder mucho más significativo: es la fuerza de penetración de los intereses puntuales ante los intereses difusos de las mayorías. Naomi Klein presenta una excelente descripción de esa

⁵ El libro de Thomas Piketty, *Capital et Idéologie*, es una amplia y magistral presentación de como se contruyeron las ‘narrativas’, que el llama de ‘ideologías’ en los diversos sistemas, para justificar la apropiación del excedente social.

capacidad de ruptura por parte de las minorías en el poder, tanto en *La doctrina del choque* como en *No basta decir no*.

Por otro lado, las nuevas tecnologías permiten, hoy, un control individualizado de las personas que está avanzando con impresionante rapidez. La invasión de la privacidad, actualmente, es avasalladora, y las personas en general están poco informadas o indiferentes. En la rutina y monotonía de nuestro cotidiano, en los pequeños embates de la vida, ¿a quién le va a interesar chafardear en lo que nos pasa? Pues la realidad es que interesa, y mucho. La persona común sentirá el impacto de la apropiación de sus informaciones personales por diversos sistemas, por ejemplo al buscar trabajo, al contratar un seguro, al abrir una cuenta en el banco, al hacer una compra a plazos, al pedir un visado, al contratar un plan de salud, al intentar protegerse de ataques online y de bullying cibernético. Que instituciones poderosas o, simplemente, irresponsables y un sinnúmero de grupos comerciales, religiosos o ideológicos tengan en sus manos informaciones detalladas sobre nosotros -nombre, dirección, fotos y detalles íntimos- es algo que puede afectar profundamente a nuestra vida, tanto individual como colectiva.

El primer punto es que las tecnologías han hecho que la invasión de la privacidad sea simple y barata. En la era de la informática, tener informaciones personales detalladas e individualizadas sobre millones de personas no representa ningún problema técnico. Los algoritmos permiten el tratamiento y cruzamiento de datos de tal manera que hace fácil para los agentes interesados, sean gobiernos, empresas u organizaciones criminales, individualizar las informaciones para enfocar solamente a una persona o una familia, o a un grupo de trabajadores de una empresa, a un tipo de enfermos o muchas otras personas o grupos.

La invasión de la privacidad puede igualmente tener carácter estratégico en las áreas política y económica. Para la Agencia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos (*National Security Agency-NSA*), gravar conversaciones privadas entre Angela Merkel y Dilma Rousseff constituye un instrumento de política internacional, incluso de transacción de informaciones para instituciones interesadas de otros países. Que una Cambridge Analytica juegue a interferir elecciones utilizando los datos del Facebook es un caso que ya se ha verificado. Acceder a las conversaciones internas de gobiernos, antes de reuniones internacionales, para conocer de antemano las propuestas que se presentarán en las mismas, constituye una ventaja estratégica que ya provocó protestas de países de la Unión Europea.

Invadir los ordenadores de la Petrobras para tener acceso a datos sigilosos sobre las reservas de petróleo en la zona del Pre-sal, iniciativa que fue facilitada con el pretexto de combatir la corrupción, constituye espionaje político e industrial con impactos evidentes de interés inmediato para los grupos internacionales del área. No es solamente la privacidad individual y personal la que está en juego. Una empresa privada como la multinacional Serasa Experian decide controlar nuestra vida financiera tal y como la Fitch, la Moody's y la Standard & Poor's se dan el lujo de evaluar la confiabilidad de nuestros gobiernos. ¿Alguien las eligió? ¿Existe algún instrumento equivalente para controlar a los propios sistemas financieros?

Por detrás de ese acelerado proceso de transformación, naturalmente, está la tecnología. Los avances son absolutamente impresionantes, y las transformaciones superan radicalmente en ritmo a los lentos avances de la legislación, la regulación y del propio cambio cultural. Los sobres se podían sellar y lacrar, los dossieres podían guardarse en cofres, las puertas de una reunión se podían cerrar a cal y canto, las fotos íntimas o, simplemente, familiares dormían en la paz de los álbumes. Hoy todo son

señales magnéticas, informaciones inmateriales accesibles desde cualquier lugar y que pueden ser almacenadas, tratadas con tecnologías de *big data*, analizadas por medio de algoritmos y transmitidas a todo el mundo en instantes.

El proceso es profundamente asimétrico. Como individuos somos radicalmente vulnerables, pero los gigantes que manejan el sistema, sea a nivel gubernamental, como en el caso de la NSA o del británico Cuartel-General de Comunicaciones del Gobierno (*Government Communications Headquarters-GCHQ*), por donde pasa lo esencial de los flujos de información del mundo; o sea a nivel de la información como Alphabet (Google), Facebook, Microsoft, Apple, Amazon, Verizon y pocos más, simplemente no permiten que tengamos acceso ni a la cantidad de informaciones captadas ni a las decisiones sobre su uso. A no ser en raros momentos, por filtraciones heroicas, como en el caso de los archivos revelados por Edward Snowden o de las iniciativas de Julian Assange, la población no tiene ni idea de lo que sucede con las informaciones. En la práctica, se encuentra impotente. La realidad es que estamos avanzado con mucha rapidez hacia un tipo de *Big Brother* en que el poder de las corporaciones asociado al poder del Estado cambia radicalmente el concepto de ciudadano. Obtener la sumisión de las poblaciones será cada vez más fácil, en la medida en que los algoritmos identifiquen, con mucha anticipación, a los individuos y los grupos no conformes. La porra podrá reservarse para los extremos. Para la masa, bastará el conformismo generado con el control difuso y el cuento de hadas.

En conjunto, estamos asistiendo a una transformación en las superestructuras, en las formas de organización del poder, que van adecuándose con atraso a los profundos cambios de la base productiva. El tiempo del capitalismo con democracia, voto y ciudadanos está cada vez más lejos, o es menos significativo. Las superestructuras en construcción son otras.

Las superestructuras del poder, las reglas del juego heredadas -el trabajador que recibe el salario que corresponde a su fuerza de trabajo y el capitalista que recibe el fruto de su capital-, que sugieren que el sistema sería justo y productivo, pierden claramente su legitimidad en el nuevo contexto. Los gobiernos, articulados con las corporaciones, recurren a medios cada vez menos democráticos, intentando equilibrar un sistema trabado por la fuerza. Hay un desajuste creciente entre la base económica del siglo XXI y las reglas del juego heredadas de los siglos pasados. Es un desajuste sistémico, no muy diferente al que sufría la superestructura del sistema feudal, incapaz de equilibrarse frente a una base económica que había evolucionado hacia la era de la manufactura y del capitalismo industrial en expansión.

Con todo su poder, y estando todavía en busca de una nueva coherencia sistémica para su organización, hay una debilidad básica: el enriquecimiento en la cima de la pirámide es claramente improductivo, y la narrativa del mérito se está deshaciendo rápidamente. En términos económicos, en particular, no es produciendo o estimulando la producción la manera en que el sistema se apropia del excedente, sino, al contrario, generando escasez. La concentración de renta y de patrimonio hace más profunda la desigualdad, y hoy los pobres tienen conciencia de la masacre que sufren. Y son muchos. Las formas de producción son un desastre para el medio ambiente y las personas en el mundo empiezan a movilizarse. Tal como funciona, en términos sociales, ambientales y económicos, el sistema se está haciendo cada vez más disfuncional. Las oportunidades surgen, naturalmente, de la necesidad y de la

evidente posibilidad de revertir lo que genera atraso, tensiones e inseguridad en el planeta. Los sacrificios y dramas sociales, económicos y políticos que sufrimos son, simplemente, innecesarios. Insensatez, diría Barbara Tuchman.

El problema básico es entender mejor lo que está naciendo, qué transformaciones de las reglas del juego serán necesarias para que la sociedad que surge -con sus dos grandes ejes, la economía del conocimiento y el sistema financiero- se dote de las normas y el sistema político adecuados. Mientras tanto, lo que tenemos son reglas férreas de protección de la propiedad privada, cuando la economía está fundada en un factor de producción, el conocimiento, generalizable para el conjunto de la sociedad. Y los bancos centrales, sin dientes para controlar el sistema global de moneda virtual con el que los bancos privados emiten y controlan los recursos financieros. El resultado es un rentismo generalizado sin la correspondiente contribución productiva. Y los gobiernos nacionales, debilitados frente a una economía financiera globalizada que se les escapa. Cuando Stiglitz recurre al título *Rewriting the Rules of the American Economy* [Reescribiendo las leyes de la economía estadounidense] para su crítica del actual sistema, está abriendo la puerta a una revisión mucho más amplia de la forma de organización que deberíamos adoptar como sociedad. Martin Wolf, comentarista-jefe de economía del *Financial Times*, concluye correctamente que “el sistema perdió su legitimidad”. Pero el sistema opresivo que vemos en el horizonte puede expandirse en la misma medida que su falta de legitimidad.

IV. LAS OPORTUNIDADES EN EL HORIZONTE

En el centro de las transformaciones que vemos en el horizonte -en la perspectiva del diseño de una sociedad ideal, pero nacida de la propia dinámica de la base económica-, está el hecho que hemos mencionado ampliamente a lo largo de todo este estudio: el principal factor de producción de esta época, el conocimiento, es un factor cuyo uso no reduce el stock. Es un factor de producción inmaterial, por tanto se puede almacenar, analizar, transmitir y generalizar en volúmenes virtualmente infinitos y prácticamente sin costes. Y, siendo inmaterial, ancorado en las ondas electromagnéticas. El conocimiento puede generalizarse para toda la población y todas las empresas a través de herramientas simples y baratas que caben en un bolso.

Todo el conocimiento acumulado por la humanidad está disponible para todos, con la reserva de que las corporaciones bloquean el acceso al mismo con el pretexto de la legitimidad de la propiedad intelectual. No es posible no ver la inmensa generalización de prosperidad planetaria que apunta en el horizonte, de la misma manera que no se puede dejar de ver la batalla de las corporaciones y de los rentistas para bloquear el acceso a ella. El capitalismo de los gigantes corporativos que extraen riqueza en vez de asegurar su expansión padece la debilidad de presentar, en la divertida expresión de Epstein y Montecino, del Roosevelt Institute, una ‘productividad líquida negativa’.

En el centro del debate está el hecho de que se puede generalizar el conocimiento por todo el planeta, haciéndolo accesible a todo el mundo, independientemente del nivel de renta y sin costes adicionales. Esto, en términos de visión de organización de la base económica del siglo XXI, constituye un terremoto. Vivimos en la era del acceso abierto, o mejor, del potencial del acceso abierto, en la que las instituciones que crean barreras y escasez artificial aparecen cada vez más como lo que son: obstáculos a la generalización del progreso. El concepto de propiedad, en particular su legitimidad, tiene que ser radicalmente redefinido. No por razones filosóficas o jurídicas, sino por razones evidentes de productividad sistémica de la sociedad.

Un segundo eje de desbloqueo de nuestra capacidad para generalizar el progreso y la prosperidad compartida consiste en rescatar nuestro derecho a reapropiarnos de nuestros propios recursos financieros. Esos recursos, hoy, también forman parte de la economía inmaterial, conjunto de señales magnéticas que son medios y no fines. Cuando los alemanes ingresan sus ahorros en las Sparkassen, cajas económicas de su ciudad o de su comunidad, y los usan para el desarrollo de su región, esos ahorros vuelven a ser productivos en vez de alimentar la especulación y los paraísos fiscales. Es central aquí el concepto de *unearned income*, renta no merecida, que conocemos como rentismo, asociado a las personas que “viven de renta”, con figuras hasta simpáticas, tan bien retratadas en la literatura del inicio del siglo pasado, pero que hoy constituyen una sangría de nuestra potencia productiva.

Estos dos ejes de alternativas -la apertura general del acceso al conocimiento y la reorientación de los recursos, de manera que financien las iniciativas necesarias- nos están llevando a repensar radicalmente la economía, esa ciencia social que nos permite sistematizar una dimensión importante, pero insuficiente, de un mundo que funcione. Tanto el acceso al conocimiento como el acceso a los recursos son vitales para que cada persona o grupo de personas, en cualquier parte del planeta, pueda tomar iniciativas en pro de su propio progreso y el de su comunidad. El gran capital controla el conocimiento y los recursos financieros, cobrando con *royalties*, patentes y *copyrights* el acceso al primero, y con intereses y dividendos absurdos el acceso al segundo, generando escasez para, así,

poder cobrar por el acceso. Es un sistema de minorías que se enriquecen al dificultar el desarrollo, en vez de promoverlo.

Sabemos bien, hoy, lo que hay que hacer. Ahí están los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), de la ONU, excelente sistematización de las prioridades, como son la reducción de las desigualdades y la erradicación de la pobreza, en el contexto amplio de una sociedad económicamente viable, socialmente justa y ambientalmente sostenible (47). El acceso generalizado al conocimiento en el sentido amplio, así como el acceso a los recursos financieros, constituyen los medios básicos para que los ODS se materialicen. Tenemos, como se dice popularmente, el cuchillo y el queso, pero están en las manos equivocadas.

El acceso al conocimiento - *Open access*

Volvamos al cambio sistémico de mayor relevancia: así como la tierra era el principal factor de producción en la era agrícola y la máquina en la era industrial -con sus respectivas formas de propiedad, de gobierno y de ideología-, ahora el conocimiento pasa a ser el principal factor de definición de un nuevo modo de producción. El recurso financiero no es un factor de producción en sí. Emitir una montaña de monedas en un país determinado no añade nada a su riqueza, pero crea un instrumento de apropiación de los recursos productivos que tendría que dirigirse hacia quien dinamice mejor la economía real. La lucha por el control del conocimiento y de los recursos financieros que permiten su apropiación está en el centro de los modos de regulación del acceso y de los diversos “cuentos” o “narrativas” que pasan a dominar el nuevo universo económico, social y cultural. Tanto el conocimiento como el recurso financiero son hoy inmateriales, con la diferencia de que el conocimiento es el principal factor de producción, mientras que el recurso financiero constituye solamente el medio.

Lo que cambia radicalmente en esta era del conocimiento es que se trata de un factor de producción inmaterial, al que se puede acceder por medio de instrumentos que cualquier persona del mundo tiene, o tendrá en breve, encima de su mesa o en el bolsillo. Ese conocimiento, cualquier persona, empresa o institución pueden reproducirlo, distribuirlo y apropiárselo -sin costes adicionales-, gracias al inmenso potencial de avances tecnológicos e innovaciones en las más variadas áreas. Si Jean-Jacques Rousseau atribuía buena parte de nuestras desgracias al primer hombre que señaló un campo y dijo: “Esto es mío”, hoy tenemos la inmensa oportunidad de construir una sociedad colaborativa y una prosperidad compartida. El hombre nuevo de Rousseau señalaría el factor de producción que hoy se produce colectivamente y diría: “Eso es nuestro”.

¿Patentes? Stiglitz y Greenwald plantean el problema en su dimensión actual, al referirse a los *patent thickets*, selva de patentes:

Cualquier persona implicada en la elaboración de un programa de software [...], incluso con toda la originalidad, se arriesga al hacerlo, a violar algunas de las centenas de millares de patentes software registradas a las cuales pudiera haberse aproximado lo bastante como para que se vea sometida a litigios. Nadie puede conocer la miríada de patentes publicadas -y, si alguien pudiese, sería difícil que tuviese tiempo para dedicarse a su investigación. En ese sentido, el propio sistema de patentes se ha convertido en un entrabe para la innovación. (48)

Michael Heller, citado por los autores, usa el sugestivo nombre de *anticommons* [anticomunes] para denunciar esa deformación. Entre las aportaciones más ricas en esa línea está el trabajo de Elinor

Ostrom y Charlotte Hess, *Understanding Knowledge as a Commons* [Entender el conocimiento como bien común]:

El común se ha convertido en una palabra de referencia para la información digital. Estaban encerrándolo [enclosed], transformándolo en commodity y patentándolo de manera abusiva [overpatented]. Sea cual sea la denominación utilizada, bienes comunes ligados a lo “digital”, “electrónico”, “información”, “virtual”, “comunicación”, “intelectual”, “internet” u otros, todos esos conceptos se refieren a un nuevo territorio compartido de información global distribuida. (49)

La orientación básica de ese nuevo territorio hace referencia a su inmenso potencial de apropiación generalizada: “Cuantas más personas compartan conocimiento útil, mayor será el bien común. Considerar el conocimiento como bien común, por tanto, sugiere que el eje unificador de todos los recursos comunes está en su uso compartido, gestionado por grupos de varias dimensiones e intereses” [50].

Elinor Ostrom consagró su vida de investigación a los bienes comunes como el agua, los bosques, los recursos pesqueros y otros, lo que le valió el Premio Nobel del Banco Nacional de Suecia -que fue el primer Nobel de Economía concedido a una mujer. Con Charlotte Hess, organizó una recopilación donde los estudios que había realizado antes sobre los bienes comunes se aprovechan para pensar y entender también el conocimiento como bien común. Reunió a autores de primera línea, y los diversos capítulos circularon entre todos, de modo que se citan recíprocamente: es una construcción y un análisis de los desafíos de esa profunda transformación que caracterizará al siglo XXI.

El *open access*, acceso abierto y compartido, no significa ausencia de formas de gestión ni un todo-vale, sino reglas del juego adecuadas que den valor a lo que es de uso común por medio acuerdos institucionales innovadores. Los capítulos presentan las visiones de diversos investigadores, como la de James Boyle sobre la información en tanto que ecosistema y sobre el absurdo que representa el cierre del acceso abierto a obras durante más de setenta años; la de Wendy Pradt Lougee sobre las transformaciones de la universidad y, en particular, de las funciones de las bibliotecas universitarias cuando el conocimiento pasa a estar universalmente disponible; la de Peter Suber sobre la evolución del acceso abierto; la de Shubha Ghosh sobre los nuevos conceptos de propiedad intelectual, la de Nancy Kranich sobre el procedimiento de las corporaciones de cerrar el acceso y crear con eso un nuevo proceso de “*enclosures*” [cercamientos]; y la de Peter Levine sobre las formas de organización de la sociedad civil en torno a los nuevos acuerdos, entre otras.

La regla básica que domina es la siguiente: una empresa que bloquea el acceso a un principio activo en el área farmacéutica, por ejemplo, gana ventajas, pero su beneficio es puntual e incomparablemente menor que la pérdida de los efectos multiplicadores que tendría en la sociedad si el conocimiento fuese reproducible por todo el mundo. De hecho, la propia creación de conocimiento se da en el *remix*, tan bien calificado por Lawrence Lessing, de los innumerables avances tecnológicos de la sociedad. Se trata de desbloquear el acceso, de liberar al conocimiento, de abrir los peajes a la creatividad. Entre la financiación de las investigaciones y la pérdida de productividad sistémica planetaria, generada por los peajes a la propiedad intelectual, el desequilibrio es radical. Cuando el Massachusetts Institute of Technology (MIT) decide abrir al acceso gratuito sus investigaciones, con decenas de millones de textos que se bajan desde cualquier punto del planeta, está transformando la financiación pública de sus investigaciones en un sinnúmero de innovaciones de otras instituciones públicas o privadas, con un efecto multiplicador de productividad para todos (*OCW - Open-Course-Ware*).

La conectividad y la sociedad en red

Desde los trabajos básicos de Manuel Castells sobre la sociedad en red, el proceso se viene intensificando y se multiplican los estudios sobre las nuevas tendencias. ¿Qué gobernanza democrática podemos tener cuando los gobiernos nacionales pierden espacio y los gigantes corporativos se estructuran como poder mundial? No hay gobierno mundial ni poder político de ningún tipo que haga de contrapeso al poder de las corporaciones. David Held resume bien la cuestión:

Lo que es notable en el sistema moderno global es la expansión de las relaciones sociales por medio de nuevas dimensiones de actividades y la intensificación crónica de modelos de interconectividad mediada por fenómenos como las redes modernas de comunicación y las nuevas tecnologías de información. [...] El equilibrio de poder se desplazó en favor del capital en relación tanto a los gobiernos nacionales como a los movimientos de trabajadores nacionales. Como resultado, la autonomía de gobiernos democráticamente elegidos se ha visto crecientemente bloqueada por fuentes de poder económico no elegidas y no representativas. (51)

La profundidad del cambio está directamente ligada a la conectividad planetaria, que permite que un grupo instalado en Ginebra, Londres o Nueva York maneje millares de empresas dispersas por el planeta, en la línea de una auténtica telegestión, gestión a distancia, que profundiza los desequilibrios económicos y ambientales. En compensación, la misma conectividad permite que las unidades productivas, individuos o empresas, un profesor universitario o una pequeña *startup*, se pongan de acuerdos con personas u organizaciones que persiguen objetivos afines o complementarios, independientemente de la localización geográfica. Hoy, cualquier clínica u organización de la sociedad civil multiplica contactos, intercambios de tecnología u otras formas de colaboración por todo el planeta, tejiendo una red mundial de interdependencias que pasa por encima de innumerables reglamentaciones y complejidades burocráticas, ignorándolas, ya que los insumos inmateriales son controlados de forma simbólica apenas. La misma base técnica social que permite el control corporativo abre espacios para los sistemas en red de producción descentralizada.

Hoy, esa conectividad permitiría, por ejemplo, asegurar la renta básica para cualquier familia en situación de pobreza en cualquier parte del mundo, tal y como se hizo en Brasil con decenas de millones de personas. Permitiría tratar con precisión a millones de personas afectadas por el HIV, reduciendo radicalmente la expansión de la enfermedad y de los costes sistémicos de su tratamiento. Permitiría organizar de manera precisa programas de reforestación de regiones amenazadas por la deforestación, o el control detallado de las fuentes de contaminación. En otras palabras, estamos dando apenas los primeros pasos del inmenso potencial que se abre con esta amplia transformación: la evolución hacia la economía inmaterial, la conectividad planetaria que permite la gestión descentralizada en red; y un dinero virtual que puede liberarnos de los gigantescos peajes que pagamos a quien no contribuye y ni siquiera es dueño del dinero que presta.

Entre el potencial que se abrió para las grandes corporaciones, que se apropiaron de los avances tecnológicos para controlar con mayor intensidad segmentos de la economía y también de la política en cualquier lugar, y la liberación que se hace posible reforzando los procesos horizontales de colaboración en red por parte de las pequeñas empresas y los individuos, no hay duda de que las corporaciones están ganando la partida. Fueron las primeras que pudieron financiar la apropiación de

las tecnologías y las desarrollaron en su provecho. Pero por todas partes surgen nuevas dinámicas. Jeremy Rifkin es de los que se dieron cuenta de la profundidad de la transformación:

La economía de mercado es demasiado lenta para aprovechar todas las ventajas de la velocidad y del potencial productivo que se han hecho posibles con las revoluciones del software y de las comunicaciones. El resultado es que estamos presenciando el nacimiento de un nuevo sistema económico que es tan diferente del capitalismo de mercado como este último era diferente de la economía feudal de otra era. (52)

La realidad es que las gigantescas y costosas pirámides de poder burocrático en que se transformaron las corporaciones presentan una inmensa debilidad: tienen un impacto sistémico negativo en términos tanto ambientales como sociales. Y, en particular, económicos: ¿se ha fijado usted en lo que cuesta su cuenta del móvil? ¿Cree que hay alguna proporción con los costes del servicio prestado por la operadora? ¿Las ondas electromagnéticas que bañan el planeta de repente tienen dueño? La economía de la colaboración abre aquí nuevos espacios, aunque estemos todavía en los primeros pasos.

El potencial de la colaboración

Obviamente, si puedo ofrecer algo valioso a alguien pero continuar teniéndolo yo también, como es el caso de un bien inmaterial, por ejemplo una idea, el concepto de competición queda radicalmente desplazado. Arun Sundararajan publicó uno de los mejores y más amplios análisis de la economía del compartir, *The Sharing Economy*, un libro tan esencial para entender las nuevas dinámicas como *Sociedad de coste marginal cero*, de Jeremy Rifkin. La internet de las cosas constituye, en general, una actividad comercial que aprovecha la conectividad amplia de las personas y los agentes económicos, así como el carácter intangible de los insumos, para desarrollar una gran variedad de arquitecturas organizacionales. La gran ventaja es que el autor sistematiza de forma muy legible lo que son las actividades, los desafíos económicos, culturales y legales, los impactos en el empleo y las formas de regulación. El hecho de presentar numerosos ejemplos y de explicar como funcionan ayuda mucho.

Sundararajan presenta sumariamente las variedades de esa nueva forma de organización económica:

Nuestra investigación sugiere amplias variaciones en diversas plataformas. Muchas se parecen a mercados que facilitan la iniciativa empresarial, mientras que otras se parecen más a jerarquías que emplean contratantes. Junto con Airbnb, Etsy y BlaBlaCar, plataformas de trabajo como Upwork y Thumbtack, plataformas de comidas sociales como VizEat y Eatwith, la plataforma de intercambio de paseos turísticos Vayable (fundada por la pionera de la economía compartida Jamie Wong) son claramente más del tipo “mercado”; plataformas de pasajeros como Lyft y Uber están en algún lugar a medio camino; mientras que plataformas centradas en servicios o trabajo como Luxe, Postmates y Universal Avenue, se aproximan más a las jerárquicas que la media más frecuente de las plataformas de economía compartida. (53)

Aquí, la conectividad es vital. En la economía del conocimiento, podemos transformar en riqueza social el capital parado de conocimiento que las personas tienen en la cabeza, por ejemplo a través de Wikipedia. En el caso del sistema financiero, esa misma conectividad permite, por medio de plataformas apropiadas, desintermediar el crédito poniendo en contacto, directamente, a quien tiene dinero parado y a quien lo necesita. Estamos dando los primeros pasos en el aprovechamiento de las inmensas oportunidades que la conectividad planetaria ofrece, incluso utilizando tecnologías como

blockchain. Aquí estamos hablando de capital infrautilizado, pero también del trabajo de personas infra-aprovechadas.

El coche es un ejemplo interesante. Los coches particulares se utilizan, de media, una hora por día, lo que significa solamente el 4% de su potencial de transporte. Como, además, circulan con una media de 1,3 pasajeros, aunque tengan espacio para 5, en total utilizamos algo así como un 1% de la capacidad de ese capital inmovilizado durante horas, ya sea en nuestro local de trabajo, ocupando el garaje, colapsando las calles o, sencillamente, inmovilizado en el tránsito. Hoy tenemos edificios residenciales en Suecia que tienen algunos coches en el garaje que forman parte de la comunidad de escalera, las personas cogen el que está disponible.

En París, hace tiempo que funciona una red de vehículos eléctricos públicos estacionados en diversas partes de la ciudad, tal y como se había hecho antes con bicicletas. El usuario recibe un mensaje por una aplicación del teléfono móvil que le indica donde puede encontrar o dejar el vehículo, que se estaciona en lugares donde se puede conectar a puntos de recarga. Se genera un uso más intensivo y se reducen el tránsito y la contaminación. En el caso de Airbnb, es igualmente obvio el inmenso desperdicio del sinnúmero de residencias vacías o con espacio ocioso. En general, el principio es el mismo; son tantas las cosas que tenemos y que compramos para utilizar poco o solamente una vez, como muestra el éxito de las plataformas de préstamo de herramientas.

Pero las dinámicas corporativas de prioridad absoluta al dinero, y a corto plazo, plantean otros desafíos. En Berlín, por ejemplo, se prohibió el alquiler por Airbnb. La razón es que, inicialmente, ese sistema funcionó en el caso de un jubilado o una familia que salía de vacaciones y ponía a disposición su apartamento, ganando un dinero extra; pero, después, grandes grupos inmobiliarios empezaron a comprar edificios enteros para alquilárselos a los turistas, reduciendo de esta manera la disponibilidad de residencias para la población berlinesa, elevando los alquileres y causando una crisis. Se trata del encuentro caótico de lógicas diferentes. El todo-vale del mercado en el cuadro de una economía que cambió de naturaleza. La gran libertad económica que representa el hecho de que cualquiera con acceso a internet desarrolle actividades económicas como productor y no solamente como consumidor (los llamados *prosumidores*), puede ser transformada en sistema opresivo por una corporación, por el gigantismo y por la escala en la que opera.

En conjunto, las iniciativas colaborativas surgen con mucha fuerza, puesto que las oportunidades y las ventajas económicas para el conjunto de la economía (y no solamente para los contratantes) son evidentes, ya que usan mejor las riquezas ya existentes. Basta pensar en una cosa tan simple como el *software* que detecta plazas para estacionar mediante una aplicación del móvil, reduciendo el tiempo que gastamos en esa búsqueda: fue suficiente que alguien lo pensara para que se hiciera la plataforma adecuada.

Alex Stephany, citado por Sundararajan, resume bien los argumentos al enumerar las ventajas: 1) la facilidad y la desburocratización que posibilitan los intercambios y el pago; 2) la movilización de recursos parados o infrautilizados; 3) la accesibilidad online con el poder de internet; 4) la aproximación comunitaria por los sistemas de intercambio e iniciativas locales; 5) la reducción de la compulsión de “poseer”, substituida por la practicidad del “acceso” (54).

Pero estamos desarrollando prácticas innovadoras en espacios ya ocupados por gigantes económicos, enfrentando un vacío jurídico que crea temores y tensiones naturales de transición o de convivencia. Frecuentemente, como en el caso de Uber, la fuerza de la plataforma es mucho mayor que la de los

contratantes, el pago de impuestos correspondientes continúa siendo relativamente fluido y, entre protestas y protestas, se está dibujando un nuevo conjunto de reglas de juego. Prohibir el potencial de las articulaciones en red, sin más, no resuelve la cuestión. Al tiempo en que el todo-vale del llamado libre-mercado encuentra sus límites ante las nuevas tecnologías.

Tendríamos que ir, por tanto, más allá del raciocinio de las ventajas individuales como único motor de la economía. Uno de los principales teóricos de la sociedad del conocimiento, Lawrence Lessig, al referirse a la colaboración, sugiere que lo más importante sea, tal vez, *que tengamos que dar a las personas un sentimiento de formar parte de algo que tenga sentido [...]. Si miramos la Wikipedia, por ejemplo, las personas se sienten realmente parte de algo, ayudan a construir un acervo de conocimiento humano, y eso es una cosa impresionante. Es un espectro lleno de motivación, de la misma manera en que se consigue un espectro lleno de motivación en el software libre. (55)*

La economía creativa, las redes de colaboración, la economía solidaria, el principio de compartir y otras iniciativas aportan viento fresco al opresivo sistema corporativo que nos empuja a carreras incesantes para conseguir más dinero, para comprar más cosas para las que tendremos cada vez menos tiempo o paciencia para apreciar. El cambio es bienvenido y, estoy convencido, es inevitable, a pesar de la enorme ofensiva de bloqueo o de captación por parte de de las corporaciones . Pero hay desafíos en el horizonte, puntos de tensión y de debate: las nuevas tecnologías crean nuevas relaciones de producción, con riesgos y oportunidades, y las reglas del juego de ese nuevo sistema todavía están en pañales.

Las transformaciones demográficas

Un área relativamente poco estudiada, en sus implicaciones sobre las formas de organización económica y social, es la transformación de la dinámica demográfica. Un eje central de cambio es la urbanización. Hoy somos predominantemente urbanos, en todo el planeta -en Brasil, las ciudades abrigan al 87% de la población-. Eso abre un conjunto de oportunidades para la organización de las políticas de desarrollo. Además, no es viable administrar el país de forma centralizada, como actualmente es el caso, por simples razones de mecanismos de gestión. Hay en Brasil 5.570 municipios extremadamente diversificados. Los países hoy desarrollados disponen de sistemas descentralizados de gestión, cada ciudad tiene autonomía y recursos para gestionar sus políticas en función de los intereses y particularidades locales. Eso hace más racional tanto la gestión, por la proximidad entre los procesos de decisión y el impacto para las comunidades, como la política de los gobiernos centrales, que pueden concentrarse en los problemas estructurales y de largo plazo de la nación. Nuestro sistema actual, con alcaldes que hacen fila en las antesalas de los ministros, no funciona ni para los municipios ni para los ministerios, produce un resultado de complejas arquitecturas de favores. La política no funciona solamente con buena voluntad y sin la lógica administrativa correspondiente.

La nueva perspectiva de aprovechamiento de las capacidades locales, con economía y gestión de proximidad, está muy relacionada con el avance de la conectividad y de los sistemas horizontales en red. Hoy mismo, los municipios menores o más aislados pueden perfectamente conectarse con la región y con centros de investigación, fuentes de información tecnológica, comercial y otras. El wi-fi urbano que se generaliza por todo el planeta, asegurando a todos los agentes económicos y sociales la conectividad gratuita o casi, abre un campo de oportunidades para los pequeños y medianos

emprendedores, permitiendo nuevas articulaciones entre las áreas rurales y urbanas de los municipios. El proyecto Pirai Digital en Brasil es una más entre las tantas iniciativas. La gestión urbana descentralizada y en red abre espacio para una nueva arquitectura de procesos decisorios, con más eficiencia y más democracia. Que las comunidades puedan participar en la construcción y la transformación de su entorno genera, evidentemente, otro clima político, con menos “ellos” y más “nosotros”. Es el llamado empoderamiento, con inmensas oportunidades infra-aprovechadas. (56)

Un segundo eje demográfico importante es la transformación de la familia. Tradicionalmente, además de un núcleo, la familia constituía un proceso de reproducción social entre generaciones. Con al menos tres generaciones, lo que llamábamos “hogar” aseguraba el flujo entre los hijos todavía no productivos, pero con un lugar en la mesa, los productores y los ancianos ya no productivos, también con espacio asegurado. La reproducción intergeneracional estaba garantizada por la familia expandida. Hoy, en general, el hogar consiste en una pareja, con uno o dos hijos, que viven en una casa o apartamento, en un barrio donde mal se conocen los vecinos. En Brasil, la media por domicilio es de 3,1 personas, hay millones de domicilios ocupados por madres solas con hijos. En Europa, la media por domicilio es de 2,4 personas. Cuando hay recursos para ello, el anciano puede tener un lugar en un asilo. La familia se transformó en una microunidad económica comercialmente ideal, con apartamento, nevera, televisión y sofá. Y a ser felices... Pero las separaciones se multiplican cada vez más, pocas parejas sobreviven en ese universo donde impera la claustrofobia.

Claro que donde hay problemas también hay oportunidades. Muchos países crearon políticas sociales, en la línea del Estado del bien-estar social, para asegurar infraestructura y políticas que compensen lo que las familias nucleares ya no aseguran. Los hombres adultos que dominan en la política y en el mundo empresarial combaten, indignados, contra lo que califican como Estado-canguro (*nanny State*), por lo menos mientras que ellos mismos no envejecen. Pero el hecho de que un país o una ciudad se organicen de manera sistemática para suplir, con recursos sociales, lo que ya no cubren los recursos individuales abre inmensos espacios a una economía de la cuidados que tiene que expandirse. En vez de combatir contra la seguridad social o el sistema de pensiones, tenemos que dotarnos de más capacidades en esa área.

Los nuevos desafíos abren, igualmente, campo para oportunidades en términos de organización de las comunidades, donde los espacios de sociabilidad compensen la atomización y la individualización. Muchas ciudades disponen de lugares abiertos de convivencia, desde parques a piscinas públicas y espacios de deporte y ocio, en cada barrio, a distancias para “ir a pié”, además de actividades culturales diversificadas que reconstituyen el tejido social desarticulado por las dinámicas urbanas y familiares. En otras palabras, el horizonte heredado según el cual solamente existiremos en términos económicos si conseguimos un empleo, abrigados por un poder empresarial, que nos permitirá comprar el piso, la nevera, el sofá y la televisión, puede evolucionar hacia un concepto de convivencia mucho más libre y abierto, con una amplia dimensión de economía social. El argumento de que tales políticas no caben en el presupuesto, lo que defiende, en realidad, es que las empresas privadas se apropien del ocio y los espacios sociales, con costes muchos más elevados y mayor jerarquización de la sociedad.

Una transformación estructural en la misma área es la constituida por la expansión del papel económico y social de la mujer. Esa expansión, naturalmente, no representa avances sólo para las mujeres sino para el conjunto de la sociedad. No es éste el momento de listar la obvia desigualdad que subsiste entre los géneros, en los salarios, en los empleos, en la representación política, en los

derechos. Pero hay que destacar que, de la misma manera que los medios anticonceptivos dieron a la mujer el derecho de elección sobre ser o no madre, la evolución de la sociedad industrial hacia la sociedad del conocimiento abre perspectivas radicalmente nuevas en términos de avances en el proceso más amplio de autogestión de la propia sociedad. La ventaja muscular del hombre pierde significación en la economía moderna: de los que se forman hoy en educación superior, cerca del 57% son mujeres y el 43% hombres. El hecho de que la economía moderna esté cada vez más ancorada en el conocimiento cambia profundamente el diseño de nuestro futuro social. Los machos-alfa que nos dominan, con un ego explosivo, en sus puestos de autoridad en la política y en las corporaciones, forman parte del siglo pasado. Reproducen una sociedad de violencia, desigualdad y discriminación insostenible. Una sociedad más equilibrada en términos de género tiende a ser, sencillamente, más civilizada.

La urbanización, la transformación de las familias, la organización social, la participación de las mujeres y la economía del conocimiento tienden a dibujar una nueva configuración para nuestra vida. En ese escenario, tendrán un papel mucho más importante las organizaciones de la sociedad civil, en el cuadro de una política más descentralizada y participativa. No son sueños, son potencialidades infrautilizadas. La economía tiende a desplazarse hacia actividades que enriquecen nuestra cotidianidad, y no más solamente lo que podemos comprar.

El potencial de las políticas sociales

Un conjunto de oportunidades surge a partir del cambio de la composición intersectorial de nuestras actividades. Cuando pensamos en actividades económicas, tendemos a referirnos a la industria, la agricultura, la construcción y semejantes. Pero es importante tener en cuenta que la agricultura, por ejemplo, representa en los Estados Unidos cerca del 3% de la economía; la industria, en su totalidad, poco más del 10% (y pierde peso); mientras que el sector de la salud, solamente, representa el 20% del PIB (y crece). En otras palabras, lo que entendemos por actividades económicas cambió profundamente. Las personas tienden a resumir ese cambio en el crecimiento del peso del llamado sector terciario, los servicios. Pero en términos científicos, eso es una desgracia, pues se trata, como bien analiza Manuel Castells, de un concepto residual: sabemos lo que es la agricultura, ligada a la tierra, y sabemos lo que es la industria, organizada en fábricas. De forma general, todo el “resto” es denominado servicios. Pero el resto, o sea el “otros”, constituye tres cuartas partes o más de lo que analizamos. Tenemos, obviamente, un problema metodológico. Tomar tres cuartas partes de nuestras actividades y ponerles la etiqueta de “servicios” no resuelve nada. Pero si dividimos los servicios (concepto que merece ser archivado) en sus componentes, tendremos una comprensión última de las transformaciones.

Por un lado, se ve el agigantamiento de los servicios de intermediación, en particular comercial y financiera. En los Estados Unidos, hace algunas décadas, los intermediarios financieros se apropiaban del 10% del beneficio corporativo del país; hoy, se apropian de más del 40%. Los intermediarios comerciales, en particular los gigantes llamados *traders*, también se han convertido en actores de peso pesado en la apropiación del excedente social: solamente 16 grupos controlan lo esencial del comercio de *commodities* en el mundo. Tenemos aquí un sector de actividades al que podemos llamar “servicios de intermediación”, que constituye un universo coherente que debe ser analizado para que podamos comprender gran parte de las deformaciones económicas en el planeta. Hoy en día, los intermediarios

financieros, comerciales y jurídicos se apropian de mucho más producto social que los propios productores. Es lo que hemos llamado de economía de peaje.

Por otro lado, tenemos el inmenso sector constituido por el llamado, de forma amplia, de políticas sociales: salud, educación, deporte, ocio, cultura, información, seguridad social, etc.; actividades eminentemente productivas porque se trata de inversión en las personas, y esenciales también, porque son políticas indispensables para nuestra calidad de vida. Lo que todos queremos es una vida con salud, cultura, seguridad y semejantes. Contrariamente a las actividades de intermediación, que son actividades-medio, aquí reflexionamos sobre lo que queremos de la vida, las actividades-fin.

El objetivo general de la economía es, o debería ser, el bienestar de las personas, y asegurarlo de manera sostenible, o sea, sin destruir el futuro de las próximas generaciones. Ese bienestar no se limita a un salario mínimo, a la renta que tenemos. La renta tiene un papel esencial, sin duda, permite comprar medicinas y pagar el alquiler, sin ir más lejos. Pero casi tan importante es lo que llamamos salario indirecto, el acceso al consumo colectivo que se hace posible cuando el país dispone de sistemas públicos de salud, educación, cultura, seguridad social, un ambiente sin contaminación y otros semejantes.

La población canadiense, por poner un ejemplo, puede tener salario inferior a la estadounidense, pero tienen guarderías gratis para los hijos y, en el mismo barrio, escuelas con infraestructuras deportivas, calles arborizadas que mejoran la calidad de vida, entre otras. Es significativo constatar que Canadá asegura el acceso al servicio público de salud, gratuito y universal, con excelentes resultados, mediante un gasto medio anual de 4,4 mil dólares por persona, mientras que el estadounidense medio gasta -pagando de su propio bolsillo, en lo que es una transacción comercial- un media de 10,4 mil dólares. Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), los Estados Unidos tienen el sistema de salud más ineficiente del conjunto de los países desarrollados. La salud del británico cuesta 4 mil dólares al año, con un nivel bastante superior. El salario indirecto funciona. La salud privatizada es un pésimo negocio. El bien-estar de las familias depende también de inversiones en infraestructura, lo que incluye calles asfaltadas, ríos limpios para el ocio, organización de sistemas de transporte, acceso seguro al agua y a la energía eléctrica o, también, banda ancha gratuita asegurada como servicio público, como ya existe en tantas ciudades del mundo. Lo importante aquí es señalar que estas tres dinámicas -renta directa para gastos cotidianos; acceso a bienes de consumo colectivo e infraestructura que nos permita un día a día equilibrado; y condiciones ambientales razonables- que nos permiten una vida digna, dependen solamente en parte del sector privado.

El acceso a la renta, al *pocket-money*, depende predominantemente, sin duda, del acceso al empleo y al salario, pero depende también de las transferencias para quien ya se jubiló, para quien no puede trabajar o para quien no puede encontrar empleo; o sea, depende de transferencias monetarias del sistema público. Donde éste funciona bien (ya sea en Corea del Sur, en la China, Alemania, Finlandia o Canadá), el acceso a los servicios sociales básicos constituye esencialmente un sistema público, gratuito y universal. Decimos gratuito pero es un sistema de pago, naturalmente, en forma indirecta a través de nuestros impuestos. Es también salario indirecto. La constatación de tantos análisis de productividad de las políticas sociales es que éstas son mucho más eficientes cuando están establecidas de forma universal y gratuita. Donde las políticas sociales son substituidas por empresas con fines lucrativos, tendremos educación para ricos y educación para pobres, salud para ricos y salud para pobres, con todas las tensiones y pérdidas de productividad sistémica que eso provoca. Eso sin

hablar de sistemas privados de seguridad que degeneran rápidamente en máfias, como vemos Estados Unidos o también en Brasil con las milicias.

Lo que interesa es que pasó el tiempo en que la masa de la población dependía solamente del dinero de su bolsillo, del salario o de alguna otra fuente de renta. La política pública, en cualquier sociedad que funcione, representa a grandes trazos un 40% de la economía. No porque a las poblaciones les guste el “*nanny state*”, Estado-canguro, que dicen con desprecio los estadounidenses, sino porque es más eficiente en términos de cálculo de coste-beneficio elemental y porque asegura más igualdad social. O sea, en la principal área de actividades, las políticas sociales, que adquirieron un peso económico mayor que el de la industria y la agricultura sumadas, no funcionan los mecanismos de mercado, y sí las políticas públicas. Y la paz de espíritu que puede asegurar el hecho de saber que en última instancia no nos vamos quedar sin tratamiento médico para a un hijo enfermo, es vital para una sociedad que funcione.

Donde las empresas se apropian de las áreas sociales, aparece la industria de la enfermedad, la industria del diploma y la pasteurización de la cultura, en vez de políticas inteligentes en términos de resultados económicos, sociales y ambientales. En el sector de la seguridad social, el combate a la pobreza deviene combate contra los pobres. Sin embargo, el área de actividades económicas que se agiganta -el de las políticas sociales- puede ser un poderoso eje estructurador de formas descentralizadas y participativas de organización económica y social: aquí se sitúan prioritariamente las organizaciones de la sociedad civil. El ciudadano sueco medio participa en cuatro organizaciones comunitarias. El control social es vital para que el sistema funcione. La conectividad, la facilidad de articulación y las posibilidades de organización de sistemas participativos, permitidas por la urbanización, abren espacio para una gobernanza mucho más descentralizada y participativa. Mientras que la comprensión de la inoperancia y la ineficiencia de los sistemas privados en esa área abre oportunidades para el cambio político y social.

El acceso a los recursos financieros

El endeudamiento de las familias, de las empresas y de los gobiernos alcanzó los 164 billones de dólares en el 2018, más del doble del PIB mundial. Los intereses sobre esa masa de recursos menguan la capacidad de expandir la demanda de las familias, de producción de las empresas y de financiación de infraestructuras y políticas sociales por parte de los gobiernos. En el caso de Brasil, como hemos visto, la extracción de recursos por parte de los rentistas alcanzó niveles que paralizan la economía. Pero, como hemos observado en la crisis del 2008, el proceso afecta a la economía mundial. La explotación por medio del endeudamiento se ha convertido en el principal medio de apropiación del excedente social por parte de quien no lo produce; y, en la medida en que el propio Estado en vez de regular se hizo socio de la extracción de ese excedente, la trampa pasa a implicar a la totalidad del sistema.

Zygmunt Bauman hace una valoración de ese “capitalismo parasitario” en un texto bien humorado: el sistema actual ha tenido *éxito en transformar a una enorme mayoría de hombres, mujeres, viejos y jóvenes en una raza de deudores. [...] Hablando claro, el capitalismo es un sistema parasitario. Como todos los parásitos, puede prosperar durante un cierto período, mientras encuentre un organismo todavía no explotado que le suministre alimento. Pero no puede hacer eso sin perjudicar*

al hospedador, destruyendo así, tarde o temprano, las condiciones de su prosperidad e incluso de su propia supervivencia. (57)

Al capturar a todos los endeudados en un flujo interminable de intereses cuyo volumen sobrepasa radicalmente la aportación productiva de los créditos, se genera una pérdida permanente. Los intermediarios financieros, inclusive, detestan a los buenos pagadores. Los mejores clientes son los que, de refinanciación en refinanciación, se convierten en fuente permanente de alimentación del sistema. “El cliente que paga pronto el dinero que pidió prestado es la pesadilla de los acreedores” (58).

En Brasil, en particular, cada vez más personas se dan cuenta del absurdo de depositar dinero en los bancos, que remuneran a niveles que mal cubren la inflación, mientras que cuando necesitan recursos -que no son del banco- tienen que pagar intereses astronómicos. La usura y el agiotaje constituyen prácticas con raíces en la prehistoria; con el dinero electrónico, éstas se han convertido en un sistema planetario. Hasta los más humildes hacen su contribución a los bancos con cada compra con tarjeta de crédito, con cada remesa para la familia. Sin embargo, esa misma capilaridad del sistema virtual permite darle la vuelta al proceso. En otras palabras, tenemos que encontrar en la misma transformación tecnológica la base de nuestra liberación de la sangría permanente a la que estamos sometidos, un peaje no solamente inútil sino también contraproducente.

¿Necesitamos a esos intermediarios? Tenemos las alternativas: los bancos cooperativos (Polonia), los bancos comunitarios de desarrollo (114 ya en Brasil), las cajas económicas locales (Sparkassen, en Alemania), las monedas sociales (la palma, el sampaio y otras tantas en Brasil), los bancos públicos locales (Bank of North Dakota, y los bancos públicos locales en el Estado de California, recién autorizados en 2020, en los Estados Unidos), las ONGs de crédito (Placements Éthiques, en Francia), el contacto directo y sin intermediarios entre productores y clientes (agricultura familiar en Kenia), plataformas de desintermediación de crédito (Prosper, en los Estados Unidos) e, inclusive, la desintermediación más radical con monedas virtuales e intercambios comerciales por medio de las tecnologías *blockchain*. Todo eso es todavía muy poco, pero ¿quién dice que el dinero como señal virtual no puede transitar directamente entre los que lo usan de manera productiva, sin que para eso sea necesario pagar tanta intermediación que trava en vez de ayudar?

Los bancos actuales podrán encontrar su papel volviendo a lo que justificó su creación: juntar ahorros para préstamos, con modalidades de interés reguladas que permitan desarrollar actividades productivas, generando empleo y renta. Eso, naturalmente, cuesta trabajo. Identificar las buenas inversiones, evaluar los proyectos, seguir su ejecución, o sea, fomentar la economía real suministrando apoyo técnico, con remuneración justa. Un trabajo necesario, centrado en la productividad sistémica de la economía. El cálculo de viabilidad financiera de un proyecto de inversión permite perfectamente identificar qué tipo de interés garantiza que la iniciativa empresarial sea viable. En vez de publicidad, de fraude y de agiotaje, los bancos pueden hacer sus deberes de casa y contribuir a la economía como cualquier otro sector de actividad.

Es particularmente importante entender que los recursos financieros son solamente señales magnéticas y que los flujos financieros deben formar parte de una política económica cuyo objetivo principal sea orientarlos hacia actividades donde sean más productivos. Y sabemos como hacerlo. Hoy tenemos suficientes experiencias con bancos cooperativos, bancos comunitarios de desarrollo, sistemas de microcrédito, cajas económicas municipales, monedas sociales y sistemas de intercambio

no monetario, como para rescatar la utilidad del dinero y del crédito y reorientar el uso de nuestros recursos.

Al dirigir los recursos hacia la base de la sociedad, para las familias que transforman su renta en consumo, aumentamos la demanda de bienes y servicios. Esa demanda permite una expansión de las actividades productivas por parte del mundo empresarial. Tanto el consumo (por medio del impuesto sobre el mismo) como la actividad empresarial (por medio de los impuestos sobre la producción) generan recetas para el Estado, lo que permite que éste recupere lo que puso inicialmente en la base de la economía, cubriendo el déficit inicial y expandiendo su capacidad de ampliar la dinámica con inversiones en infraestructura y políticas sociales. A su vez, las inversiones en infraestructura dinamizan actividades empresariales y empleos. Y las políticas sociales, en salud, educación, cultura, seguridad social y semejantes, constituyen inversiones en las personas, aseguran el consumo colectivo que mejora el bien-estar de las familias y hace más productivo al conjunto de la economía. Las actividades de profesores, médicos y agentes de seguridad social también son empleos y productos necesarios, no son “gasto”.⁶

Ese ciclo económico-financiero, en que se mejora el acceso de las familias a los bienes de consumo y al consumo colectivo, en que se amplía el mercado para las empresas, en que se reduce el desempleo por la expansión general de actividades y en que el Estado recupera su equilibrio financiero por medio de los impuestos correspondientes se llama, sencillamente, “círculo virtuoso”. Funcionó para enfrentar la crisis del 1929 en los Estados Unidos (*New Deal*), con un impuesto alto sobre las fortunas financieras (de hasta el 90%) y con la expansión de las políticas sociales y de los procesos redistributivos. Funcionó en la reconstrucción de Europa en la postguerra (Estado del bien-estar social, *welfare state*), con un aumento sistemático de la capacidad de compra de los sectores populares, aumento sistemático de los salarios, proporcional al aumento de la productividad y, naturalmente, políticas sociales de salud, educación, seguridad social y otras, como derecho universal, público y gratuito. Funcionó en la reconstrucción de Corea del Sur, que mantuvo un grado de desigualdad muy bajo. Funciona hoy en China, que viene priorizando la expansión del consumo popular y de las inversiones del Estado en infraestructura y políticas sociales. Y funcionó, obviamente, entre el 2003 y el 2013, en Brasil, hasta que la reacción de los medios financieros paralizó el sistema. Sabemos perfectamente lo que funciona en términos económicos, es una obviedad clamorosa.

Lo que no sabemos es de qué modo conciliar el modelo que funciona con la voluntad de los grupos financieros, hoy dominantes, de extraer de la economía más de lo que a ella contribuyen e, inclusive, más de lo que ella puede soportar. Tenemos un sistema financiero del siglo XXI, con moneda virtual y movimientos planetarios controlados por gigantes financieros y de información, pero nuestras leyes y formas de organización económica son del siglo pasado, de la era industrial. ¿Todavía creemos que más dinero en manos de los más ricos se transformará en más inversiones productivas, empleos y productos? El único resultado será mayores fortunas financieras y el drama que ya enfrentamos, que el 1% detente más patrimonio que el 99% restante. La narrativa que nos quieren hacer tragar, que los ricos saben promover mejor la economía, ya no funciona. Pero sí saben extraer más.

⁶ Com el impacte de la pandèmia del Covid-19, fins al Financial Times considera en el seu editorial del 4 d'abril del 2020 que “els governs hauran d'acceptar un rol més actiu en l'economia. Deben veure els serveis públics com a inversions, i no com a despeses”. Són inversions, no ‘gastos’.

Hemos presentado aquí algunos ejes de oportunidades que surgen con la era del conocimiento y la economía intangible. Los mismos avances tecnológicos que nos ponen al servicio y bajo el dominio de los gigantes -Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft (Gafam) o Baidu, Alibaba, Tencent, Xiaomi (BATX)- abren espacio también para articulaciones horizontales en red (59). La moneda virtual y la conectividad generalizada entre las personas y las empresas productoras permite desintermediar las finanzas y hacerlas productivas y baratas. La sociedad en red, que tan bien describe Manuel Castells, hace viables procesos decisorios horizontales que reducen el papel de la verticalidad autoritaria. La conectividad, aliada a los sistemas de busca inteligente, permite ampliar radicalmente las formas colaborativas de producción, terreno en el que estamos apenas dando los primeros pasos. Y el ascenso planetario de las políticas sociales como principal área de actividad humana apunta hacia dinámicas diferenciales en términos de expansión del sector público, de las organizaciones de la sociedad civil y de formas descentralizadas y participativas de gestión.

Son nuevas configuraciones y oportunidades, pero a lo que nos hemos enfrentado hasta el momento es a la invasión de la privacidad y el control social por parte de los gigantes de los medios de comunicación comerciales, a la explotación desenfrenada por vía del endeudamiento y a las pirámides corporativas de poder que, además de no estar reguladas por los gobiernos, controlan el propio proceso político. La conectividad permite que los gigantes corporativos tengan los dedos más largos. La apropiación privada de las políticas sociales lleva a formas nocivas de expansión del rentismo en áreas vitales como salud, educación y seguridad social. Tenemos, así, un universo cubierto por los avances tecnológicos y la construcción de nuevos equilibrios, pero con una definición insegura, que tanto nos puede llevar hacia el *Big Brother* de George Orwell como generar sociedades más abiertas, democráticas y participativas. De momento, el mundo de las corporaciones está ganando el juego de forma clara. Nuestro problema no es la falta de recursos, sino de capacidad para utilizarlos de manera inteligente. Tenemos tecnologías más poderosas, pero con motivaciones cada vez más dudosas y finalidades simplemente desastrosas.

Vivimos un conflicto creciente entre los intereses difusos de la sociedad y los intereses concretos de las corporaciones. Una consulta pública sobre la necesidad de preservar la selva amazónica obtendría, seguramente, una respuesta favorable casi unánime de la sociedad brasileña, pero ese interés disperso y fragmentado, aunque represente a millones de personas, es impotente ante una corporación que ve la oportunidad de ganar millones de dólares, por ejemplo, explotando la caoba. La corporación sabrá financiar a políticos, jueces u órganos de control hasta obtener sus apoyos. El poder particular tiene mucha más fuerza de penetración que el interés general. Todos queremos preservar los océanos, pero, entre el interés difuso de las poblaciones y el beneficio inmediato que la sobrepesca o el vertido de residuos químicos directamente a las aguas pueden generar para algunos grupos económicos, la lucha es simplemente desigual. Con el debilitamiento de los procesos democráticos a nivel nacional y su casi inexistencia a nivel mundial, estamos asistiendo a la destrucción del medio ambiente y a la sobreexplotación de las poblaciones hasta un nivel cada vez más dramático. Con la erosión de la democracia, la capacidad de representación del interés general se ve apropiada por los mismos grupos corporativos. En nombre de la reducción del Estado, crean una máquina cada vez más invasora y controladora.

Otro mecanismo poderoso es el constituido por el gigantismo corporativo aliado a la formación de *clústers* de intereses. El “arco de fuego” que destruye la selva amazónica ofrece una clara ilustración. El mundo de la madera noble -maderas preciosas que no fue necesario plantar- está formado por corporaciones fuertes, y la explotación se refuerza. Después de acabar con lo mejor de la selva, otro

grupo de intereses, en particular el de la soja, financia el fuego y la deforestación, que le permite algunas cosechas excelentes, importantes para el mundo igualmente poderoso de los granos. Debilitado el suelo, por la pérdida de cobertura forestal y por la sobre-explotación del monocultivo de granos, se abre espacio para la ganadería extensiva; es el turno del poderoso grupo de intereses de la carne. La convergencia de los intereses de las madereras, del agronegocio de los granos y de la cadena productiva de la carne posibilita un domino impresionante del espacio político nacional, con una representación en el Congreso que permite debilitar la legislación de protección de las selvas y de los bosques ciliares, así como aprobar la Ley del Veneno, que elimina el control de agrotóxicos.

Tanto el concepto de intereses difusos como el concepto de *clústers* de poder ayudan a ver las formas más amplias de concentración de poder que escapan del control de los sistemas democráticos de representación, cuando no se apropian de ellos directamente. Volvemos al título del estudio de Octavio Ianni, *A política mudou de lugar*. Y la cuestión a la que nos enfrentamos cada vez más es bastante obvia: ¿podremos, *Homo sapiens* que somos, con nuestra capacidad de analizar racionalmente las dinámicas y de tomar precauciones, revertir las tendencias?

V. LOS LÍMITES DE LA RACIONALIDAD: FINALMENTE, ¿QUÉ SOMOS?

Aunque se abran inmensas oportunidades con la sociedad del conocimiento, la economía inmaterial y la conectividad planetaria, en realidad, todo dependerá de nuestra capacidad para aprovecharlas. Independientemente de los análisis sobre clases sociales, organizaciones de trabajadores o partidos políticos, o también sobre la posibilidad de crear unos medios de comunicación democráticos, se plantea hoy con fuerza la necesidad de comprender con más realismo lo que somos como personas, como seres humanos. ¿Estoy, quizás, yendo ahora más allá de la economía, extrapolando, por decir de algún modo, mi formación? Sin duda, y es lo que los economistas siempre han hecho al apoyar, por ejemplo, todo el edificio de la teoría económica heredado de los últimos siglos, fundado en una inmensa simplificación psicológica. Para que las ecuaciones tuviesen sentido, era necesario imaginar que el ser humano maximizaba racionalmente sus ventajas, haciéndolo científicamente previsible y posibilitando, así, la presentación de la economía como una ciencia. Eso, obviamente, es una bobada monumental. Desarrollamos construcciones científicas sofisticadas apoyadas en una premisa falsa. Una serie de estudios recientes demuestra claramente que se trata, en la expresión de Michael Hudson, de *junk economics*, o simplemente de irracionalidad científica, como presenta Robert Skidelsky en *What's Wrong with Economics*.

Nos gusta, naturalmente, considerarnos racionales, somos superiores a los animales con sus instintos y capaces de construir racionalmente nuestro futuro. Aquí, hay claramente un inmenso *wishful thinking*, una ilusión sobre lo que somos. ¡Es tan gratificante sentirnos superiores! Incluso, buscamos siempre justificaciones racionales para nuestras creencias o acciones, por absurdas que sean. El concepto de racionalización resume bien esa construcción precaria en torno de opciones que de racionales tienen muy poco.

Los nazis estaban perfeccionando la raza superior, los verdugos del Ku Klux Klan estaban limpiando el país y protegiendo a las doncellas blancas, las dictaduras latinoamericanas estaban protegiéndonos del comunismo, la invasión de Irak nos protegería de las armas de destrucción masiva, el golpe del 2016 en Brasil era para restablecer el equilibrio económico y para combatir la corrupción, Lula fue preso porque robó, y así otras muchas. Hoy las racionalizaciones se construyen a escala industrial, lo hacen empresas especializadas en marketing político, con el apoyo de *think tanks*, de sectores de la academia y, evidentemente, de la inmensa máquina de comunicación articulada con las plataformas de información individualmente dirigidas. La realidad ha sido substituida por las narrativas. Cualquier semejanza con la racionalidad es mera coincidencia o una construcción *a posteriori*.

Esa dimensión de nuestros comportamientos es esencial para entender nuestra inmensa dificultad para construir una sociedad que funcione. En otras palabras, una cosa es analizar las dinámicas de poder y las dificultades estructurales para mejorar la sociedad, por ejemplo el hecho de que la economía se globalizó mientras que los gobiernos siguen siendo nacionales, o también el hecho de que las tecnologías avanzan mucho más rápidamente que nuestra capacidad para generar instrumentos de gobernanza. Otra cosa es pensar hasta qué punto nuestra propia irracionalidad, como seres humanos, hace difícil la construcción de una sociedad que funcione. ¿Ya pararon un momento para pensar en el inmenso absurdo que son las guerras y las masacres por motivos ridículos, siglo tras siglo? Claramente, cualificarnos como *Homo sapiens* constituye una gran exageración. ¿Cómo funciona el *Homo* realmente existente?

El primate que llevamos dentro

No es posible no considerar una barbarie, en esta era de gran riqueza planetaria, dejar morir a cerca de 6 millones de niños, todos los años, por falta de comida o a agua limpia: sabemos donde están esos niños, tenemos los recursos y sabemos que cuesta mucho menos remediar la situación que cargar con las consecuencias; sin embargo, poco o nada hacemos. La conmoción mundial por el rescate de 12 niños de una caverna en Tailandia muestra que podemos sentirnos solidarios, pero es imposible no pensar que, diariamente, mueren 15.000 niños por falta de alimento, un problema cuya solución no costaría casi nada y que permitiría que se hicieran personas productivas. ¿Es el espectáculo lo que conmueve? ¿Cómo podemos mantener a 850 millones de desnutridos, cifra que volvió a crecer, cuando no solamente producimos alimentos en exceso sino que los desperdiciamos de manera absurda? ¿Cómo podemos asistir impotentes al ahogamiento de familias en el Mediterráneo, a la destrucción ambiental, a los fraudes generalizados que practican las corporaciones o gobiernos equipados con las más avanzadas tecnologías, manejadas por personas con formación superior y amplia cultural general? Podemos dotarnos de fantásticos avances tecnológicos para alcanzar nuestros fines, pero esos mismos fines están profundamente enraizados en las aguas turbias de nuestros instintos, prejuicios y odios, aunque frecuentemente afloren impulsos de emocionante generosidad.

Es muy impresionante la sofisticación técnica del *software* elaborado por la Wolkswagen para hacer fraude en la verificación de emisiones de partículas de sus vehículos, un programa desarrollado por técnicos que sabían perfectamente que 7 millones de personas mueren anualmente por causas relacionadas con esa contaminación, en particular, niños y ancianos. El fraude se montó en paralelo a grandes campañas de publicidad que incitaban a las personas a escoger esos coches por ser ambientalmente más limpios. ¿Qué tipo de gente es la que trapichea con informaciones sobre medicinas o agrotóxicos pero duerme en paz con su familia? La media comercial, sin duda, nos hace más payasos, pero lo que impresiona de verdad es nuestra facilidad para creer en argumentos completamente idiotas, cuando, por otro lado, somos capaces de tantas proezas creativas. Cuando Jessé Souza habla de la imbecilidad de nuestras elites, no se refiere a su falta de inteligencia, sino a la imbecilidad del uso que hacen de ella. Y, francamente, la facilidad con la que absorbemos como verdad los cuentos de hadas más absurdos que nos cuelan es impresionante.

Parece que hemos olvidado nuestros orígenes. Somos esencialmente primates. Primates inteligentes, sin duda, pero una cosa es constatar la inteligencia, y otra es evaluar como la utilizamos. Y ahí vamos ya hacia la profundidad de las emociones, de los instintos, de nuestras raíces primitivas. No necesariamente para el mal, obviamente. La verdad es que tenemos instintos poderosos que nos llevan a colaborar, a mantener relaciones amorosas, a defender la justicia. Pero también para el mal, y ahí están las guerras, la mezquindad, la violencia absurda, la destrucción del medio ambiente y los fraudes generalizados. ¿Cómo el *Homo sapiens* puede caer tan bajo?

La cuestión es que no estamos divididos entre personas buenas y malas, sino que todos contamos con amplias potencialidades para el bien y para el mal. Curiosamente, con el análisis de los primates obtenemos un espejo perturbador de nuestro propio comportamiento. Nacido en el 1948, en Holanda, Frans de Waal se convirtió en uno de los investigadores más respetados en el análisis del comportamiento de los primates y de su fuerte tendencia ética. Después de muchos libros sobre primates, escribió uno sobre “el primate que llevamos dentro” (*Our Inner Ape*), trazando un paralelo muy interesante, a veces divertido y otras deprimente, entre nosotros y los otros primates. La verdad es que un grupo se separó de los simios hace millones de años, haciendo un camino evolutivo

independiente que permitió la aparición del gorila, del orangután, del chimpancé, del bonobo y, naturalmente, de quien aquí escribe y de usted que me lee. Y ese grupo comparte algunos comportamientos comunes.

Un ejemplo interesante es la existencia del chivo expiatorio en las comunidades de chimpancés. Puede haber una pelea entre los más poderosos de la jerarquía del grupo, pero quien pierde o es humillado allí arriba corre rápidamente a buscar a algún pobre más débil o más joven para descargarse. Aunque no tenga nada que ver con la historia, alguien tiene que pagar el por el agravio. El paralelo presentado por De Waal es muy bueno. Se recomienda la lectura a la Fiesp (Federación de las Industrias de Sao Paulo).

Para el hombre moderno, buscar un chivo expiatorio hace referencia a la demonización, envilecimiento, acusación y persecución injusta. El ejemplo más horrible de la humanidad fue el Holocausto, pero descargar el odio sobre las espaldas de otros cubre un abanico mucho más amplio de comportamientos, incluyendo la caza de brujas en la Edad Media, el vandalismo de hinchadas derrotadas y el abuso por parte de esposos después de tener conflictos en el trabajo. Y la base de ese comportamiento -la inocencia de la víctima y una liberación violenta de tensiones- es impresionantemente semejante entre humanos y otros animales [...]. Acostumbramos a vestir ese proceso con el simbolismo y encontramos víctimas en base al color de la piel, a la religión o el acento extranjero. Y nos cuidamos mucho de no admitir nunca la vergüenza [shame] que en realidad constituye la penalización de los chivos expiatorios. En ese particular somos más sofisticados que otros animales. (60)

¿Suena familiar? *Homo sapiens*... No importaba, escribe De Waal, que no hubiese prueba alguna de conexión con los atentados de Nueva York: el bombardeo de Bagdad representó un gran relajamiento de tensiones para el pueblo estadounidense, recibido por unos medios de comunicación entusiastas y banderas en las calles.

Inmediatamente después de esa catarsis, sin embargo, las dudas empezaron a surgir. Dieciocho meses después, algunos sondeos mostraron que la mayoría de los estadounidenses consideraba la guerra un error [...]. Es deprimente constatar que compartimos esa tendencia -que produce tantas víctimas inocentes- con las ratas, los monos y los primates. Es una táctica profundamente arraigada la de mantener el control sobre el estrés a costa de la decencia [fairness] y de la justicia. (61)

Pero los primates también deben su éxito y su supervivencia a un conjunto de prácticas colaborativas, así como a las impresionantes demostraciones de solidaridad y compasión, y el autor presenta varios ejemplos, incluso es posible encontrar vídeos muy divulgados de primates salvando a niños, compartiendo comida, de organización solidaria entre madres para la protección de los hijos, etc. La organización social, la formación de grupos solidarios o rivales, el sentimiento de indignación ante las injusticias -animales que rechazan la comida si otros miembros del grupo no la reciben igualmente, por ejemplo- muestran que los polos del bien y del mal están profundamente enraizados en nuestros genes. De Waal inclusive critica duramente la deformación del darwinismo, que permite justificar tantos comportamientos “humanos” (!) con la disculpa de que se trata de la naturaleza, de la supervivencia del más apto.

El propio Darwin nunca fue un “darwinista social”. Al contrario, creía que había espacio para el bien [kindness] tanto en la naturaleza humana como en el mundo natural. Necesitamos urgentemente de esa compasión, porque la cuestión a la que se enfrenta la creciente población mundial no es tanto

si conseguiremos o no gestionar la aglomeración [crowding], sino si seremos decentes y justos en la distribución de los recursos. ¿Tomaremos el rumbo del todo-vale competitivo o un camino humano? Nuestros primos próximos pueden darnos algunas lecciones importantes. Nos muestran que la compasión no es una debilidad reciente que vaya contra la naturaleza, sino un poder formidable que forma parte tanto de quien y de lo que somos como de las tendencias competitivas que queremos superar. (62)

Una distinción importante que hace De Waal es entre los principios morales y las normas culturales.

Por ejemplo, uno de mis primeros choques culturales cuando me mudé a los Estados Unidos fue oír que una mujer había sido detenida por amamantar en un shopping. Me impresionó que eso pudiera ser considerado ofensivo. El periódico local describió su detención en términos morales, como si tuviese que ver con la decencia en público. Pero, ya que el comportamiento materno natural no puede hacer daño a nadie, se trató apenas de la violación de una norma. Hacia los dos años de edad, las criaturas saben distinguir entre un principio moral (“no robar”) y las normas culturales (“no ir en pijama a la escuela”). Entienden ya que transgredir algunas reglas hace daño a los otros, pero transgredir otras reglas solamente viola expectativas. Ese segundo tipo de reglas se diferencia culturalmente. En Europa, nadie pestañea ante los senos desnudos, que se pueden ver en cualquier playa, pero si yo dijese que tengo un arma de fuego en casa, las personas se sentirían chocadas y se preguntarían qué pasa conmigo. Una cultura teme más a las armas de fuego que a los senos, mientras que la otra teme más a los senos que a las armas de fuego. Las convenciones están frecuentemente cercadas de un solemne lenguaje de moralidad, pero en realidad tienen poco a ver con ésta. (63)

La división entre el “nosotros” y “los otros” pesa inmensamente en el comportamiento moral. Podemos encontrar mucha solidaridad y hasta sacrificios entre los miembros de una comunidad de primates, y comportamientos “animales” (!) de la misma intensidad en la relación con otras comunidades. Es conocida la reflexión de que el ser humano solamente encontraría solidaridad entre todos si el planeta fuese invadido por extraterrestres. De Waal muestra hasta qué punto la moralidad y la solidaridad tienen raíces profundas en el terror y en el odio al “otro”. Una reflexión que nos ayuda a entender nuestra complejidad y la coexistencia de sentimientos contradictorios. El bien y el mal, lo racional y lo irracional, se nos presentan profundamente articulados.

En el desarrollo de los derechos humano -que deberían aplicarse también a nuestros enemigos, como pretende la Convención de Ginebra- o al debatir sobre la ética en relación a los animales, aplicamos un sistema que evolucionó a partir de razones de “dentro del grupo” hacia otros grupos, incluso otras especies. Nuestras mejores esperanzas de éxito están basadas en las emociones morales, pues las emociones son desobedientes. En principio, la empatía puede revertir cualquier regla sobre como tratar a los otros. Cuando Oskar Schindler salvaba a judíos de los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, estaba sometido a órdenes claras de su sociedad sobre como tratar a esa gente, y sin embargo sus sentimientos interfirieron [...]. Al resolver dilemas morales, nosotros nos apoyamos más en lo que sentimos que en lo que pensamos. (64)

No se trata, por tanto, tan solo de ser más racionales, sino de usar la razón para una sociedad más humana. En conjunto, leyendo a De Waal, ese vaivén entre el comportamiento humano y el de otros primates, en particular de los bonobos, que prefieren hacer el amor a la guerra, es inmensamente instructivo. Tenemos siempre esa fuerte tendencia a encubrir lo que hay de más podrido en nuestro comportamiento por medio de discursos moralizantes; inclusive, como hemos visto, apelando erradamente a Darwin. Pero el hecho es que las raíces de los comportamientos están profundamente

ligadas a nuestras emociones, y aquí el paralelo con el comportamiento de los primates es muy rico. Poder dar libertad a lo peor de nosotros en nombre de elevadas motivaciones éticas produce una satisfacción profunda. Sabemos hacer el bien, sabemos sentir cuán gratificante es, ¡pero es tanto más fácil navegar en el odio!

Motivaciones y justificaciones

Para entender nuestra realidad, necesitamos dimensionar racionalmente el peso de la racionalidad y comprender como es posible encubrir, con justificaciones racionales, comportamientos frecuentemente absurdos. La barbarie siempre encuentra “buenas razones”. En palabras de Jonathan Haidt, “mentimos, regateamos y justificamos tan bien que acabamos creyendo honestamente que somos honestos” (65). No puedo dejar de recordar, durante la fase que desembocaría en el golpe del 2016, a las personas envueltas en la bandera brasileña que se manifestaban frente a la Federación de Industrias del Estado de Sao Paulo (Fiesp), en la avenida Paulista. No es falta de inteligencia. Pero es mucha ignorancia, y una inmensa capacidad de autoengaño.

Es difícil traducir la expresión inglesa “*self-righteousness*”. Significa la profunda convicción de quien cree que domina a los otros desde la altura de su elevada postura ética. En general, eso lleva a comportamientos rigurosamente moralistas e intolerantes. Y frecuentemente vemos actos violentos justificados con fines altamente morales. No hay barbarie que no se proteja con argumentos de elevada nobleza. Éstos permiten soltar las riendas del odio, de aquella sensación agradable de odiar con buenas razones. La Marcha de la Familia con Dios por la Libertad representó un marco histórico de la hipocresía en la defensa de los privilegios. Hubo más marchas y manifestaciones, la hipocresía tiene piernas largas. Las invasiones de países se hacen, en general, para proteger a las poblaciones indefensas; las dictaduras, para salvar la democracia; los ataques a diferentes orientaciones sexuales se apoyan en el sentimiento de superioridad de quien cree que usa los cóncavos y convexos tal como se debe hacer, o como los dioses mandan.

Haidt, en su libro *The Righteous Mind* – título que traduciremos aquí como *La mente moralizante*, para distinguir de la persona meramente “moral” –, parte de un problema relativamente simple: ¿cómo es que la sociedad estadounidense se divide, de manera razonablemente equilibrada, en demócratas y republicanos, y cree cada una de las partes, píamente, que ocupa la esfera superior en la batalla ética y, al mismo tiempo, considera al adversario hipócrita, mentiroso y, en fin, desprovisto de cualquier sentimiento de moralidad? El inmoral es el otro. Y sin embargo, en cada lado hay personas inteligentes, sensibles, a veces brillantes -pero profundamente divididas. En nombre de la ética, impera el odio.

El tema, evidentemente, no es nuevo. Uno de los libros de mayor influencia, hasta hoy, en los Estados Unidos es *An American Dilemma* [Un dilema estadounidense], de Gunnar Myrdal, de los años 1940, que le valió el Premio Nobel. Es uno de los análisis más finos no solamente de los Estados Unidos sino del buen estadounidense medio, de como caben, en la misma cabeza, la actitud compenetrada en el servicio religioso de su ciudad, la profunda convicción de la importancia de la libertad y de los derechos humanos, y prácticas cobardes como la persecución de los negros. El libro es muy inteligente y correcto. Myrdal advierte de que desautoriza cualquier uso de su análisis como antiamericanismo barato. Su objetivo no es defender ni atacar, es entender. Pero concluye que “el problema negro” en los Estados Unidos “es un problema de los blancos”. El análisis, naturalmente, podría extenderse mucho más allá de la mente estadounidense.

El campo de trabajo de Haidt es la disciplina llamada psicología moral, *moral psychology*. Estudia justamente como se articulan, en términos psicológicos, las construcciones de nuestros valores, en particular los valores que podemos calificar como políticos. ¿Con qué base real creemos que lo que hacemos es moralmente acertado o correcto? ¿A través de qué mecanismos lo que era razón se transforma en una mera racionalización de emociones subyacentes?

Existen las leyes, naturalmente, pero éstas definen lo que es legal y, frecuentemente, fueron elaboradas por quien las manipula, haciendo legal lo que es moralmente indefendible. Los paraísos fiscales permiten a las corporaciones pagar pocos impuestos, lo que no es viable para una pequeña empresa. ¿No es ilegal establecer la sede en un paraíso fiscal, para evitar pagar impuestos en el país donde la empresa funciona, mientras que sus empleados pagan los impuestos normalmente, inclusive porque a ellos se les deduce directamente de la hoja de salario? ¿Basta ser legal para ser ético? Snowden, al revelar la amplitud de la invasión de la privacidad y el uso abusivo de las tecnologías de rastreamiento de la NSA, cometió un acto ilegal desde el punto de vista de la justicia estadounidense (aunque con controversias), pero lo hizo, con riesgo personal, por razones éticas. Los que luchaban contra la esclavitud eran detenidos y condenados. Nelson Mandela pagó con 27 años de su vida el combate contra un régimen legal, aunque fuera medieval. Los republicanos califican a Snowden de traidor, igual que la mafia considera traidor a quien no se solidariza con el grupo, aunque sea para no cometer crímenes. La ética puede ser muy elástica. Legalidad y legitimidad son conceptos diferentes.

¿Hay alguna referencia confiable, un valor absoluto? Émile Durkheim escribió que “es moral, se puede decir, todo lo que es fuente de solidaridad, todo lo que fuerza al hombre a contar con los otros, a regir sus movimientos en base a algo que no sean los impulsos de su egoísmo” (66). En su estudio, Haidt busca los mecanismos que contribuyen a suprimir o regular el autointerés y hacen a las sociedades cooperativas” (67). Paulo Freire, que era un hombre simple, pero no simplón, resumía la cuestión diciendo que quería “una sociedad menos malvada”. ¿Con qué mecanismos psicológicos los grupos sociales consiguen justificar en términos éticos lo que claramente produce daños a los otros y ventajas para ellos? Haidt llama a eso “raciocinio motivado” (*motivated reasoning*) (68).

Haidt entra en el corazón de las racionalizaciones. Su visión es que buscamos más el parecer buenos que serlo.

Mentimos, regateamos y esquivamos reglas éticas frecuentemente, cuando creemos que podemos salir impunes, y entonces usamos nuestro raciocinio moral para gestionar nuestra reputación y justificarnos ante los otros. Creemos en nuestro raciocinio a posteriori tan profundamente que terminamos moralistamente [self-righteously] convencidos de nuestra propia virtud. [...] Somos tan buenos en esto que hasta conseguimos engañarnos a nosotros mismos. (69)

Para Haidt, el raciocinio sirve esencialmente para justificar lo que ya habíamos decidido por otros mecanismos intuitivos. “Es el primer principio: las intuiciones llegan en primer lugar, el raciocinio “estratégico en segundo” (70). Lo que resulta es un raciocinio de confirmación, no de análisis y comprensión: “¿Qué oportunidad existe de que las personas piensen con la mente abierta, de forma exploratoria, cuando el autointerés, la identidad social y fuertes emociones les hacen querer o hasta llegar a necesitar llegar a una conclusión predefinida?” (71).

Una de las mayores contribuciones de Haidt es la que nos permite entender un poco mejor nuestro pozo de odios y de identificaciones políticas, al detallar basándose en investigaciones, la diversidad

de las motivaciones humanas. Trabaja con una “matriz moral” de seis ejes que se encuentra por detrás de nuestras actitudes de solidaridad o de indignación, de aprobación o de odio.

El primero es el “cuidar” (*care*), que nos lleva a evitar causar daños a otros y nos hace querer reducir sus sufrimientos. Está dentro de todos nosotros. Al ver a un perrito maltratado, nos indignamos, aunque no nos gusten los perros. Es un motor poderoso que exige, inclusive, que las personas que masacran o torturan a otras personas necesiten “deshumanizar” a la víctima, transformarla en objeto ficticio: es un terrorista, un comunista, un marginal, un gay, una puta, cualquier cosa que la rebaje del estatus de persona, permitiendo el tratamiento inhumano. El muchacho de clase media que prende fuego a un mendigo se siente, inclusive, más “persona”. Está “por encima”. El mendigo no es persona, es mendigo. “¡Ve a trabajar, vago!”

La libertad (*liberty*) constituye otro vector de valores, con el correspondiente repudio a la opresión. Naturalmente, para muchos, libertad significa libertad de oprimir, pero para eso también es necesario reducir la dimensión humana del oprimido. Los doctores de derecho canónico resolvieron el dilema de defender “la libertad de tener y cazar esclavos” diciendo que “el negro no tiene alma”. Todo valor necesita crear sus hipocresías para ser violentado. Fue en nombre de la libertad que, en Estados Unidos y también en Brasil, se rechazó la limitación de las armas de fuego personales, aunque se sepa que sus dueños son las primeras víctimas. Sin embargo, sí, reconocemos la aspiración a la libertad como un valor fundamental, que orienta nuestras opciones éticas.

Un tercer vector de valores está en lo que consideramos tratamiento justo o no desigual. En inglés, el concepto utilizado, *fairness*, queda más claro. Millones de brasileños se indignan, cada fin de semana, cuando el árbitro le muestra la tarjeta amarilla a un equipo por una falta pero no al otro por una falta semejante. Si la tarjeta fue merecida o no, es secundario, lo que genera indignación es el tratamiento desigual. Criterio ético perfectamente válido; y tienen razón los millones de personas que consideran escandaloso el tratamiento desigual que da la justicia, que ostenta en su símbolo la balanza, la imparcialidad. El sentimiento está muy enraizado.

Un cuarto vector es el de lealtad (*loyalty*), que nos empuja a seguir los valores de nuestro grupo, considerando traidor a quien no los sigue. Muy presente en las fuerza armadas, el *esprit de corps* hace que los militares juren con toda la tranquilidad que sus colegas no torturaron o no estupraron, porque ellos se sienten leales a sus compañeros. Esa lealtad supera, inclusive, la consideración ética sobre el crimen cometido, generando un agradable sentimiento de pertenencia heroico al grupo. Una película famosa de Al Pacino, *Perfume de mujer*, se centra en ese tema: un joven universitario que presencié un pequeño delito de sus amigos decide no denunciarlos aunque eso pueda perjudicar su futuro universitario. Su sufrimiento está presente en toda la película, justamente, porque es un joven profundamente ético.

Un quinto conjunto de valores se centra en la autoridad (*authority*), que nos hace considerar ético lo que los líderes deciden y considerar subversivos a los que se rebelan. Esa identificación *a priori* con la autoridad es profundamente resbaladiza, en particular porque nos permite hacer cualquier cosa con la justificación de que estábamos cumpliendo órdenes. Aquí, el maravilloso libro de Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*: un relato sobre la barbarie del mal, ayuda mucho, pues nos permite entender que no se trata apenas de criminalizar a quien se esconde detrás del argumento de autoridad, sino de profundizar en el conocimiento sobre el funcionamiento de la banalización del mal y sobre el tipo de odio que muchos tienen contra quien les priva de lo que consideran odio legítimo (72). Volveremos a eso más adelante. Pero, dile a gente de derechas que el juicio del Tribunal Supremo Federal de Brasil

fue prejuicioso, se ponen enfermas porque las privamos del gusto de su odio, aunque sea posible ver las distorsiones: porque verlas exige el uso de la razón, la capacidad de respuesta objetiva. Hay una experiencia muy famosa, realizada con estudiantes universitarios, en la que funcionarios vestidos con batas blancas, como si fuesen médicos, les pedían que aplicasen descargas eléctricas a personas desconocidas, con el argumento de que se trataba de una experiencia científica. La mayoría de los estudiantes no se hizo de rogar.

El último vector de justificaciones éticas observado por Haidt es el de la santidad (*sanctity*), ligada a valores sagrados como tradiciones o razones religiosas, que nos hacen condenar al fuego del infierno a quien cree en otras visiones del mundo (73). En este punto, hay tema para rato. Un ejemplo clásico es el del *Malleus Maleficarum*, famoso manual de instrucciones de la Inquisición, que enseñaba, por ejemplo, que las mujeres sospechosas de brujería o de estar poseídas tenían que ser torturadas desnudas, pues eso las debilitaba, y de espaldas, porque las expresiones de dolor y de desespero causadas por la tortura, obra naturalmente del mismo demonio, podían ser fuertes hasta el punto de enternecer al inquisidor. Todo en nombre de Jesús, de la caridad y del amor al prójimo. La mutilación genital femenina, término que incluye los diversos tipos de lesión o mutilación (sin anestesia), parcial o total, de los órganos sexuales externos, como el clítoris y los labios grandes y pequeños, afecta a millones de mujeres niñas y jóvenes. Lo que se ha hecho y todavía se hace en nombre de Dios o de las tradiciones es impresionante. Estamos en el siglo XXI.

Al comparar, en un gran número de entrevistas, opiniones de personas de todos los espectros políticos, desde la izquierda hasta los más conservadores, Haidt constata que hay una graduación muy clara relativa a los elementos de la matriz a los que se da más importancia. La izquierda da mucha más importancia a los tres primeros ejes: no causar daño, no herir, reducir el sufrimiento y asegurar el cuidado; luchar contra la opresión y por la libertad; garantizar que las reglas del juego sean limpias, con igualdad de tratamiento, la llamada justicia social. Por contra, la derecha da más valor a los últimos ejes, concentrando su visión en la lealtad de grupo (véase el Ku Klux Klan, por ejemplo); en la autoridad y en la correspondiente obediencia; y en el respeto a los valores considerados sagrados, en buena parte en el sentido religioso, en el que lo sagrado mezcla lo político y lo religioso, como en el *Gott mit Uns* [Dios con nosotros], adoptado por los nazis, que acompañaba al símbolo de la esvástica. El hecho de que millones de personas se hiciesen fanáticos nazis en Alemania, un país cuyo nivel de educación o cultural no podía considerarse bajo, es significativo. No se trata del nivel de educación, sino de las instituciones, de la cultura política.

La conclusión interesante de Haidt, un liberal confeso en el sentido estadounidense, que corresponde a lo que sería un progresista en Brasil o Europa, es que la derecha usa argumentos y sentimientos que calan profundamente en las personas, ya que están más fuertemente ancorados en las emociones, en los sentimientos de grupo, en la cohesión, la bandera, la religiosidad, la autoridad y la obediencia. Es lo que en inglés se llama *gut feeling*, las tripas. Yo digo que son reflexiones que van al hígado. Son mensajes que afectan más fuertemente lo emocional que lo racional; en particular, son narrativas que nos permiten dar una apariencia de legitimidad ética al odio. La derecha estadounidense, por ejemplo, siempre evocó un demonio -externo, naturalmente- para justificar todo y cualquier cosa: Muammar El Gadafi, Saddam Hussein, Osama Bin Laden, Fidel Castro; y, hoy, el terrorismo en general, y hasta los pobres mexicanos. En Brasil, tenemos el óptimo ejemplo de la revista *Veja*, que vive de agitar el odio contra los demonios que explicarían todos los males. No resuelve nada, pero funciona. La persecución a la entonces presidenta Dilma Rousseff, la absurda prisión de Lula, el odio contra el

Partido de los Trabajadores (PT) y todo lo que significa, son comportamientos que no necesitan reflexión. Son odios a la búsqueda de una justificación para manifestarse.

Explicar el drama de los que pasan hambre (eje *care*) y las estadísticas de mortalidad infantil apela mucho más al raciocinio y no tiene el mismo efecto movilizador que los argumentos que afectan al fondo emocional, como el de que los emigrantes te van a robar el empleo, por ejemplo. Apelar a lo emocional da a la derecha las ventajas de un discurso simplificado que afecta más al hígado que a la razón, como la bandera de los *marajás* de Fernando Collor, o la *escoba* de Jânio Quadros. El odio a la corrupción es un arma tradicional de movilización de masas, con la obvia ventaja de que parece naturalmente legítimo. El problema es que combatir la corrupción racionalmente, mediante la transparencia que las tecnologías hoy permiten, es muy diferente a usar el combate contra la corrupción para fines políticos, utilizando el odio en vez de cambiar los procedimientos.

Haidt quiere un mundo más equilibrado. No desaparecerán las motivaciones más valoradas por la derecha. Lo esencial del libro es que nos permite comprender mejor las raíces emocionales de la razón, la facilidad con la cual se construyen pseudorazones y fanatismos. Nos ayuda, por ejemplo, a entender como se construye una campaña contra la presencia de médicos cubanos en regiones de Brasil donde los nuestros no quieren ir, un proyecto intachable desde el punto de vista humanista. Un sinnúmero de razones se esgrimen para mal encubrir un odio ideológico que es la verdadera razón. El odio, como fenómeno de masas, es contagioso. Explicar racionalmente un proyecto es mucho menos contagioso.

Haidt se preocupa, en particular, del poder que, sencillamente, no tiene cuentas morales que prestar: el universo de las grandes corporaciones.

Si el pasado sirve para iluminarnos, las corporaciones crecerán para hacerse cada vez más poderosas en su evolución, ellas cambian los sistemas legales y políticos en los países donde se instalan para crear un ambiente que les sea más favorable. La única fuerza que queda en la Tierra para enfrentarse a las mayores corporaciones son los gobiernos nacionales, algunos de los cuales todavía tienen el poder de cobrar impuestos, regular y dividir a las corporaciones en secciones menores cuando se hacen demasiado poderosas. (74)

Recordamos la frase de Milton Friedman, de la escuela de Chicago, según la cual las empresas, como las paredes, no tienen sentimientos morales. O la visión proclamada en Wall Street: “*greed is good*”, la ganancia es buena. Parece que una parte del universo escapa a cualquier ética. La película *El lobo de Wall Street* nos viene fácilmente a la memoria. El personaje real de la historia dio entrevistas para decir que la película no exageraba nada. Muestra el denominador común que asegura la absolución al por mayor: “todos lo hacen, no hicimos nada que todo Wall Street no haga”.

Aquí la dimensión es otra, puesto que se trata de la dilución de las responsabilidades en las personas jurídicas. Joseph Stiglitz, economista jefe del Banco Mundial, Nobel de Economía y no sospechoso de izquierdismo, resumió la cuestión en un pronunciamiento en la ONU sobre los derechos humanos y las corporaciones, frente a la crisis del 2008:

Pero desgraciadamente, la acción colectiva, que es central en las corporaciones, mina [undermines] la responsabilidad individual. Se ha dicho repetidamente que ninguno de los que estaban a cargo de los grandes bancos que llevaron la economía mundial al borde la ruina ha sido responsabilizado [held accountable] por sus fechorías [misdeeds]. ¿Cómo puede ser que nadie sea responsable? Especialmente cuando hubo fechorías de la magnitud de las que tuvieron lugar en los años recientes? (75)

Cuando somos una masa en la que todos hacen lo mismo, ¿qué podría ser un linchamiento de un joven en una favela, un estupro colectivo o una masacre en una guerra? En una gigantesca corporación, donde todo se diluye, la ética se diluye tanto que desaparece. A nadie le gusta que se le considere poco ético. Y nuestras defensas son fuertes. No puedo dejar de citar el texto genial de John Stuart Mill, de 1861, sobre la sumisión de las mujeres en la Gran Bretaña de la época, cuando eran reducidas a muñecas decorativas y se les prohibía cualquier participación adulta en la sociedad y en la construcción de su destino. Al ver la dificultad de penetrar en la mente prejuiciosa, Mill escribe:

Mientras que una opinión esté sólidamente enraizada en los sentimientos, gana más estabilidad que la que pierde cuando encuentra un peso sólido de argumentos en contra. Si ésta hubiese sido construida como resultado de una argumentación, la refutación del argumento podría debilitar la solidez de la convicción; pero cuando reposa apenas en sentimientos, cuanto peor ella se encuentra en términos de argumentos, más persuadidos quedan sus defensores de que lo que sienten debe tener una fundación más profunda, que los argumentos no afectan; y, mientras el sentimiento persista estará siempre poniendo nuevas barreras de argumentación para reparar cualquier brecha sufrida en las viejas. (76)

El hígado es poderoso, y muchos lo prefieren al cerebro. La política, en particular, navega en esos mares. El mensaje de Haidt no es para dar una lección a la izquierda y la derecha, sino para sugerir que intentemos entender mejor como se crean los agrupamientos políticos, la identificación con determinadas banderas, los eventuales fanatismos y las formas primarias de división de la sociedad entre “buenos” y “malos”. El maniqueísmo es peligroso. Cuando vemos que los mismos hombres pueden ser autores de actos abominables y heroicos, lo que interesa de verdad es construir instituciones que permitan que se valoricen nuestras dimensiones más positivas. En palabras de Haidt, crear “los contextos y sistemas sociales que permitan a las personas pensar y actuar bien” (77).

La banalidad del mal

La crueldad desempeña aquí un papel particularmente importante. ¿Cómo puede el hombre dejarse bestializar con tanta facilidad? Sería muy fácil reducir el problema a aberraciones sociales, a la existencia de algunos enfermos mentales sin lo cuales la sociedad sería decente, “normal”. Así como es fácil reducir el problema del nazismo al personaje que lo creó. ¿Hasta cuándo vamos a considerar como momentos de anormalidad las incesantes guerras en la historia de la humanidad, las masacres, las violaciones y la tortura que siempre han caracterizado las relaciones humanas y hoy están generalizadas? Con tecnología cada vez más sofisticada, puesto que nuestra inteligencia permite avances prodigiosos, pero con la bestialidad de siempre.

Se trata de un tema central en el pensamiento de Hannah Arendt, la cuestión de la naturaleza del mal. Arendt siguió, en Israel, como corresponsal de la revista *The New Yorker*, el juicio de Adolf Eichmann, esperando ver al monstruo nazi, la bestia asesina. Lo que vio, y solamente ella lo vio así, fue la banalidad del mal. Vio a un burócrata preocupado por cumplir órdenes, para quien las órdenes substituían a la reflexión, a cualquier pensamiento que no fuese el de cumplir bien las órdenes. Pensamiento técnico desligado de la ética, la banalidad que tanto facilita la vida, la facilidad de cumplir órdenes. Servilismo para los de arriba y brutalidad para los de abajo, dos comportamientos casados en uno solo. El análisis del juicio, publicado por la *The New Yorker*, causó escándalo, en

particular entre la comunidad judaica, como si Arendt estuviese absolviendo al reo, disculpando la monstruosidad.

La banalidad del mal, sin embargo, es central. Mi padre fue torturado durante la Segunda Guerra Mundial en el sur de Francia. No era judío. Y es que, de tanto hablar de los judíos en el Holocausto, una tragedia cuya dimensión trágica nadie puede negar, se olvida que esa guerra causó 60 millones de víctimas, entre la cuales 6 millones de judíos. La persecución atacó a las izquierdas en general, sindicalistas o activistas de cualquier nacionalidad, además de gitanos, homosexuales y todo lo que oliese a algo diferente. La cuestión de la tortura, de la violencia extrema contra otro ser humano, me marcó desde la infancia, sin saber que yo mismo llegaría a sufrirla. ¿Eran monstruos los que torturaron a mi padre? Podría ser que hubiese algún torturador particularmente pervertido que se complaciese con el sufrimiento, pero en general, eran hombres como los otros, en medio de condiciones de violencia generalizada, de banalización del sufrimiento, dentro de un proceso que abrió espacio para lo peor que hay en muchos de nosotros.

¿Por qué es tan importante esto? Porque la monstruosidad no está en la persona, está en el sistema. Hay sistemas que banalizan el mal latente en nosotros. Eso implica que las soluciones realmente significativas, las que pueden protegernos del totalitarismo, del derecho de un grupo a disponer de la vida y del sufrimiento de los otros, están en la construcción de procesos legales, de instituciones y de una cultura democrática que nos permita vivir en paz. El peligro y el mal mayor no están en la existencia de enfermos mentales que gozan con el sufrimiento de los otros -por ejemplo, skinheads que queman a un pobre durmiendo en la calle, gratuitamente, por diversión-, sino en la violencia sistémica ejercida por personas banales.

Entre los que me interrogaron en el Departamento de Orden Político y Social (Dops) de São Paulo, encontré a un delegado que había estudiado en el Colegio Loyola, de Belo Horizonte, donde yo también había estudiado en los años 1950. Colegio de orientación jesuita donde nos enseñaban el “amaros los unos a los otros”. Era un hombre normal, que me explicaba que arrancando más informaciones conseguiría ser promovido, incluso me habló de los grados de promoción posibles en la época. Aparentemente, él quería progresar en la vida. Otro que conocí, un violento exmatón de la región Nordeste, consideraba claramente que la tortura era una cosa banal, algo con lo que seguramente convivió en las haciendas desde su infancia. ¿Monstruos? Ellos hicieron cosas monstruosas, pero el monstruo es la naturalidad con la cual la violencia se practica y la facilidad con la que se organiza el apoyo de las instituciones superiores.

Un torturador de la Operación Bandeirantes (Oban) me pasó una voluminosa carpeta “A-Z” donde había copias de las declaraciones de mis compañeros que habían sido torturados antes. La petición era simple: para no tener que trabajar mucho más, me pidió que leyese las declaraciones de los otros y que hiciese la mía confirmando las verdades, bobadas o mentiras que había allí escritas. Me explicó que si yo escribía una declaración repitiendo todo lo que ellos creían saber, eso dejaría satisfechos a los coroneles que leían las declaraciones en el piso de arriba (los coroneles evitaban ensuciarse las manos), puesto que ellos verían que todo se confirmaba, aunque fuesen historias absurdas. Dijo también que, en caso de discrepancias, tendrían que llamar a los que ya estaban presos en la cárcel de Tiradentes para volver a interrogarlos, hasta que todo encajase bien. Quería ahorrar trabajo. No era alemán. Burocracia del sistema. En los campos de concentración, era la IBM quien hacía la gestión de selección y clasificación de los presos, en aquella época con máquinas de tarjetas perforadas. En

el documental *La corporación*, del 2003 -dirigido por Mark Achbar y Jennifer Abbott, con guion de Joel Bakan-, la IBM aclara que solamente prestaba asistencia técnica.

El mal no está en los torturadores, está en los hombres con las manos limpias que hacen un sistema que permite que hombres banales hagan cosas como la tortura, en una pirámide que va desde aquel que se ensucia las manos con sangre hasta un Donald Rumsfeld que envía una nota al ejército estadounidense en Irak para exigir que los interrogatorios sean *harsher*, o sea, más violentos. Hannah Arendt no disculpaba a los torturadores, señalaba la dimensión real del problema, mucho más grave. La comprensión de la dinámica sistémica de las deformaciones no tiene nada que ver con disculpar a los criminales que aceptaron hacer o que ordenaron monstruosidades. Hannah Arendt aprobó plena y declaradamente el posterior ahorcamiento de Eichmann. Yo estoy convencido de que los que ordenaron, organizaron, administraron y practicaron la tortura tienen que ser juzgados y condenados. Pero el hecho de que yo deteste a los torturadores no justifica que yo me convierta en un ignorante. El combate que yo quiero hacer, el que da resultados, es el de luchar por un sistema en que torturar sea inviable.

El segundo argumento poderoso de la película viene de las reacciones histéricas de los judíos por el hecho de que Arendt no considerase a Eichmann un monstruo. Aquí, la cuestión es tan grave cuanto la primera. Ella estaba privando a las masas del inmenso placer compensador del odio acumulado, de la inmensa catarsis de ver al culpado ahorcado. Las personas tenían, y tienen hoy, derecho a ese odio. No se trata de deslegitimar la reacción al sufrimiento impuesto. El hecho es que, al retirar al verdugo la característica de monstruo, Arendt estaba impidiendo el goce del odio, perturbando la dimensión de equilibrio y de contrapeso que el odio representa para quien sufrió. El sentimiento es comprensible, pero peligroso. Inclusive, ampliamente utilizado en política con los peores resultados. El odio, según los objetivos, puede representar un campo fértil para quien quiere manipularlo. Y no faltan candidatos.

Cuando estuve exiliado en Argelia, durante la dictadura militar, conocí a Alí Zamoum, uno de los importantes combatientes por la independencia del país. Torturado, condenado a muerte por los franceses, se salvó por la independencia. Amigos de la seguridad del nuevo régimen localizaron a uno de sus torturadores en una hacienda del interior. Llevaron a Alí hasta el lugar, donde encontró a un idiota banal asustado en un rincón. ¿Qué tenía que hacer? ¿Torturar a un torturador? Lo dejó allí para que fuese encerrado y juzgado. Decepción general. Le pregunté un día como enfrentaban ellos los disturbios mentales de las víctimas de tortura. En su opinión, los que se equilibraban mejor eran los que, después de la independencia, continuaban en la lucha. No ya contra los franceses, sino por la reconstrucción del país, pues la continuidad de la lucha no apagaba sino que le daba sentido y razón a lo que habían sufrido.

En *1984*, de Orwell, los funcionarios son reunidos regularmente para una sesión de odio colectivo. Aparece en la pantalla el rostro del hombre al que hay que odiar y todos se sienten físicamente transportados y transformados por la figura de Emmanuel Goldstein. Catarsis general. Y es que odiar colectivamente engancha. Nos engañamos si no vemos el uso actual de los mismos procedimientos en espectáculos mediáticos. Apelar al animal que llevamos dentro funciona mucho. Cubrirse con una bandera hasta compensa, disfraza la animalidad.

El texto de Hannah Arendt, que señala a un mal peor, los sistemas que generan actividades monstruosas a partir de hombres banales, simplemente no fue entendido. Que hombres cultos e inteligentes no consigan comprender el argumento es en sí muy significativo y socialmente poderoso. Como dice Jonathan Haidt, para justificar actitudes irracionales, se inventan argumentos racionales o

racionalizadores. En este caso, Arendt estaría contra los judíos, habría traicionado a su pueblo, había amado a un profesor que se volvió nazi. No faltaban los argumentos si era para que el odio fuese preservado y, con él, el sentimiento agradable de su legitimidad.

Este punto tiene ser reforzado. En vez de detestar y combatir al sistema, lo que exige una comprensión racional, es emocionalmente mucho más satisfactorio equilibrar el debilitamiento emocional que resulta del sufrimiento y concentrar toda la carga en el odio personalizado. En las reacciones histéricas y en la deformación flagrante, por parte de gente inteligente de lo que Arendt escribió, encontramos la busca del equilibrio emocional. “No toquen nuestro odio”. Los grandes grupos económicos que abrieron camino para Adolf Hitler, como la Krupp, o las empresas que hicieron la automatización de la gestión de los campos de concentración, como la IBM, lo agradecen.

La película es un espejo que nos obliga a ver el presente por el prisma del pasado. Los estadounidenses se sienten plenamente justificados al mantener un amplio sistema de tortura -siempre fuera de su territorio, pues de lo contrario tendrían ciertos e incómodos problemas jurídicos. Israel creó, a través del Mossad, los centros de tortura más sofisticados de la actualidad, en los cuales se investigan instrumentos electrónicos que infligen un dolor que supera todo lo que se inventó hasta ahora. Los soldados estadounidenses que filmaron con sus móviles las torturas que practicaban en Abu Ghraib, en Irak, eran jóvenes, muchachas y muchachos saludables, bien formados en las escuelas, a los que hasta les parecía divertido lo que hacían. En las entrevistas posteriores, la verdad sea dicha, fueron muchos los jóvenes que denunciaron la barbarie y hasta hubo algunos que se negaron a practicarla. Pero fueron minoría. (78)

El tercer argumento de la película, central en la opinión de Arendt, es la deshumanización del objeto de la violencia. Torturar a un semejante choca con los valores heredados o aprendidos. Por tanto, es esencial que no se trate de un semejante: una persona que piensa, llora, ama, sufre. Es un “judío”, un “comunista”, un “elemento”, en el argot de la policía. Según el Ku Klux Klan, un “negro”. Hoy, a nivel internacional, el “terrorista”. En los programas de televisión, un “marginal”. Las personas se divierten viendo las persecuciones. ¿Son seres humanos? Lo esencial es que dejen de ser humanos, individuos, personas, y se conviertan en una categoría. ¿Asfixiaron a 111 presos en las celdas? ¡Vaya, era “marginales”!

Un manuscrito abandonado de Sebastian Haffner, estudiante de derecho en Alemania, en 1930, fue rescatado recientemente por su hijo, que lo publicó con el título *Defying Hitler: a Memoir* [Desafiando a Hitler: memorias]. El libro muestra como un estudiante de familia simple se va acercando al Partido Nazi por influencia de los amigos, de los medios de comunicación, del contexto, repitiendo con las masas los mensajes. En la reseña que hice de ese libro, en el 2002, escribí que lo que debe asustar del totalitarismo, del fanatismo ideológico, no es el torturador enfermizo, sino como las personas normales son atraídas por una dinámica social patológica, llegando a verla como un camino normal. En la Alemania de aquella época, el 50% de los médicos se afiliaron al Partido Nazi. El problema no era Hitler, sino la facilidad con la cual las personas comunes o hasta muy cultas le dieron apoyo y lo siguieron, en vez de encarcelarlo. El próximo fanatismo político no usará bigote ni bota ni gritará “Heil” como los “skinheads”. Usará traje y corbata y será multimedia. Y, seguramente, querrá imponer el totalitarismo, pero en nombre de la democracia o hasta de los derechos humanos. Personas y comunidades realmente existentes, tal como somos, 7.800 millones de individuos de racionalidad dudosa, ¿conseguiremos rescatar el camino del bien común?

Hace años, un alumno me preguntó qué pensaba yo del ser humano, si éste era esa desgracia que tristemente vemos o si había esperanza, y que si tenía sentido la visión de Rousseau del hombre bueno desviado por dinámicas sociales. Yo voy en la línea del gran jurista que fue Sobral Pinto: las instituciones son fundamentales y el respeto a la ley es lo que nos salva. O sea, tenemos que analizar en circunstancias diferentes, en particular en el cuadro de instituciones diversas, cómo los mismos pueblos se comportaron como salvajes o civilizados. Podemos contar con los países nórdicos que ya fueron *vikings*, los alemanes que fueron nazis, los belgas que mataron a millones en el Congo; y, al mismo tiempo, con el inmenso progreso que fue superar la esclavitud, el feudalismo, el colonialismo. No estoy aquí hablando de un lejano pasado.

La batalla por la convivencia se da a través de la construcción de sólidas reglas del juego. Éstas tienen que ser justas. No podemos privilegiar sistemáticamente a una minoría, como hacen las reglas que tenemos hoy. Y hay un tiempo para cada cosa. La lucha de los americanos para librarse de la esclavitud, la de tantos otros países para librarse del colonialismo, la de los sudamericanos para librarse de las dictaduras, fueron no solamente legítimas sino necesarias. Las barbaries subsisten, el *apartheid* convivió en África del Sur con lo que hay de más moderno desde el punto de vista tecnológico y sobrevive en Palestina en esa extraña mezcla de modernidad técnica y de tragedia humana.

El presente desvío de raciocinio, en un estudio sobre la sociedad del conocimiento y los modos de producción, para abordar las deformaciones humanas colectivas, tiene para mí todo el sentido. La realidad es que tendremos que cambiar el mundo con el ser humano realmente existente. Y ese ser humano es apenas parcialmente racional. Y más: los avances tecnológicos son acumulativos, una vez descubiertos sirven de enganche para otros. Pero el ser humano que hoy nace viene básicamente con el mismo ADN de Calígula o de Galileo. La crueldad de que son capaces los niños, el comportamiento patético de tantos adolescentes o el patológico de tantos adultos muestran, en cada generación que nace, cuánto necesitamos reconstruir una herencia cultural civilizatoria que tenga presente la facilidad con la cual podemos retroceder a la barbarie. Nuestros avances civilizatorios son reales, pero extremadamente frágiles. Sin la cultura democrática y las instituciones correspondientes, así como la lucha permanente por su implantación y defensa, el horizonte puede ser muy inseguro.

VI. LA PÉRDIDA DEL CONTROL: UNA SOCIEDAD EN BUSCA DE NUEVOS RUMBOS

La realidad es que todo se aceleró de manera dramática. El tiempo social funciona a un ritmo diferente al de las tecnologías, que avanzan de una manera que nos atropella; el de la cultura evoluciona de manera mucho más lenta; y las leyes cambian apenas cuando las transformaciones acumuladas, literalmente, implosionan la estructura legal heredada. Las piezas se desajustan. El Senado estadounidense convoca a Mark Zuckerberg para que explique qué está sucediendo con Facebook. El creador del canal digital y red social responde que no tenía ni idea de las implicaciones y pide disculpas. Miles de millones de personas se meten en un sistema cuyas dinámicas más amplias nadie previó, entrando a ciegas en un juego arriesgado. Estamos siempre atrasados en relación a los avances tecnológicos, y *a posteriori* intentamos encontrar las reglas del juego adecuadas para una realidad que siempre se nos adelanta. ¿Qué hacer con la *uberización*, o con la invasión electrónica de la privacidad, o con la trampa de la deuda, con el absurdo de los dividendos a grupos financieros?

Directamente ligada a las transformaciones tecnológicas, que desorganizan la gobernanza de la sociedad por la diferencia de ritmos en los cambios de las diversas instancias sociales, está la cuestión de la globalización, término que usamos como abreviatura de una dramática complejidad en la reorganización de la base territorial de la gobernanza. ¿Qué espacio de decisión tiene un gobierno a nivel nacional cuando el sistema financiero es global? Adultos con buena formación dan saltos de alegría en Wall Street al grito de “*greed is good*”, y se sorprenden cuando millones de usuarios de crédito pierden sus casas y cuando bancos como Lehman Brothers cierran. La desproporción entre el volumen de recursos que manejan y su ignorancia de los impactos es impresionante. Películas como *Inside Job* [Trabajo Interno] (de 2010, dirigida por Charles Ferguson), *El capital* (de 2013, dirigida por Costa-Gavras), entre otras, muestran de manera dramática o divertida la irresponsabilidad y las dimensiones caóticas del sistema. Para los 850 millones de personas que pasan hambre y para los 6 millones de niños que de ella mueren cada año no hay nada de divertido en este caos irresponsable. Estamos creando *The Uninhabitable Earth*, escribe David Wallace-wells.

Tenemos tecnologías y sistemas productivos del siglo XXI que conviven con cultura, instituciones y leyes hechas para el siglo pasado. Tenemos gobiernos nacionales para una economía en gran parte globalizada. En otros términos, un dilema que habría interesado a Karl Marx, tenemos una superestructura creada para regular la sociedad burguesa de la era industrial cohabitando con una base económica que ya emigró a la esfera digital. ¿Las personas se dan cuenta de que es vital para la supervivencia de un gobierno y de su política económica la opinión formalmente declarada de tres empresas privadas de evaluación de riesgo, Fitch, Moody's y Standard & Poor's, sin tener en cuenta la opinión de la ciudadanía? ¿A quién pertenecen esas empresas denunciadas por la publicación *The Economist* como oligopolio irresponsable y que definen el destino de nuestros gobiernos?

Los desajustes son sistémicos. La erosión planetaria de la gobernanza -basta contar los gobiernos surrealistas, empezando por el de Trump- tiene impactos catastróficos. Solamente los alienados no perciben que estamos destruyendo el planeta, la propia base de nuestra supervivencia, y que lo hacemos para provecho del ya clásico 1% de los más ricos, que tienen la particularidad de ser improductivos, cuando no dañinos. En Brasil, después de aprobar un mínimo de reglas con buen sentido en la Constitución del 1988, enfrentamos ahora una revuelta por parte de una oligarquía que considera que sus ya indecentes privilegios no están suficientemente contemplados. Y en vez de

cambiar los privilegios, se cambia la Constitución. También se dice que los intereses de los ricos no caben en las urnas. Entre los intereses y la democracia, para la oligarquía de los más ricos, no hay duda alguna, aunque acaben perjudicados ellos también cuando la crisis se generaliza con conflictos y recesiones. La racionalidad ocupa espacios limitados en nuestro cerebro cuando se trata de política.

Joseph Stiglitz hace hoy el papel de subversivo cuando escribe un tratado de lo obvio y propone que hay que cambiar las reglas del juego: es potente su *Rewriting the Rules of the American Economy*, que ya hemos visto aquí, donde clama por una prosperidad compartida para que el sistema vuelva a funcionar; el Roosevelt Institute amplía el análisis con *New Rules for the 21st Century. El Plan B 4.0*, de Lester R. Brown, descubre la tragedia ambiental que hemos creado en el planeta, y reclama un plan B justamente porque el plan A con el que vivimos, el todo-vale llamado “libre-mercado” o “neoliberalismo”, es desastroso. Sin contar con iniciativas como *The Next System Project*, en los Estados Unidos, *Change the Rules* del *New Economics Foundation*, en el Reino Unido, *Alternatives Économiques*, en Francia, y tantas otras por el mundo. Propuestas como las de Bernie Sanders, reclamando salarios más decentes y una sociedad más democrática, aparecen hoy como propuestas de simple buen sentido para tantas personas que entienden mínimamente de política económica. La iniciativa del Papa, *Economia da Francesco*, reunió nombres de primer nivel mundial. Y los objetivos de desarrollo sostenible, los ODS, marcan claramente las reorientaciones que son indispensables para nuestro equilibrio, pero con toda la debilidad de los acuerdos basados en mucha buena voluntad y pocos recursos.

Es bienvenida esa búsqueda que hoy nos trae un manantial de nuevos análisis. La verdad es que lo que llamamos mercado, en el sentido tradicional, o sea un ámbito en que muchas empresas intentan satisfacer a los clientes, ajustándose a los mecanismos de la competencia, hoy es ya algo marginal. Se implantaron los gigantes corporativos y los mecanismos de oligopolio que encontramos en las plataformas planetarias, en los *traders de commodities*, en los grandes medios de comunicación, en los bancos, en los fondos de pensión, en los planes de salud, en los créditos de compra a plazos, en las aseguradoras, en las telecomunicaciones, en la industria farmacéutica, en el mundo de los agrotóxicos y en tantos otros sectores hoy ya financiarizados, que no son controlados por el consumidor (competencia de mercado) ni por los gobiernos (sistemas de regulación). Continúan llamándose “mercados”, pero se trata claramente de un préstamo de legitimidad, de un engaño. Y los responsables se llaman CEOs empresariales, cuando en realidad hacen política desde la mañana hasta la noche.

Mucha tinta ha corrido, muchas experiencias se han hecho en torno al “libre-mercado” y la “planificación estatal” como polos opuestos de organización del desarrollo de las sociedades. Lo que hoy tenemos no permite ni el mecanismo de equilibrio de la libre competencia, confinada a pocos sectores, ni la capacidad racionalizadora de la planificación económica y social. El camino, en términos amplios de gobernanza del sistema exige, según mi convicción, la evolución hacia sistemas mixtos y diversificados, de acuerdo con los sectores. Somos sociedades demasiado complejas como para ser administradas en el cuadro de una ideología simplificadora, sea de un lado o del otro. He presentado esta perspectiva de articulación compleja de mecanismos de regulación en otro trabajo, *O pão nosso de cada dia*, sobre la diversificación de los procesos productivos. Marjorie Kelly, en *Owning our Future*, trata extensamente de las transformaciones del concepto de propiedad, apuntando a nuevos rumbos en la línea de la propiedad inclusiva. Elinor Ostrom y Charlotte Hess, en *Understanding Knowledge as a Commons*, nos presentan excelentes análisis sobre las relaciones de

propiedad en el área de los bienes comunes. China, hoy, adopta formalmente una articulación de diversos subsistemas de propiedad. Ya no es tiempo de grandes simplificaciones ideológicas.

No es fácil prever el futuro. Pero a partir de un cierto número de variables, que se cruzan de manera caótica, podemos sin duda batallar por formas de gobernanza que aseguren la redefinición sistémica de nuestros rumbos, y en el cuadro de un mínimo de libertad individual. El resultado, de todas formas, estará lejos de cualquier construcción racional, mucho menos previsible. En otros términos, el futuro es inseguro. Lo que sí sabemos es que, de acuerdo con la tendencia actual de tragedias ambientales, desigualdad explosiva y de recursos financieros y tecnológicos al servicio de todo menos para lo que son necesarios, eso sin hablar de pandemias, nos acercamos a lo que tan bien fue definido como *slow-motion catastrophe*, catástrofe a cámara lenta.

Volviendo a nuestra hipótesis inicial, con las nuevas relaciones técnicas y sociales y las nuevas formas de poder y de apropiación del excedente, ¿surgirá un nuevo equilibrio sistémico, otro modo de producción? Las nuevas formas de dominación ya no serán las que caracterizan, necesariamente, a un modo de producción capitalista, y la alternativa no tiene por qué ser solamente el socialismo. Al persistir las tendencias actuales, el sentimiento que emerge es el de que estamos evolucionando rápidamente hacia una sociedad de vigilancia, en la cual un poder crecientemente desequilibrado y, por eso mismo, más opresivo, explicará las tragedias sociales y ambientales como algo necesario. Esa visión pesimista se refiere a lo que constatamos y en nada reduce nuestra necesidad de luchar por un desarrollo digno para todos y sostenible a largo plazo, y así transformar las amenazas en oportunidades. Tal y como le gusta decir a Ignacy Sachs, un pesimista es un optimista bien informado.

El socialismo democrático, en su sentido de raíz, de apropiación social y democrática de los procesos de nuestro desarrollo, sigue siendo más concreto que nunca. Continuar llamando capitalismo a esto en que y donde vivimos puede ser escurridizo: para muchos, el capitalismo es responsable del enriquecimiento mundial, representa un valor esencialmente positivo; para otros, simboliza la explotación y la destrucción ambiental. El sistema que hoy enfrentamos perdió en gran parte su dimensión de enriquecimiento de las sociedades, agrava la explotación y genera un desastre ambiental. Se ha convertido, esencialmente, en un sistema parasitario que necesita cada vez más violencia para sustentarse, en la misma medida en que se hace disfuncional.

Es cada vez más difícil negar que después de décadas de añadir apelativos al animal que conocíamos -el capitalismo industrial-, como Tercera o Cuarta Revolución Industrial, capitalismo global, capitalismo financiero y otros complementos según los nuevos formatos que el animal adquiere, se trata hoy de pensar de manera sistémica qué otro animal es ese que está surgiendo. La unidad económica básica ya no es la fábrica, es la plataforma; el producto es cada vez más inmaterial; las relaciones de trabajo son cada vez más diversificadas y fragmentadas, con una fuerte reducción del trabajo asalariado; la forma de extracción de la plusvalía cada vez se centra más en mecanismos financieros de explotación; el libre-mercado, como mecanismo regulador central del capitalismo, está limitado a segmentos marginales; la propiedad de los medios de producción perdió radicalmente su importancia, son otras las formas de control, en particular el sistema financiero y las plataformas tecnológicas; el poder sobre la población se ejerce cada vez más por formas de control vía medios de comunicación, algoritmos e invasión de la privacidad; el espacio de los gobiernos, en sus fronteras nacionales, parece cada vez menos capaz de asegurar un gobierno funcional; los sistemas jurídicos están siendo apropiados, se pierden las reglas del juego que nos daban una cierta seguridad.

Por otro lado, los individuos disponen de conectividad planetaria desde su propio bolso; y, naturalmente, el principal factor de producción, el conocimiento, tiene un potencial ilimitado de acceso, argumento que hemos visto varias veces y que repito aquí por su centralidad en la reestructuración de la sociedad, ya que cambia radicalmente la base del análisis económico centrado en la asignación de recursos escasos. Los propios sistemas financieros, en la era de la moneda virtual y de la conectividad, abren espacio para una radical desintermediación. Las tecnologías más modernas, en la línea del programa social brasileño Bolsa Familia y de los sistemas de microcrédito, permiten resolver de manera radical el escándalo planetario de nuestros mayores atrasos: el hambre y la mortalidad infantil, con costes que son ridículos si se comparan al desperdicio de recursos y a su uso meramente especulativo. Y podemos redistribuir el trabajo y reducir la jornada para que trabaje más gente y, al mismo tiempo, tenga más tiempo para vivir. Vivimos en una era de oportunidades increíbles desperdiciadas o infrautilizadas. Y los procesos de decisión pueden, hoy, democratizarse radicalmente, en la línea de las articulaciones horizontales en red.

Una pregunta esencial es el destino de la llamada lucha de clases. El mundo de los trabajadores está fragmentado en sectores y subsectores muy diversificados que dificultan sus articulaciones. El obrero industrial es claramente minoritario, incluso en los países fuertemente industrializados, representa en los Estados Unidos cerca del 5% de la población activa. Con la fragmentación del mundo del trabajo, también se debilitan los sindicatos y los partidos como instrumentos de acción política organizada. ¿Qué sucede con la “clase dominante”, hoy, el 1% de ricos improductivos? Su improductividad y el obstáculo que representan para el progreso constituyen una inmensa debilidad en relación al burgués explotador del siglo pasado, que por lo menos producía zapatos, pagaba salarios (bajos, pero pagaba) e impuestos: podía decir que más dinero para la burguesía significaría más inversión y más progreso. Pero hoy ya no. El capitalismo hoy existente no progresa, sino que bloquea. Está sistémicamente distorsionado. El autoritarismo, en su falta de legitimidad, se hizo esencial para mantener un sistema cada vez menos funcional. El deterioro de los espacios democráticos por todo el mundo encuentra en eso buena parte de su explicación. Trump no es la enfermedad, es un síntoma.

Ese autoritarismo se apoya, en particular, en el nuevo y poderoso quiste de poder al que hemos subestimado mucho, la “tropa de choque” de los ultraricos, los operadores de la máquina económica y social: los economistas, abogados, gestores e informáticos que ocupan la cima de la jerarquía de los procesos de decisión y que mantienen el sistema deformado de hoy. Son los grandes burócratas que reciben salarios y bonus millonarios. Thomas Piketty los presenta como actores de un papel central en los desequilibrios de renta y de patrimonio. Pero lo esencial es el poder que detentan en términos de orientación del uso de nuestros recursos en los gigantes corporativos. Controlan los puestos-clave, se alternan entre consejos administrativos de las corporaciones y funciones públicas (las llamadas puertas giratorias, *revolving door*), y en la era de las nuevas tecnologías y de la gestión por algoritmos se apropian de un poder absolutamente impresionante. No se espera flexibilidad de esa nueva clase media superior ni que esos privilegiados duden en generalizar sistemas opresivos de control social. Piensen en el poder del joven ejecutivo de la Serasa Experian (registros de deudas) que puede incluirnos en la lista de “negativados” porque enfrentamos dificultades, privándonos así de una serie de derechos, mientras que los bancos que practican el agiotaje ni siquiera tienen una institución reguladora (o ficticia, como los bancos centrales o el Bancos de Compensaciones Internacionales).

En general, nuestros estudios se han limitado a evaluar los niveles de renta y a definir, así, una clase media y una clase media superior en función de sus ganancias. Pero es más importante, sin embargo, entender su función en los engranajes del poder, y la fuerza articulada que esa tecnocracia representa,

con puestos-clave en las corporaciones, en los gobiernos, en la judicatura, en los medios de comunicación y en los *think tanks* que elaboran las “narrativas”. Constituyen hoy un sistema articulado en diversos tipos de organizaciones de clase y se articulan y se sienten unidos por la convergencia de intereses. La lucha de clases se desplazó de lugar, y la tecnocracia pasó a desempeñar, en esa sociedad centrada en lo inmaterial, un papel esencial plenamente convergente con las grandes fortunas rentistas: son, también, grandes interesados en los rendimientos financieros. La pequeña burguesía analizada por Marx, propietarios de medios de producción a pequeña escala, difiere profundamente de esa poderosa máquina de poder que hoy representa la tecnocracia, en el cuadro de una economía dominante centrada en el control de la información y de los flujos financieros, éstos últimos igualmente constituidos por señales magnéticas.

El mundo dominado por corporaciones planetarias ya no está controlado por la competencia de mercado que, en cierta forma, equilibraba el juego, y mucho menos por el sistema político que debería asegurar los contrapesos con la llamada regulación. Tenemos la violencia de lo privado sin los frenos de lo público. Vigoroso, planetario, descontrolado, dotado de nuevas tecnologías que le permiten una extracción radicalmente ampliada del excedente social y que le aseguran formas mucho más incisivas de control de la conciencia, el mundo corporativo flexiona sus músculos y va directo al plato principal: la maximización de los beneficios y del poder. Es la alta tecnología al servicio de la apropiación a corto plazo, poco importa el desastre económico, social y ambiental.

Al mundo anestesiado se le ofrece el cuento de hadas del mérito y de la eficiencia, la narrativa de que son los ricos los que dinamizan la economía. Y como la indignación exige culpables y canalización del odio, de la culpa de los dramas se hace responsable al Estado, nada que no se resuelva con menos impuestos para las corporaciones y con más privatizaciones. Lo irónico es que, hoy, esas administraciones públicas culpabilizadas están, precisamente, controladas por las corporaciones. Naturalmente, en última instancia, está la porra para los que no se creen los cuentos.

El animal, claramente, ya no es el mismo. Caótico y descoyuntado en su metamorfosis, pero sin duda otro animal. Entre fascinados y temerosos, observamos el proceso cuya dinámica, en buena parte, todavía se nos escapa. La ventaja de pensar en otro sistema, u otro modo de producción, es que podemos pensar en las nuevas reglas del juego necesarias en vez de seguir intentando que funcione el mundo en la estructura antigua, con estacas y soportes improvisados, o de resistir por los derechos adquiridos en el sistema anterior. Las superestructuras tienen que ser repensadas frente a las profundas transformaciones en la base productiva de la sociedad. ¿Podemos soñar un poco?

Por ejemplo, en esta era de predominio del rentismo financiero improductivo y de la acumulación de gigantescas fortunas especulativas, tendremos que hacer obligatoria la “*disclosure*”, la transparencia de las cuentas, y adaptar el sistema tributario para reorientar los recursos hacia actividades productivas. Aplicando una pequeña tasa a las transacciones financieras generaríamos, al mismo tiempo, los recursos para inversiones productivas y la transparencia de los flujos. Tanto la tasa Tobin sobre transacciones como el impuesto progresivo sobre el capital financiero descrito por Piketty señalan caminos. Estaríamos aquí desplazando el eje de la incidencia tributaria.

En esta era en que el principal factor de producción es inmaterial, susceptible de distribución para todos sin costes adicionales, el concepto de propiedad privada de los medios de producción, pilar jurídico del capitalismo, tiene que desplazarse hacia la remuneración de quien crea, pero sin bloquear el acceso y la reproducción a terceros. Los estudios muestran que los sistemas de patentes, *copyrights* y *royalties* traban la innovación antes que fomentarla. Se trata aquí de adecuar la visión de propiedad

a la de productividad social. Los trabajos de Lawrence Lessig, Jeremy Rifkin, Don Tapscott y tantos otros también señalan caminos.

Con la introducción acelerada de nuevas tecnologías que substituyen a la mano de obra necesitamos asegurar las reglas del juego correspondientes, un nuevo concepto de contrato social que combine una progresiva reducción de la jornada de trabajo y la redistribución más justa del derecho al empleo/trabajo, en la línea de las propuestas de Guy Aznar y de lo que ya se está aplicando en diversos países. Eso abrirá la posibilidad de una distribución más justa del trabajo, así como del acceso a la renta, al mismo tiempo que asegurará condiciones para una nueva generación de actividades ligadas al uso discrecional del tiempo libre, como la convivencia familiar y comunitaria, la cultura, el deporte y otras. Creer que el hecho de tener más tecnología y, por tanto, mayor capacidad productiva nos amenaza es una tontería: lo que nos amenaza es el atraso en adecuar las formas de organización del tiempo y de la remuneración. Vivir mejor está al alcance de nuestras manos.

En esta situación explosiva mundial en términos de desigualdad, tenemos que articular tanto una renta básica universal como el acceso a las políticas sociales como salud, educación, seguridad social y semejantes, de manera que podamos gestionar las inseguridades y problemas en la presente transición entre la era fabril y la sociedad del conocimiento. En Brasil, el 40% de la población activa está en el sector informal, “buscándose la vida” para sobrevivir, una cifra que alcanza casi el 50% en la media latinoamericana y hasta el 70% en África. Creer que las personas continuarán esperando que llegue el empleo no es realista. Las personas desesperadas reaccionan con desesperación. Se trata, por tanto, de sentido común, de evitar las explosiones sociales que se agravan. En términos económicos, la constatación simple es que el coste de asegurar lo básico para todos sale mucho más barato que cargar con las consecuencias de no hacerlo. ¿Vamos a construir más muros en las fronteras? El mundo tiene hoy recursos de sobras para asegurar el mínimo para la supervivencia digna de todos. La riqueza de los billonarios denota que son astutos pero no inteligentes.

En la era en que la economía es en gran parte mundial, como sociedades no podemos administrarnos por más tiempo con una colcha de retazos de constituciones de 193 países miembros de la ONU mientras que las grandes decisiones están en manos de los gigantes corporativos que no obedecen a ninguna constitución. Las reglas básicas de relaciones internacionales tienen que ser reconstituidas, puesto que somos el planeta Tierra, no tenemos otro, y necesitamos asegurar un mínimo de coherencia global. En el mundo globalizado, la ausencia o debilidad de reglas globales, mal compensadas por iniciativas como la Agenda 2030, significa nuestra destrucción, en plazos que afectarán de pleno a nuestros hijos. El impacto destructivo de las corporaciones globales se da justamente en ese vacío de gobernanza mundial. ¿Hasta cuándo asistiremos pasivamente a la liquidación de nuestro futuro? La idiotez de los consejos de administración de las grandes corporaciones consiste en que cada uno de sus miembros gana con la maximización de los resultados a corto plazo, y sus asesores técnicos con los bonus correspondientes. De la suma de egoísmos no surge el altruismo, ni siquiera una decisión responsable. Todos los grandes bancos contribuyeron a la crisis del 2008. ¿No entienden de finanzas?

En particular, considerando el abismo de desigualdad entre los países ricos y los pobres, se hace hoy urgente asegurar un nuevo pacto Norte-Sur, en la línea del *global new deal* propuesto por la Unctad y sistematizado en diversos documentos, inclusive el tan adelantado Informe Brandt, *North-South: a Program for Survival*. En lugar de protegerse con muros y cercas electrificadas en las fronteras para excluir a los pobres, los ricos de este mundo tienen que aplicar lo básico en términos de raciocinio económico: las necesidades de los países pobres constituyen un inmenso horizonte de expansión de

inversiones, de nuevos mercados y mano de obra infrautilizada. Una vez más, la política de inversiones destinadas a los países más pobres no tiene que ser vista por los más ricos como una disminución de su riqueza, sino como una oportunidad para que salgan de su estancamiento. La tasación de las transacciones financieras y el impuesto a los patrimonios financieros podrán servir para cofinanciar una iniciativa de ese porte. Y, evidentemente, no habrá solución si no se movilizan los más de 20 billones de dólares de recursos especulativos en paraísos fiscales. El Reino Unido dio unos tímidos primeros pasos al exigir en los territorios *offshore* bajo su responsabilidad que, por lo menos, se informe de quién es propietario de los capitales. Estamos en ese nivel de timidez.

El mundo avanza rápidamente hacia una urbanización generalizada. Eso abre un inmenso espacio para la apropiación de las políticas de desarrollo por parte de las propias comunidades, ciudad por ciudad, puesto que cada una de éstas sabe mejor que cualquier ministro lo que más se necesita y podrá hacer un mejor seguimiento de la aplicación productiva de los recursos. En la era en que los principales ejes estructurantes de la economía ya no son la industria y la agricultura, sino la salud, el deporte, la educación, la cultura, la información, el ocio, la seguridad social y semejantes -las políticas sociales-, su apropiación por parte de las corporaciones, produciendo costes excesivos y desigualdad de acceso, tiene que ser sustituida por el acceso universal y gratuito, con gestión en el ámbito donde viven las personas, las ciudades, en el marco de políticas descentralizadas y participativas. Como hemos visto, eso reduce los costes en vez de aumentarlos. No es con *vouchers* a lo Ronald Reagan como se democratiza el acceso, y sí por medio de políticas locales de desarrollo, en el marco del empoderamiento efectivo de las comunidades. Los ejemplos de los países nórdicos (ver *Viking Economics*, de George Lakey), de China (*China's Economy*, de Arthur Kroeber), de Alemania (ver el sistema de Sparkassen) y otras experiencias que encontramos en *The Public Bank Solution*, de Ellen Brown, muestran el inmenso potencial racionalizador de la gestión que la descentralización del poder de decisión y de los recursos correspondientes permite.

En la era en que lo esencial de nuestras actividades está centrado en lo intangible, en las señales magnéticas de nuestros computadores o móviles, tenemos que revisar el concepto de privacidad que recogen las constituciones. Hoy es ilegal abrir la correspondencia privada de una persona, pero se ha generalizado la supervisión completa de nuestros mensajes, fotos o curiosidades; y se utiliza para elegir a políticos surrealistas, buscar ventajas comerciales, cuando no para hacer *bullying* y persecuciones de los tipos más variados. En las nuevas reglas del juego, el derecho a la privacidad tiene que desempeñar un papel central. Hoy, nuestra vida está al descubierto, mientras que las actividades de las personas jurídicas, de las corporaciones, están protegidas. Las actividades empresariales tienen, por el contrario, que ser transparentes, por el impacto social que producen y por el mismo hecho de ser personas jurídicas, mientras que la vida privada de las personas físicas tiene que ser protegida.

No faltan recursos. El mundo produce en 2020 el equivalente a 85 billones de dólares (PIB mundial), lo que dividido por la población mundial significa que producimos el equivalente a 3.700 dólares de bienes y servicios por mes por familia de cuatro personas. Una reducción modesta de la desigualdad será suficiente para asegurar una vida digna y confortable para todos. Esa riqueza que tenemos es herencia de los tiempos del capital productivo, hoy día paralizado por sistemas de apropiación del producto social por deudas y dividendos. Pero esa riqueza abre la inmensa oportunidad de generalizar el bien-estar para todos, y las nuevas tecnologías permiten asegurar formas sostenibles de desarrollo. Sabemos lo que debe ser hecho, y tenemos los medios. Nuestro problema no es propiamente económico, es de organización política y social.

¿Es viable avanzar con propuestas en ese sentido? Todo depende, naturalmente, de las relaciones de fuerza. Pero éstas dependen, en gran parte, de la concienciación y de la comprensión, por parte de sectores más amplios de población, de como están siendo explotadas de manera no solamente injusta sino también imbecil por el bloqueo sistémico y por la esterilización de las inmensas oportunidades que se abren con los avances tecnológicos y la sociedad del conocimiento. No es un sueño. Nunca subestimemos el poder de las ideas. Es lo que ha transformado el mundo.

VII. AYER Y HOY: SISTEMATIZACIÓN DE LOS CAMBIOS

Para facilitar una perspectiva de conjunto, elaboramos una tabla de cambios del tipo “antes y después” que está de moda y que aquí puede ayudar a apreciar la amplitud del abanico de las transformaciones. Comentaremos en un párrafo cada eje de cambio, cuya articulación en la hipótesis que defendemos crea una nueva configuración. Los argumentos son, sin duda, repetitivos en relación a los capítulos anteriores, pero el objetivo aquí es justamente facilitar la visión de conjunto.

(Figura 7) **Capitalismo ayer y hoy**

Siglo XX	Siglo XXI
máquina	conocimiento
fábrica	plataforma
tangible	intangible
coste proporcional	coste marginal cero
expansión productiva	restricción del acceso
compra y posesión	derecho de acceso y uso
beneficios en la venta	beneficios en los soportes
<i>marketing</i> informativo	manipulación individualizada
espacio nacional	espacio global
intercambio tradicional de productos/materia prima	dependencia tecnológica
liberalismo global	nuevo proteccionismo
remuneración por salario	remuneración por trabajos
expansión del empleo	elitismo y marginación
salario bajo	deuda alta
finanzas de fomento	finanzas especulativas
beneficios	dividendos
gobierno para la ciudadanía	gobierno para las corporaciones

Fuente: Ladislau Dowbor

1. De la máquina al conocimiento: se trata de la transformación más profunda, en la medida en que tendrá impacto sobre las otras. El poder, en el sentido más amplio de constituir la dinámica principal de organización económica y social, se desplazó de quien controlaba la tierra, en la era feudal, a quien controlaba las máquinas, en la era del capitalismo industrial, y a quien controla hoy el conocimiento y los sistemas de información correspondientes, inclusive las señales magnéticas que constituyen el dinero moderno.

2. De la fábrica a la plataforma digital: todavía tenemos la General Motors y otras fábricas, pero los obreros en un país industrial como los Estados Unidos representan hoy menos del 10% de la mano de obra. Los más variados sistemas de gestión de señales magnéticas (sea lo que se representa hoy como Gafam, en Occidente, sea el BATX, en China) o el conjunto de sistemas financieros (como Wall Street, la City o los bancos sistémicamente importantes), ese conjunto de manipuladores de teclas no está al servicio de las cadenas productivas, al contrario, las controla y explota. En cierta manera, el castillo representaba el poder feudal, la fábrica era la fuerza del capitalismo, y la plataforma digital constituye la nueva dinámica económica.

3. De lo tangible a lo intangible: mientras que la propia producción de bienes materiales es cada vez más densa en tecnología, el conjunto del proceso, la financiación, la comercialización y la distribución, además de los controles y de la gestión, pasan a ser esencialmente intangibles. Lo intangible, a su vez, por el hecho de poder utilizar señales magnéticas, *softwares*, algoritmos e inteligencia artificial, pasa a regirse por otra lógica económica, se vuelve reproducible y comunicable de manera ilimitada. André Gorz utiliza el concepto “inmaterial”.

4. Del coste proporcional al coste marginal cero: producir más unidades de ropa exige más materia-prima, con un aumento proporcional al volumen producido. En la excelente formulación de Jeremy Rifkin, estamos entrando en la era de coste marginal cero: una vez cubierto el coste inicial de una investigación, su reproducción y diseminación no exigen más aportaciones. El libro online, una idea o una música pueden distribuirse sin costes adicionales, esto crea hoy amplia confusión entre el concepto de propiedad privada del siglo pasado y las formas modernas de apropiación de bienes no rivales. Que más personas lean mi libro online no me genera ningún coste adicional.

5. Del aumento de la producción a la restricción del acceso: Henry Ford entendía perfectamente que el aumento de sus beneficios dependía del aumento de la escala de producción, al reducir el coste unitario (economías de escala) y al llegar a más clientes. Que yo utilice el Word de la Microsoft no le crea ningún coste adicional a la empresa, pero el libre acceso al programa está restringido por ley, porque la dificultad de acceso es la que obliga a las personas a pagar. Es un monopolio de demanda, puesto que yo me veo obligado a usar lo que los otros usan, la competencia no es viable. Eso afecta a la tecnología y a las ideas de forma general, y lleva a la expansión absurda de las patentes, *copyrights*, *royalties* y otras formas de seguir ganando sin nuevos esfuerzos: más dinero sin más trabajo. Eso se aplica también a los bienes comunes como el agua en regiones con escasez, playas o parques privatizados. El aire o el agua tienen un inmenso valor de uso, y la manera de aumentar su valor de cambio es dificultar el acceso.

6. De la compra al derecho de acceso: diariamente, una parte creciente de nuestra renta se consume no por la compra de un producto, que hacemos nuestro y así se cierra la transacción comercial, sino por el derecho a tener una programación mínimamente decente en la TV, el acceso al servicio de salud, a una conexión de internet, a la telefonía móvil, a sistemas complementarios de seguridad y otros. Como consumidores, no vemos atados a un “plan”, incluso con exigencias de fidelidad y multas si

ejercemos nuestro derecho a preferir a un competidor. Pero aquí se abre igualmente un abanico de oportunidades: en vez de poseer un coche, por ejemplo, puedo preferir el acceso al uso, como en el caso de los coches públicos en París. Sale más barato para todos. En Brasil, mal llegamos a la bicicleta todavía.

7. De la venta de productos a la provisión de soporte: Eric Raymond, en *The Cathedral and the Bazaar* [La catedral y el bazar], marca bien este punto: los procesos ligados al conocimiento son procesos interactivos. La propia compra de un *software* es lo de menos. El proceso de apoyo, manutención, servicios y actualización es el que constituye lo esencial. “Si (como es generalmente aceptado) más del 75% de los costes del ciclo de vida de un proyecto típico de *software* está en la manutención, en la depuración y en las extensiones, entonces la política general de cobrar un precio de compra elevado y tasas de soporte relativamente bajas o a cero llevará a malos resultados para todas las partes” (79). La lógica de la comercialización cambia: compramos un producto barato, pero lo que nos venden es la necesidad de recurrir, a largo plazo, a los servicios propietarios de apoyo. ¿Ha comprado alguna vez un cilindro nuevo para su impresora?

8. Del marketing informativo a la manipulación individualizada: la invasión de la privacidad, mucho más allá de fomentar el consumo, se transformó en un instrumento de manipulación diferenciada e individualizada, en la medida en que las corporaciones y los gobiernos obtienen informaciones detalladas sobre nuestras lecturas, intereses políticos, estado de salud, propensión a las enfermedades, áreas de interés y otros pormenores cuya importancia descubrimos apenas cuando un e-mail antiguo nos perjudica al buscar un empleo, cuando una comunicación personal nos impide obtener un visado, cuando un seguro de vida se nos presenta más caro por las informaciones que constan en nuestro ADN y otras más. Se trata, rigurosamente, de un mundo nuevo. El chip en el pescuezo o subcutáneo ya es una realidad, a pesar de que todavía provoca protestas. Es todo para nuestro bien, naturalmente, pero un bien definido por otros. En realidad, con el control individualizado de personas y de comportamientos hasta los niveles más íntimos, las relaciones de poder cambian radicalmente en el planeta. “*Big Brother is watching you*”, esta vez de verdad.

9. De lo nacional a lo global: el sistema económico, en particular en su dimensión financiera y en los sectores inmateriales (comunicación, información, etc.), pasa a funcionar en el espacio global, dando origen a frases como “*space is dead*” o a libros como *The World is Flat*. El libro que busco en Amazon puede estar en cualquier lugar del mundo, la consulta de una información puede encontrar respuesta en cualquier documento, en cualquier lengua, en cualquier institución. Pero el sistema de regulación -las leyes que pretenden cohibir el agiotaje, la evasión fiscal, los antibióticos en nuestros alimentos y semejantes- varía según los países. O sea, la economía funciona en gran parte en espacios donde las leyes no la alcanzan. La pérdida de gobernanza, de capacidad de implantar políticas en el nivel de los gobiernos, tiende a generalizarse, y las personas empiezan a preguntarse qué sentido tiene el voto. Hay una economía global, pero no hay un gobierno global.

10. Del intercambio desigual tradicional a la dependencia tecnológica: estamos acostumbrados a ver que los países dominantes nos suministran productos acabados y máquinas a cambio de materia-prima. Eso sigue, en gran parte, pero el nivel se desplazó. Hoy, los propios procesos productivos pueden ser transferidos a países con mano de obra más barata, pero el acceso a las tecnologías, al uso de la marca y semejantes productos inmateriales están restringidos. El escándalo mundial del bloqueo del derecho a producir de forma autónoma medicamentos, por ejemplo, crea un inmenso sufrimiento y muertes. Ha-Joon Chang, en *Retirar la escalera*, muestra como los países que siempre lo copiaron

todo hasta hacerse dominantes, hoy se oponen a cualquier flexibilización del acceso. Muchos autores e instituciones se rebelan contra ese nuevo ciclo de dependencia que profundiza las desigualdades. La ampliación de la cobertura de patentes y *copyrights* constituye, en realidad, una nueva forma de proteccionismo, adaptada a la economía del conocimiento, igual que las tarifas aduaneras sobre bienes físicos tan denunciadas por los adeptos a la globalización.

11. Del liberalismo global al nuevo proteccionismo: en términos económicos, en la era de la información, los costes de transacción de los sistemas propietarios -tiempo, dinero, engaños burocráticos, pérdida de potencial colaborativo, esterilización del efecto red- son generalmente más elevados que los provechos. El beneficio de los grupos que controlan el acceso al conocimiento y a la cultura, aunque sea grande, es muy pequeño en relación a las pérdidas (lucros cesantes, son denominados) que resultan del bloqueo de los procesos creativos y del uso de innovaciones en el planeta. Y frente a los dramas que hoy exigen democratización del conocimiento para reducir la desigualdad, la generalización de las tecnologías limpias para reducir el impacto climático, la autorización para la producción descentralizada de medicamentos para enfrentar las tragedias que afectan a decenas de millones de personas y otras tensiones, frente a esos retos poner peajes en todo para maximizar los beneficios se ha convertido en algo irresponsable. El libre acceso es económicamente más viable y productivo, resultará en más y no en menos actividades creativas. El mundo desarrollado, que controla el 97% de las innovaciones, según Chang, traba la salida de las tecnologías que tanto necesitamos y construye muros para protegerse de la pobreza que resulta.

12. De la remuneración salarial a la remuneración por obra: la contribución creativa con ideas innovadoras no va a depender del tiempo que pasemos sentados en el escritorio. Gorz cita un informe del director de recursos humanos de la DaimlerChrysler: la contribución de los “colaboradores”, como los llama gentilmente el director, “no se calculará por el número de horas de presencia, sino por los objetivos alcanzados y la calidad de los resultados. Ellos son emprendedores» (80). Recorrer a un trabajador solamente cuando se le necesita, en función de tareas específicas, abre las puertas a la tercerización y a un conjunto de plataformas informales de contratación. Los impactos a nivel de remuneración y en la organización sindical son muy evidentes. Se trata de cambios estructurales que afectan al conjunto de las relaciones de trabajo. Asegurar una renta básica se vuelve indispensable.

13. De la expansión del empleo a la elitización y la marginación: la expansión de las actividades industriales propició una ampliación de los empleos directos e indirectos por todo el mundo. Empresa nueva quería decir más puestos de trabajo. El proceso se mantiene, sin duda, pero cada vez más la creación de nuevas empresas significa reducción del empleo. Las Naciones Unidas acuñaron la expresión *jobless growth*, crecimiento sin empleo. Se realizaron muchas previsiones catastrofistas, la realidad no es para tanto, pero sí que hemos llegado a un límite en que el ritmo de surgimiento de nuevas actividades ya no compensa los empleos perdidos. En particular, el empleo más sofisticado en términos tecnológicos se expande, pero se reduce el empleo que las máquinas o los algoritmos pueden substituir, profundizando el foso entre “profesiones” y la simple mano de obra. La marginación alcanza en particular al mundo en desarrollo, donde la dinámica se disfraza de “sector informal”, con “autónomos” y “autoempresarios”, lo que en realidad representa una pérdida generalizada de los medios para ganarse la vida. La construcción de muros y el pánico de los ricos en relación a los inmigrantes son patéticos, pertenecen a la misma realidad de la violencia ejercida contra los pobres en las periferias brasileñas.

14. De la explotación salarial a la trampa de la deuda: la capacidad de compra de los trabajadores depende, evidentemente, de la política salarial, y la explotación tradicional se da por la vía de los bajos salarios, que originan la plusvalía. Hoy, sin embargo, el endeudamiento de las personas físicas, de las empresas y del Estado han creado una forma radicalmente más poderosa de explotación. En Brasil, los intereses pagados anualmente por las familias y, en particular, por la pequeña y mediana empresa representan cerca del 15% del PIB, mientras que la parte de nuestros impuestos transferida a los intermediarios financieros por el servicio de la deuda pública representa entre el 5% y el 7%, según el año. Es más del 20% del PIB, que sirve como mecanismo de explotación. Cuando una persona paga el 100% de intereses en el *crediário* de compra a plazos, ve su capacidad de compra reducida a la mitad, y esa necesidad de pagar a plazos se transforma en un mecanismo de extorsión. Tales mecanismos son ampliamente descritos en mi libro *La era del capital improductivo*, incluso con vídeos didácticos disponibles en dowbor.org. El proceso tiene dimensión mundial, el caso de Brasil es apenas más grotesco.

15. De las finanzas de fomento a las finanzas especulativas: en Brasil, los bancos insisten en llamar a todo “inversiones”, ya sean para construir una escuela como para apostar en algún producto financiero. Puedo enriquecerme con productos financieros que rinden dividendos, pero será un enriquecimiento de transferencia, porque yo no produzco nada, se trata en este caso de que una parcela de la riqueza producida por la sociedad cambió de manos. En esta era de la financiarización, los papeles rindieron entre el 7% y el 9% en las últimas décadas, mientras que la producción de bienes y servicios, el PIB, creció solamente entre el 2% y el 2,5% al año. La masa de la población no tiene recursos financieros para comprar los citados papeles, pero los ricos sí y mucho, y ganan con intereses y dividendos elevados sin necesidad de invertir en la producción. El mecanismo especulativo se convirtió en la principal forma de acumulación de riqueza, y el capital productivo se transforma en patrimonio improductivo. Cuanto más se pone en la finanza más se gana, lo que crea el actual desastre: el 1% de las familias más ricas dispone de más riqueza que el 99% restante. Es una transformación radical de las formas de explotación, que explica tanto el aumento de la desigualdad como el débil crecimiento económico, a pesar de tantos avances tecnológicos, o también de la expansión económica de China, donde el sistema financiero está controlado y orientado a las inversiones productivas.

16. De los beneficios a los dividendos: la expansión de las inversiones financieras en relación a las inversiones productivas desplaza la apropiación del excedente social de los “beneficios” hacia los “dividendos”, estos últimos resultantes de diversos procesos especulativos. En las mismas corporaciones que efectivamente producen bienes y servicios, se crea en la cima una solidaridad entre los ejecutivos -que hoy reciben una remuneración en la franja de unas 300 veces lo que gana un trabajador de la base- y los accionistas que los nombran. El resultado es la congelación de la remuneración de los trabajadores y un reforzamiento de la explotación. Los ejecutivos de las empresas son, incluso, remunerados en gran parte con acciones de la corporación, lo que amplía la solidaridad con los accionistas externos. Ya no es el capitalista el que dirige la corporación, sino el ejecutivo que depende de los controladores financieros, “propietarios ausentes” (*absentee owners*) en la formulación de Marjorie Kelly. En Brasil, los dividendos distribuidos no están sujetos al pago de tributos sobre la renta, aunque sean millonarios. El sistema de explotación creció de forma exponencial.

17. Del gobierno para la ciudadanía al gobierno para las corporaciones: la relación de poder cambió, en el sentido de que cualquier gobierno elegido tiene que responder más a las exigencias de los llamados mercados que a los compromisos con la ciudadanía. Como hemos visto, Wolfgang

Streeck sistematiza de forma clara el dilema entre Estado para la población o Estado para el mercado: la fase del capitalismo democrático está acabando. La composición de un nuevo gobierno como el de Donald Trump, que redujo impuestos a las corporaciones, bloqueó las políticas ambientales y sociales, y puso a ejecutivos de Goldman Sachs en la dirección del equipo económico ilustra el desplazamiento del poder y la profundidad de las transformaciones. La presencia de banqueros en la dirección del Banco Central y del Ministerio de Economía de Brasil refleja la misma tendencia. Ya no hablamos de la era del *lobby* de presión, sino del ejercicio directo del poder. Las elecciones presidenciales del 2018 agravaron la deformación.

Ese conjunto de transformaciones crea un sistema con otra lógica. Otra base productiva, otras formas de comercialización, otras dinámicas de remuneración y de explotación, otras bases de poder y de control de las poblaciones. En particular, no se trata ya de libertad de competencia en el mercado, con la tradicional mano invisible, sino de un sistema basado en el poder articulado de las corporaciones, regido por el puño de los grupos financieros que se apropian del mismo Estado y de nuestra vida. Es tiempo de revisar nuestras referencias.

El interés que tenemos en pensar más en el futuro que se forma que en el pasado que se deforma es porque nos facilita la comprensión de las dimensiones sistémicas de un nuevo modo de producción centrado en la financiarización, en la información, en el conocimiento, la conectividad, en el conjunto de lo que se ha llamado intangible o inmaterial. De la misma manera que hubo una era basada en el trabajo de la tierra y otra en la actividad industrial, hoy surge con rapidez una nueva era basada en otras lógicas. Esta era puede ser tanto más opresiva y explotadora como abierta y liberadora. Limitar nuestra acción a intentar resistir contra las deformaciones no basta, tenemos que orientar nuestras investigaciones hacia las lógicas y los potenciales del futuro.

El denominador común que buscamos es la liberación de los potenciales positivos de la era del conocimiento, con acceso democrático y abierto al conocimiento, desintermediación de los sistemas financieros y orientación de las nuevas capacidades hacia la lucha contra las dos catástrofes que se agravan en nuestra civilización: la destrucción ambiental y la desigualdad explosiva. Tenemos los medios y los fines, falta construir las políticas. Observando lo que sucede en nuestro planeta en este inicio de milenio, la tendencia es a creer que estamos entrando en la era del conocimiento con la tecnología del *Homo sapiens* y la política de los primates. El desafío no es económico, es civilizatorio.

NOTAS

- (1) La tecnología tiene un potencial tal que la expectativa general es que su impacto sea tan profundo como el de la Revolución Industrial. [Aquí y en todo el libro, las traducciones de citas de terceros las ha realizado libremente el mismo autor, salvo cuando se informa. N.E.]
- (2) La prosperidad para todos no la pueden proporcionar los políticos que quieren la austeridad, las corporaciones centradas en el rentismo ni los banqueros especuladores. Lo que necesitamos ahora, urgentemente, es un nuevo pacto global.
- (3) En este exacto momento, estamos en el inicio de un nuevo arco que yo he llamado civilización de la información.
- (4) La historia del mundo no es nada más que la suma sin fin y lúgubre de la violación de los débiles por los fuertes. [...] los aspectos externos de la civilización -tecnología, industria, comercio y otros- también exigen una base común de honestidad intelectual y de moralidad.
- (5) Stefania Vitali, James B. Glattfelder e Stefano Battiston, “*The Network of Global Corporate Control*”, Plos One, 26 out. 2011, v. 6, n. 10, disponible en: <<https://journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0025995>>, acceso: 9 abr. 2020.
- (6) HASKEL, Jonathan; WESTLAKE, Stian. *Capitalism without Capital: the Rise of the Intangible Economy*. Princeton: Princeton University Press, 2018.
- (7) Ibidem, p. 7.
- (8) Jeremy Rifkin, *The Zero Marginal Cost Society: the Internet of Things, the Collaborative Commons, and the Eclipse of Capitalism*, New York: Palgrave Macmillan, 2014, p. 56.
- (9) Jonathan Haskel y Stian Westlake, *Capitalism without Capital*, op. cit., pp. 65.
- (10) Ibidem, p. 112.
- (11) Ibidem, p. 72.
- (12) André Gorz, *O imaterial: conhecimento, valor e capital*. Trad. Celso Azzan Jr. E Celso Cruz, São Paulo: Annablume, 2005, p.9.
- (13) Rupert Neate, “*Apple leads race to become world’s first \$1tn company*”, en: The Guardian, 3 enero 2018, disponible en: <<https://www.theguardian.com/business/2018/jan/03/apple-leads-race-to-be-come-world-first-1tn-dollar-company>>, acceso: 11 abr. 2020.
- (14) Mark Sweney, “*Tencent, the ~500bn Chinese Tech Firm You May Never Heard of*”, The Guardian, 13 en. 2018, disponible en: <<https://www.theguardian.com/business/2018/jan/13/tencent-the-500bn-chinese-tech-firm-you-may-never-have-heard-of>>, acceso: 11 abr. 2020.
- (15) Ver nuestro *La era del capital improductivo*. 2a Ed., São Paulo: Outras Palavras; Autonomia Literária, 2018, disponible en: <<http://dowbor.org/blog/wp-content/uploads/2018/11/Dowbor--A-ERA-DO-CAPITAL-IMPRODUCTIVO.pdf>> acceso: 11 abr. 2020.
- (16) Sobre el efecto bola de nieve, ver Julian Sims et al., *How Money Works: the Facts Simply Explained*, London: Dorling Kindersley Limited, 2017, p.208.

- (17) Diego Alejo Vázquez Pimentel, Iñigo Macías Aymar y Max Lawson, *Reward work, not wealth*, Oxford: Oxfam GB, 2018, p.8, disponible en: < https://oi-files-d8-prod.s3.eu-west-2.amazonaws.com/s3fs-public/file_attachments/bp-reward-work-not-wealth-220118-summ-en.pdf>, acceso: 12 abr. 2020.
- (18) Unctad, Trade and Development Report 2017: *Beyond Austerity, Towards a Global New Deal*, New York; Geneva: United Nations, 2017, pp. I-II, disponible en: < https://unctad.org/en/PublicationsLibrary/tdr2017_en.pdf>, acceso: 12 abr. 2020.
- (19) Ibidem, p. II.
- (20) Richard Susskind e Daniel Susskind, *The Future of the Professions: How Technology Will Transform the Work of Human Experts*, Oxford: Oxford University Press, 2015, p. 121.
- (21) Sobre la subutilización de la fuerza de trabajo en Brasil, ver IBGE, Coordenação de População e Indicadores Sociais, *Síntese de indicadores sociais: uma análise das condições de vida da população brasileira*, Rio de Janeiro: IBGE, 2019, pp. 32 ss., disponible en: < <https://biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/livros/liv101678.pdf>>, acceso: 12 abr. 2020.
- (22) Friedrich-Ebert-Stiftung, “*Digitalização e o futuro do trabalho: resumo do estudo ‘Trabalhar 4.0’*, elaborado pelo Ministério Federal de Trabalho e Assuntos Sociais da Alemanha”, Análise, São Paulo: 2017, n. 37, p. 9, disponible en: < <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/brasilien/13785.pdf>>, acceso: 12 abr. 2020.
- (23) André Gorz, *O imaterial*, op. cit., p. 24.
- (24) World Bank Group, World Development Report 2019: *the Changing Nature of Work*, Washington: World Bank, 2019, p. viii, disponible en: < <http://documents.worldbank.org/curated/en/816281518818814423/pdf/2019-WDR-Report.pdf>>, acceso: 14 abr. 2020.
- (25) OIT - Comisión Mundial sobre el Futuro del Trabajo, *Trabajar para un futuro más prometedor*, Ginebra: OIT, 2019, p. 14, disponible en: < https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---cabinet/documents/publication/wcms_662442.pdf>, acceso: 14 abr. 2020.
- (26) Ibidem, p. 6.
- (27) André Gorz, *O imaterial*, op. Cit. p. 29
- (28) Ibidem, pp. 29-30.
- (29) Gar Alperovitz e Lew Daly, *Apropriação indébita: como os ricos estão tomando a nossa herança comum*, trad. Renata Lucia Bottini, São Paulo: Editora Senac, 2010, p. 64. (Título original: *Unjust Deserts*)
- (30) Enzo Rullani, “*Le Capitalisme cognitive: du déjà vu?*”, *Multitudes*, v. 2, n. 2, 2000, pp. 87-94, apud André Gorz, *O imaterial*, op. cit., p. 36.
- (31) Ver, al respecto, Marcia Angell, *A verdade sobre os laboratórios farmacêuticos: como somos enganados e o que podemos fazer a respeito*, trad. Waldéa Barcellos, Rio de Janeiro: Record, 2007.

- (32) Douglas Heaven, “*How Google and Facebook Hooked us – and How to Break the Habit*”, *New Scientist*, 7 fev. 2018, disponible en: < <https://www.newscientist.com/article/mg23731640-500-how-google-and-facebook-hooked-us-and-how-to-break-the-habit/> >, acceso: 14 abr. 2020.
- (33) André Gorz, *O imaterial*, op. cit., p. 37.
- (34) George Carlin, *Life is Worth Losing*, dir. Rocco Urbisci, HBO, 2005. Veá el momento expresivo de la presentación en que él habla sobre nuestros espacios reales de elección, disponible con subtítulos en portugués en: < <https://www.youtube.com/watch?v=RYmXh6dPv6g> >, acceso: 14 abr. 2020.
- (35) Lynn Stout, *The Shareholder Value Myth: How Putting Shareholders First Harms Investors, Corporations and the Public*, San Francisco: Berrett-Koehler Publishers, 2012, p. 69.
- (36) *Ibidem*, p. 84.
- (37) *Ibidem*, p. 73.
- (38) José Antonio Ocampo, “*A reforma da tributação corporativa internacional: a perspectiva da ICRICT*”, trad. Luiz Barucke, Nueva Sociedad, jul. 2018, p. 36, disponible en: < http://nuso.org/media/articles/downloads/TG2_Ocampo_EP18.pdf >, acceso: 16 abr. 2020. [Ed. castellano: *La reforma de la tributación corporativa internacional. La perspectiva de la ICRICT*. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/la-reforma-de-la-tributacion-corporativa-internacional/>]
- (39) Wolfgang Streeck, *Tempo comprado: a crise adiada do capitalismo democrático*, trad. Marian Toldy e Teresa Toldy, São Paulo: Boitempo, 2018, pp. 124-5. [Ed. castellano: *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Trad.: Gabriel Barpal (argentino). Katz editores.]
- (40) Gar Alperovitz e Lew Daly, *Apropriação indébita: como os ricos estão tomando a nossa herança comum*, trad. Renata Lucia Bottini, São Paulo: Editora Senac, 2010, p. 55. (Título original *Unjust Deserts*)
- (41) “*Thomas Jefferson to Isaac McPherson*”, 13 ago. 1813, en: *The Founders’ Constitution*, v. 3, en Philip B. Kurland e Ralph Lerner (org.), Indianapolis: Liberty Fund, 2001, disponible e: < http://press-pubs.uchicago.edu/founders/documents/a1_8_8s12.html >, acceso: 17 abr. 2020.
- (42) Gar Alperovitz e Lew Daly, *Apropriação indébita*, op. cit., p. 96.
- (43) *Ibidem*, p. 97.
- (44) Las obras de Paulo Freire de acceso abierto están disponibles online en el archivo del Centro de Referência Paulo Freire: < <http://www.acervo.paulofreire.org:8080/jspui/browsertype=author&order=ASC&rpp=20&value=Freire%2C+Paulo> >.
- (45) *Ibidem*, p. 153.
- (46) Barbara W. Tuchman, *The March of Folly: from Troy to Vietnam*, New York: Knopf, 1984, p. 8. [Ed. castellano: *La marcha de la locura. La sinrazón desde Troya hasta Vietnam*. Ed.: Fondo de Cultura Económica]
- (47) ONU, *Plataforma Agenda 2030*, disponible en: < <http://www.agenda2030.org.br/> >, acceso: 17 abr. 2020.

- (48) Joseph E. Stiglitz e Bruce C. Greenwald, *Creating a Learning Society: a New Approach to Growth, Development and Social Progress*, New York: Columbia University Press, 2015, p. 259.
- (49) Charlotte Hess e Elinor Ostrom, *Understanding Knowledge as a Commons: from Theory to Practice*, Cambridge: MIT Press, 2007, p. 4.
- (50) Ibidem, p. 5.
- (51) David Held, “*Democracy and Globalization*”, em: Daniele Archibugi, David Held e Martin Köhler (org.), *Re-imagining Political Community: Studies in Cosmopolitan Democracy*, Stanford: Stanford University Press, 1998, pp. 13 e 18.
- (52) Jeremy Rifkin, *The Empathic Civilization: the Race to Global Consciousness in a World in Crisis*, New York: Penguin, 2009, pp. 537-8. [Ed. castellano: *La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*. Trad.: Genís Sánchez Barberán. Ediciones Paidós]
- (53) Arun Sundararajan, *The Sharing Economy: the End of Employment and the Rise of Crowd-Based Capitalism*, Cambridge: MIT Press, 2016, p. 77.
- (54) Ibidem, p. 24.
- (55) Lawrence Lessig, *Remix: Making Art and Commerce Thrive in the Hybrid Economy*, New York: Penguin Press, 2008, p. 185. [Ed. castellano: *Remix*. Trad.: Maryam Itatí Portillo. Icaria Editorial]
- (56) A este respecto, vean mi libro *O que é poder local*, disponible online en dowbor.org.
- (57) Zygmunt Bauman, *Capitalismo parasitário: e outros temas contemporâneos*, trad. Eliana Aguiar, Rio de Janeiro: Zahar, 2010, pp. 18 e 8.
- (58) Ibidem, p. 14.
- (59) Ver Douglas Heaven, “*How Google and Facebook Hooked us – and How to Break the Habit*”, *New Scientist*, 7 fev. 2018, disponible en: < <https://www.newscientist.com/article/mg23731640-500-how-google-and-facebook-hooked-us-and-how-to-break-the-habit/> >, acceso: 14 abr. 2020.
- (60) Frans de Waal, *Our Inner Ape: a Leading Primatologist Explains Why We Are Who We Are*, New York: Riverhead Books, 2005, p. 169. [Ed. castellano: *La marcha de la locura. La sinrazón desde Troya hasta Vietnam*. Ed.: Booket]
- (61) Ibidem, p. 171.
- (62) Ibidem, p. 176.
- (63) Ibidem, p. 202.
- (64) Ibidem, p. 224.
- (65) Jonathan Haidt, *The Righteous Mind: Why Good People Are Divided by Politics and Religion*, New York: Pantheon Books, 2012, p. 82. [Ed. castellano: *La mente de los justos. Por qué la política y la religión dividen a la gente sensata*. Trad.: Antonio García Maldonado. Editorial Deusto]

- (66) Émile Durkheim, *Da divisão do trabalho social*, trad. Eduardo Brandão, São Paulo: Martins Fontes, 1999, p. 420. [Ed. castellano: *La división del trabajo social*. Trad.: Miguel García Posada. Editorial Akal.]
- (67) Jonathan Haidt, *The Righteous Mind*, op. cit., p. 270.
- (68) Ibidem, p. 159.
- (69) Ibidem, pp. 190, xv.
- (70) Ibidem, p. 14.
- (71) Ibidem, p. 81.
- (72) Véase al respecto mi texto sobre la película “*Hannah Arendt*”, dirigida por Margarethe von Trotta (2012), sobre la banalización del mal, en: < <http://dowbor.org/2013/08/hannah-arendt-alem-do-filme-agosto-2013-3p.html/> >.
- (73) Jonathan Haidt, *The Righteous Mind*, op. cit., p. 297.
- (74) Ibidem, p. 297.
- (75) Joseph E. Stiglitz, “*Joseph E. Stiglitz’s Adress to Panel on Defending Human Rights (revised)*”, in: UN Forum on Business and Human Rights, Geneva, 3 dez. 2013, disponible en: < https://www8.gsb.columbia.edu/faculty/jstiglitz/sites/jstiglitz/files/2013_UN_Biz_HR.pdf >, acceso: 9 abr. 2020.
- (76) John Stuart Mill, *The Subjection of Women*, Mineola: Dover Publications, 1997, p. 1. [Ed. castellano: El sometimiento de la mujer. Trad.: Carlos Mellizo Cuadrado. Alianza Editorial]
- (77) Jonathan Haidt, *The Righteous Mind*, op. cit., p. 92.
- (78) Mejor que cualquier comentario es ver la película “*Fantasma de Abu Ghraib*”, de 2007, dirigida por Rory Kennedy. Sobre la red de escuadrones de la muerte y centros de tortura en Irak, ver Mona Mahmood et al., “*Revealed: Pentagon’s Link to Iraqi Torture Centres*”, The Guardian, 6 mar. 2013, disponible en: < <https://www.theguardian.com/world/2013/mar/06/pentagon-iraqi-torture-cen-tres-link?INTCMP=SRCH> >, acceso: 19 abr. 2020.
- (79) Eric S. Raymond, *The Cathedral and the Bazaar: Musings on Linux and Open Source by an Accidental Revolutionary*, Sebastopol: O’Reilly, 1999, p. 120.
- (80) André Gorz, *O imaterial: conhecimento, valor e capital*, trad. Celso Azzan Jr. e Celso Cruz, São Paulo: Annablume, 2005, p. 17.

REFERENCIAS

- ABERNATHY, Nell; HAMILTON, Darrick; MORGAN, Julie Margetta. *New Rules for the 21st Century: Corporate Power, Public Power, and the Future of the American Economy*. New York: Roosevelt Institute, abr. 2019. Disponible en: < https://rooseveltinstitute.org/wp-content/uploads/2019/04/Roosevelt-Institute_2021-Report_Digital-copy.pdf >. Acceso: 9 abr. 2020.
- ALPEROVITZ, Gar; DALY, Lew. *Apropriação indébita: como os ricos estão tomando a nossa herança comum*. Trad. Renata Lucia Bottini. São Paulo: Editora Senac, 2010. (Título original: *Unjust Deserts*)
- ANGELL, Marcia. *A verdade sobre os laboratórios farmacêuticos: como somos enganados e o que podemos fazer a respeito*. Trad. Waldéa Barcellos. Rio de Janeiro: Record, 2007. Disponible en español en: <https://redbioetica.com.ar/la-verdad-la-industria-farmaceutica/>
- ARCHIBUGI, Daniele; HELD, David; KÖHLER, Martin (org.). *Reimagining Political Community: Studies in Cosmopolitan Democracy*. Stanford: Stanford University Press, 1998.
- BAUMAN, Zygmunt. *Capitalismo parasitário: e outros temas contemporâneos*. Trad. Eliana Aguiar. Rio de Janeiro: Zahar, 2010.
- BELL, Daniel. *The Coming of Post-Industrial Society: Venture in Social Forecasting*. New York: Basic Books, 1999. [Ed. bras.: *O advento da sociedade pós-industrial: uma tentativa social*. Trad. Heloysa de Lima Dantas. São Paulo: Cultrix, 1977. Ed. castellano: *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Alianza Editorial]
- BROWN, Ellen H. *The Public Bank Solution: from Austerity to Prosperity*. Baton Rouge: Third Millennium Press, 2013. [Ed. castellano: *De la Austeridad a la Prosperidad Bancos Públicos*. Editorial Tirant Humanidades]
- BROWN, Lester R. *Plano B 4.0: mobilização para salvar a civilização*. Trad. Cibelle Battistini do Nascimento. São Paulo: New Content; Ideia Sustentável, 2009.
- CAMPELLO, Tereza (coord.). *Faces da desigualdade no Brasil: um olhar sobre os que ficam para trás*. Brasília: Flacso/Clacso, 2017. Disponible en: < <http://dowbor.org/2017/12/tereza-campello-faces-da-desigualdade-no-brasil-um-olhar-sobre-os-que-ficam-para-tras-flacso-brasil-2017-80p.html/> >. Acceso: 16 mar. 2020.
- CHANG, Ha-Joon. *Chutando a escada: a estratégia do desenvolvimento em perspectiva histórica*. Trad. Luiz Antonio Oliveira de Araujo. São Paulo: Editora Unesp, 2004. [Ed. castellano: *Retirar la escalera. La estrategia del desarrollo en perspectiva histórica*. Editorial Los Libros de la Catarata]
- CHESNAIS, François. “La Théorie du capital de placement financier et les points du système financier mondial où se prépare la crise à venir”. *A L’Encontre*, 26 abr. 2019. Disponible en: < <http://alencontre.org/economie/la-theorie-du-capital-de-placement-financier-et-les-points-du-systeme-financier-mondial-ou-se-prepare-la-crise-a-venir.html> >. Acceso: 16 mar. 2020.
- COMISIÓN Mundial sobre el Futuro del Trabajo. *Trabajar para un futuro más prometedor*. Ginebra: OIT, 2019. Disponible en: < https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---cabinet/documents/publication/wcms_662442.pdf >. Acceso: 14 abr. 2020.
- DAUVERGNE, Peter. *Will Big Business Destroy our Planet?* Cambridge; Medford: Polity, 2018.

DOWBOR, Ladislau. “Dicas de leitura: Defying Hitler: a memoir”, ago. 2003. Disponível em: < <http://dowbor.org/2003/08/defying-hitler-a-memoir.html/> >. Acesso: 9 abr. 2020.

_____. “Bons filmes: *Hannah Arendt: além do filme*”, 14 ago. 2013. Disponível em: < <http://dowbor.org/2013/08/hannah-arendt-alem-do-filme-agosto-2013-3p.html/> >. Acesso: 16 mar. 2020.

_____. *O pão nosso de cada dia: processos produtivos no Brasil*. São Paulo: Fundação Perseu Abramo, 2015. Disponível em: < <http://dowbor.org/blog/wp-content/uploads/2012/06/Ladislau-DOWBOR-O-P%C3%A3o-Nosso-de-Cada-Dia.pdf> >. Acesso: 19 abr. 2020.

_____. *O que é poder local? Imperatriz: Ética*, 2016. Disponível em: <http://dowbor.org/blog/wp-content/uploads/2012/06/Dowbor-_Poder-Local-portal.pdf>. Acesso: 18 abr. 2020.

_____. “Dicas de leitura: Joseph Stiglitz – *Rewriting the rules of the American economy: an agenda for shared prosperity* – New York, London, W. W. Norton & Company – 2015, 237 p. – ISBN 978-0-393 -25405-1”, set. 2016. Disponível em: < <http://dowbor.org/2016/09/stiglitz-rewriting-the-rules-of-the-american-economy-an-agenda-for-shared-prosperity-new-york-london-w-w-norton-company-2015-237-p-isbn-978-0-393-25405-1.html/> >. Acesso: 9 abr. 2020.

_____. “Artigos recebidos: Oxfam – *Uma economia para os 99%* – 2017 (13p.)”, jan. 2017. Disponível em: < <http://dowbor.org/2017/01/oxfam-uma-economia-para-os-99-2016-relatorio-10p.html/> >. Acesso: 9 abr. 2020.

_____. “Dicas de leitura: *A distância que nos une* – Oxfam Brasil, setembro de 2017, 94p.”, set. 2017. Disponível em: < <http://dowbor.org/2017/09/a-distancia-que-nos-une-oxfam-brasil-setembro-de-2017-94p.html/> >. Acesso: 19 mar. 2020.

_____. *A era do capital improdutivo*. 2. ed. São Paulo: Outras Palavras; Autonomia Literária, 2018. Disponível em: < http://dowbor.org/blog/wp-content/uploads/2018/11/Dowbor-_A-ERA-DO-CAPITAL-IMPRODUTIVO.pdf >. Acesso: 11 abr. 2020.

_____. “Vídeos: Curso ‘*Pedagogia da Economia*’ com Ladislau Dowbor – Instituto Paulo Freire – 2018 – 15 aulas”, ago. 2018. Disponível em: < <http://dowbor.org/2018/08/curso-pedagogia-da-economia-com-ladislau-dowbor-instituto-paulo-freire-2018-15-aulas.html/> >. Acesso: 16 mar. 2020.

DURKHEIM, Émile. *Da divisão do trabalho social*. Trad. Eduardo Brandão. São Paulo: Martins Fontes, 1999. [Ed. castelano: *La división del trabajo social*. Trad.: Miguel García Posada. Editorial Akal]

FRIEDRICH-Ebert-Stiftung. “*Digitalização e o futuro do trabalho: resumo do estudo ‘Trabalhar 4.0’*, elaborado pelo Ministério Federal de Trabalho e Assuntos Sociais da Alemanha”. Análise. São Paulo: 2017, n. 37. Disponível em: < <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/brasilien/13785.pdf> >. Acesso: 12 abr. 2020.

GORZ, André. *O imaterial: conhecimento, valor e capital*. Trad. Celso Azzan Jr.; Celso Cruz. São Paulo: Annablume, 2005.

HAFFNER, Sebastian. *Defying Hitler: a Memoir*. New York: Picador, 2003.

Haidt, Jonathan. *The Righteous Mind: Why Good People Are Divided by Politics and Religion*. New York: Pantheon Books, 2012. [Ed. bras.: *A mente moralista e as origens da polarização*

contemporânea. Trad. Antonio Kuntz. 3. ed. [S.l.: s.n.] 2020. [Ed. castellano: *La mente de los justos. Por qué la política y la religión dividen a la gente sensata*. Trad.: Antonio García Maldonado. Editorial Deusto]

HARVEY, David. *A loucura da razão econômica: Marx e o capital no século XXI*. São Paulo: Boitempo, 2018. [Ed. castellano: *Marx, el capital y la locura de la razón económica*. Trad.: López de Sá y Juan María de Madariaga. Ediciones Akal]

HASKEL, Jonathan; WESTLAKE, Stian. *Capitalism without Capital: the Rise of the Intangible Economy*. Princeton: Princeton University Press, 2018.

HEAVEN, Douglas. “How Google and Facebook Hooked us and How to Break the Habit”. *New Scientist*, 7 fev. 2018. Disponible en: < <https://www.newscientist.com/article/mg23731640-500-how-google-and-facebook-hooked-us-and-how-to-break-the-habit/> >. Acceso: 14 abr. 2020.

HESS, Charlotte; OSTROM, Elinor. *Understanding Knowledge as a Commons: from Theory to Practice*. Cambridge: MIT Press, 2007.

IANNI, Octavio. “A política mudou de lugar”. *São Paulo em Perspectiva*. São Paulo: v. 11, n. 3, 1997, pp. 3-7. Disponible en: < http://produtos.seade.gov.br/produtos/spp/v11n03/v11n03_01.pdf >. Acceso: 18 abr. 2020.

IBGE, Coordenação de População e Indicadores Sociais. *Síntese de indicadores sociais: uma análise das condições de vida da população brasileira*. Rio de Janeiro: IBGE, 2019. Disponible en: < <https://biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/livros/liv101678.pdf> >. Acceso: 12 abr. 2020.

JEFFERSON, Thomas. “Thomas Jefferson to Isaac McPherson”, 13 ago. 1813. En: KURLAND, Philip B.; LERNER, Ralph (org.). *The Founders’ Constitution*, v. 3. Indianapolis: Liberty Fund, 2001. Disponible en: < http://press-pubs.uchicago.edu/founders/documents/a1_8_8s12.html >. Acceso: 17 abr. 2020.

KELLY, Marjorie. *Owning our Future: the Emerging Ownership Revolution*. San Francisco: Berrett-Koehler Publishers, 2012.

KROEBER, Arthur R. *China’s Economy: What Everyone Needs to Know*. 2. ed. New York: Oxford University Press, 2019.

LAKEY, George. *Viking Economics: How the Scandinavians Got it Right – and How we Can, Too*. Brooklyn: Melville House, 2016.

LESSIG, Lawrence. *Remix: Making Art and Commerce Thrive in the Hybrid Economy*. New York: Penguin Press, 2008. [Ed. castellano: *Remix*. Trad.: Maryam Itatí Portillo. Icaria Editorial]

MAHMOOD, Mona et al. “Revealed: Pentagon’s Link to Iraqi Torture Centres”. *The Guardian*, 6 mar. 2013. Disponible en: < <https://www.theguardian.com/world/2013/mar/06/pentagon-iraqi-torture-centres-link?INTCMP=SRCH> >. Acceso: 19 abr. 2020.

MILL, John Stuart. *The Subjection of Women*. Mineola: Dover Publications, 1997. [Ed. castellano: *El sometimiento de la mujer*. Trad.: Carlos Mellizo Cuadrado. Alianza Editorial]

MYRDAL, Gunnar. *An American Dilemma: the negro problem and modern democracy*. New York: Harper, 1944. [Ed. bras. condensada: *Negro: o dilema americano*. Trad. Leônidas Gontijo de Carvalho. São Paulo: Ibrasa, 1988.

OCAMPO, José Antonio. “*A reforma da tributação corporativa internacional: a perspectiva da ICRICT*”. Trad. Luiz Barucke. Nueva Sociedad, jul. 2018. Disponible en: < http://nuso.org/media/articles/downloads/TG2_Ocampo_EP18.pdf >. Acceso: 16 abr. 2020. [Ed. castellano: “*La reforma de la tributación corporativa internacional. La perspectiva de la ICRICT*”. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/la-reforma-de-la-tributacion-corporativa-internacional/>]

OXFAM International. “*5 Shocking Facts about Extreme Global Inequality and How to Even It Up*”. Nairobi, [s.d.]. Disponible en: < <https://www.oxfam.org/en/even-it/5-shocking-facts-about-extreme-global-inequality-and-how-even-it-davos> >. Acceso: 20 mar. 2020.

Piketty, Thomas – *Capital et Idéologie* – Seuil, Paris, 2019 <https://dowbor.org/2020/04/thomas-piketty-capital-et-ideologie-seuil-paris-2019-1200-p.html/>

PIMENTEL, Diego Alejo Vázquez; AYMAR, Iñigo Macías; LAWSON, Max. *Reward work, not wealth*. Oxford: Oxfam GB, 2018. Disponible en: < https://oi-files-d8-prod.s3.eu-west-2.amazonaws.com/s3fs-public/file_attachments/bp-reward-work-not-wealth-220118-summ-en.pdf >. Acceso: 12 abr. 2020. [Ed. castellano: *Premiar el trabajo, no la riqueza. Para poner fin a la crisis de desigualdad, debemos construir una economía para los trabajadores, no para los ricos y poderosos*. Disponible en: <https://www.oxfam.org/es/informes/premiar-el-trabajo-no-la-riqueza>]

QUINTARELLI, Stefano. “*A revolução digital e as transformações sociais*”, trad. Rodrigo Bravo, fev. 2019. Disponible en: < <http://dowbor.org/2019/02/stefano-quintarelli-a-revolucao-digital-e-transformacoes-sociais-fev-2019-10p.html/> >. Acceso: 9 abr. 2020.

RAYMOND, Eric S. *The Cathedral and the Bazaar: Musings on Linux and Open Source by an Accidental Revolutionary*. Sebastopol: O’Reilly, 1999.

REICH, Robert. *O futuro do sucesso: o equilíbrio entre trabalho e qualidade de vida*. Trad. All Tasks. Barueri: Manole, 2002.

RIFKIN, Jeremy. *O fim dos empregos: o contínuo crescimento do desemprego em todo o mundo*. Trad. Ruth Gabriela Bahr. São Paulo: M.Books, 2004. [Ed. castellano: *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. Trad.: Guillermo Sánchez Gallego. Editorial Booket]

_____. *The Empathic Civilization: the Race to Global Consciousness in a World in Crisis*. New York: Penguin, 2009. [Ed. castellano: *La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*. Trad.: Genís Sánchez Barberán. Ediciones Paidós]

_____. *The Zero Marginal Cost Society: the Internet of Things, the Collaborative Commons, and the Eclipse of Capitalism*. New York: Palgrave Macmillan, 2014. Disponible en: < <http://digamo.free.fr/rifkin14.pdf> >. Acceso: 10 abr. 2020. [Ed. bras.: *Sociedade com custo marginal zero: a internet das coisas, os bens comuns colaborativos e o eclipse do capitalismo*. Trad. Monica Rosemberg. São Paulo: M.Books, 2015.] [Ed. castellano: *La sociedad de coste marginal cero*. Traductor: Genís Sánchez Barberán. Ediciones Paidós]

SIMS, Julian et al. *How Money Works: the Facts Simply Explained*. London: Dorling Kindersley Limited, 2017.

SOUZA, Jessé; VALIM, Rafael (org.). *Resgatar o Brasil*. São Paulo: Contracorrente; Boitempo, 2018.

STIGLITZ, Joseph E. “*Joseph E. Stiglitz’s Adress to Panel on Defending Human Rights* (revised)”. En: UN Forum on Business and Human Rights, Geneva, 3 dez. 2013. Disponible en: < https://www8.gsb.columbia.edu/faculty/jstiglitz/sites/jstiglitz/files/2013_UN_Biz_HR.pdf >. Acceso: 9 abr. 2020.

_____. *Rewriting the Rules of the American Economy: an Agenda for Growth and Shared Prosperity*. New York: Roosevelt Institute, 2015. Disponible en: < <https://rooseveltinstitute.org/wp-content/uploads/2015/10/Rewriting-the-Rules-Report-Final-Single-Pages.pdf> >. Acceso: 17 abr. 2020.

STIGLITZ, Joseph E.; GREENWALD, Bruce C. *Creating a Learning Society: a New Approach to Growth, Development and Social Progress*. New York: Columbia University Press, 2015.

STOUT, Lynn. *The Shareholder Value Myth: How Putting Shareholders First Harms Investors, Corporations and the Public*. San Francisco: Berrett-Koehler Publishers, 2012.

STREECK, Wolfgang. *Buying Time: the Delayed Crisis of Democratic Capitalism*. Trad. Patrick Camiller e David Fernbach. New York: Verso, 2014. [Ed. bras.: *Tempo comprado: a crise adiada do capitalismo democrático*. Trad. Marian Toldy e Teresa Toldy. São Paulo: Boitempo, 2018.] [Ed. castellano: *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Trad.: Gabriel Barpal (argentino). Katz editores]

SUNDARARAJAN, Arun. *The Sharing Economy: the End of Employment and the Rise of Crowd-Based Capitalism*. Cambridge: MIT Press, 2016.

SUSSKIND, Richard; SUSSKIND, Daniel. *The Future of the Professions: How Technology Will Transform the Work of Human Experts*. Oxford: Oxford University Press, 2015. [Ed. port.: *O futuro das profissões: como a tecnologia transformará o trabalho dos especialistas humanos*. Lisboa: Gradiva, 2019.] [Ed. castellano: *La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*. Trad.: Juan Carlos Ruiz Franco. Teell Editorial]

SWENEY, Mark. “Tencent, the \$500bn Chinese Tech Firm You May Never Have Heard of”. *The Guardian*, 13 jan. 2018. Disponible en: < <https://www.theguardian.com/business/2018/jan/13/tencent-the-500bn-chinese-tech-firm-you-may-never-have-heard-of> >. Acceso: 11 abr. 2020.

TOFFLER, Alvin. *A terceira onda: a morte do industrialismo e o nascimento de uma nova civilização*. 28. ed. Trad. João Távora. Rio de Janeiro: Record, 2005. [Ed. castellano: *La Tercera Ola*. Trad.: Adolfo Martín. Plaza & Janés Editores]

TOUSSAINT, Éric. *Le Système dette: histoire des dettes souveraines et de leur répudiation*. Paris : Editions Les Liens qui Libèrent, 2017. [Ed. castellano: *Sistema deuda. Historia de las deudas soberanas y de su repudio*. Trad.: Griselda Piñero. Icaria Editorial]

TUCHMAN, Barbara W. *The March of Folly: from Troy to Vietnam*. New York: Knopf, 1984. [Ed. bras.: *A marcha da insensatez: de Troia ao Vietnã*. Trad. Carlos de Oliveira Gomes. Rio de Janeiro: Record, 2012.] [Ed. castellano: *La marcha de la locura. La sinrazón desde Troya hasta Vietnam*. Ed.: Fondo de Cultura Económica]

UNCTAD. *Trade and Development Report 2017: Beyond Austerity, Towards a Global New Deal*. New York; Geneva: United Nations, 2017. Disponible en: <
https://unctad.org/en/PublicationsLibrary/tdr2017_en.pdf>. Acceso: 12 abr. 2020.

VITALI, Stefania; GLATTFELDER, James B.; BATTISTON, Stefano. “*The Network of Global Corporate Control*”. *Plos One*, 26 out. 2011, v. 6, n. 10. Disponible en: <
<https://journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0025995>>. Acceso: 9 abr. 2020.

WAAL, Frans de. *Our Inner Ape: a Leading Primatologist Explains Why We Are Who We Are*. New York: Riverhead Books, 2005. [Ed. castellano: *El mono que llevamos dentro*. Tusquets Editores]

WORLD Bank Group. *World Development Report 2019: the Changing Nature of Work*. Washington: World Bank, 2019. Disponible en: <
<http://documents.worldbank.org/curated/en/816281518818814423/pdf/2019-WDR-Report.pdf>>. Acceso: 14 abr. 2020.

ZUBOFF, Shoshana. *The Age of Surveillance Capitalism: the Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. New York: Public Affairs, 2018. [Ed. castellano: *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Trad.: Albino Santos Mosquera. Ediciones Paidós]